

# EL ESPAÑOL

2'50  
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 10 - 16 enero 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 267

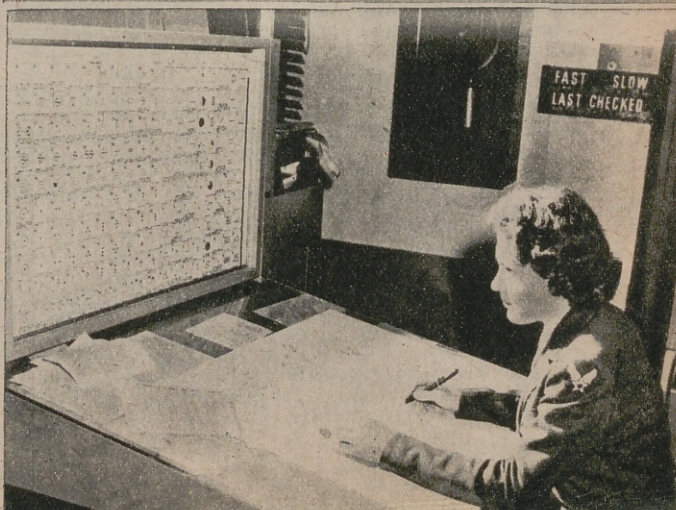
## PREPARADOS PARA TODA EVENTUALIDAD



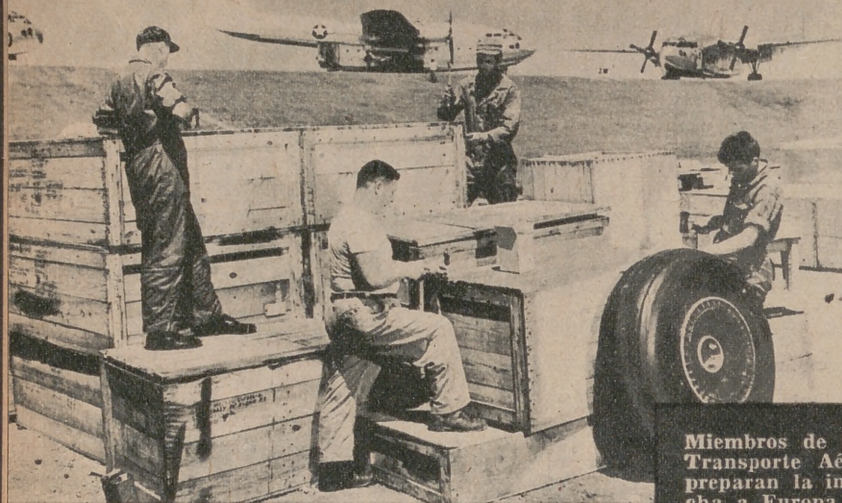
**UN SISTEMA DEFENSIVO  
SIN PRECEDENTES EN LA  
HISTORIA MILITAR**

**LA TERCERA PARTE DE LA FUERZA  
AEREA NORTEAMERICANA  
SE ENCUENTRA ACTUALMENTE  
FUERA DE ESTADOS UNIDOS**

**EL TIO SAM MONTA LA GUARDIA**







Miembros de la Unidad de Transporte Aéreo núm. 443 preparan la inminente marcha a Europa. En el fondo, algunos de los «Flying Boxcars», aviones que pueden transportar 64 soldados con todo su equipo

## PREPARADOS PARA TODA EVENTUALIDAD

# EL TIO SAM MONTA LA GUARDIA

UNA noticia fechada en Washington y aparecida hace unos días en la Prensa española decía:

«A la Oficina de los Astilleros y Docks de la Marina han llegado ofertas de más de 200 empresas constructoras de firmar el primer contrato de construcción de nueve bases aéreas y navales en España.

En el Pentágono se declara que en los últimos años no hubo ningún proyecto importante de construcciones militares que atrajesen tal número de ofertas y, se añade en el terreno particular, que determinase tan gran número de presiones políticas para recomendar a los licitantes.

Ha constituido sorpresa esa actitud de las empresas constructoras, pues precisamente se contaba con que hubiera pocas ofertas, dada la desfavorable publicidad que para los constructores produjo el asunto de las bases norteafricanas. Las Comisiones de Servicios Armados del Senado y de la Cámara de Representantes han advertido claramente que ejercerán constante vigilancia sobre los contratistas de las obras de las bases españolas y sobre la Marina y la Aviación, que comparten la responsabilidad del proyecto, con el fin de evitar la reproducción del escándalo registrado en relación con Marruecos.

Una oficina conjunta de la Marina y la Aviación escogerá la firma o las firmas combinadas que se considere mejor para el trabajo, que se piensa comienza el 15 de enero; la Marina negociará después las condiciones del contrato. Por ello los solicitantes sólo han podido someter esbozos de ofertas en que informan de sus posibilidades y equipo y citan las obras ya realizadas por ellos. Los licitantes igno-

ran el coste del proyecto y el importe de sus honorarios, aunque calculan que éstos sean, de acuerdos con la costumbre, del 2 al 3 por 100 del coste total. se cree, en general, que los honorarios del proyecto estarán comprendidos entre los cinco y los diez millones de dólares.»

Una impresión, entre misterio y sorpresa, se esconde en el fondo de esta noticia, efectivamente. Y nosotros vamos a tratar de interpretarla y explicarla, para lo cual hemos de empezar por remontarnos un poco en el tiempo.

### AMARGO DESPERTAR

El Ejército norteamericano, que al final de la segunda guerra mundial se componía de unos doce millones de soldados, fué reducido a un millón de hombres, aproximadamente, en la euforia de los años 1947 y 1948. La Aviación americana vió también esfumarse sus efectivos. Y las más esbeltas unidades de la Flota, cuidadosamente recubiertas de un plástico protector, se sumieron por su parte en un sueño que Norteamérica deseaba que fuese eterno. Los Estados Unidos creían en la paz.

Y nada hubiera pasado si las cosas hubieran quedado ahí. Pero la historia no es un juego de sueños, sino algo asombrosamente real y más fuerte que la misma voluntad de los hombres. Y esa historia, que Norteamérica consideraba demasiado hermosa para ser verdad, empezó a poblarse de temores, desengaños y amarguras. Corría el año 1949 y el Occidente estaba ya de vuelta de todas sus ilusiones. Fué el año en que se firmó el Pacto del Atlántico y la ayuda militar al extranjero. Porque ya no bastaba la ayuda económica florecida a la sombra del Plan Marshall.

Pero todo ello apenas pasó de ser puras concepciones sobre el papel, hasta que en el verano de 1950 se produjo el aldabonazo de Corea. Aquel día los norteamericanos se acordaron de otra fecha y otro lugar: 7 de diciembre de 1941, Pearl Harbour... En menos de dos horas, dos docenas y media de bombarderos japoneses hundieron cuatro acorazados, redujeron otros cuatro poco menos que a cenizas, incendiaron tres cruceros y cuatro contratorpederos y destruyeron en tierra 188 aviones, es decir, la casi totalidad.

Un nuevo enemigo, más fuerte y temible, asomaba en el horizonte. El espectáculo de Pearl Harbour podía repetirse. Y el Pentágono empezó a fruncir el ceño seriamente.

### PLANES EN MARCHA

El cerebro militar de los Estados Unidos se puso en movimiento, lo mismo que la conciencia

del país, lanzado hacia adelante como una gran máquina. ¡No había tiempo que perder!

El 27 de agosto de 1951 M. Carl Bendetsen declaraba ante una Comisión del Congreso: «El Pentágono no proyecta aumentar los efectivos de las fuerzas terrestres, aéreas y navales de los Estados Unidos por encima de la cifra de tres millones y medio de hombres, a menos que se produzca un conflicto; dispondremos así de un ejército de tierra de 1.550.000 hombres, o sea, 18 divisiones y 18 grupos de combate equivalentes a seis divisiones suplementarias». Y el entonces secretario del Aire, M. Thomas Finletter, precisaba: «Las fuerzas de la Aviación americana comprenden 70 grupos y 800.000 hombres, y serán necesarias 309 instalaciones de una importancia capital, de las que 303 serán construidas en el extranjero», es decir, en Inglaterra, Francia, Africa del Norte, Alemania, Okinawa y el Pacífico.

Los hombres del Pentágono planeaban.

El almirante Fetcher esbozaba así la organización defensiva del Mediterráneo, desde Gibraltar hasta los Dardanelos: «En el Marruecos, cinco bases de bombarderos, cuya construcción costará de 300 a 500 millones de dólares...» «La base libia de Wheelus ha sufrido importantes mejoras.» «Una cadena de campos de aviación ha sido continuada en Grecia y en el archipiélago, que, en caso de hostilidades, podría ser utilizada tanto por los bombarderos como por los cazas.»

Pero el plan de Eisenhower no sólo preveía bases para la región mediterránea, sino para las islas británicas, el continente, en suma, para toda la zona europea que sería «sacrificada». Según este plan sólo para Francia debían gastarse más de 250 millones de dólares en la extensión o construcción de cincuenta aeródromos. Eisenhower, comandante supremo europeo de la paz en peligro, debía tener unas cincuenta bases aéreas a fines de 1952, aunque luego, a la hora de la ver-



dad, sería una bella sorpresa el que estuviesen listas una docena, y sin embargo...

En el verano de 1952 la Cámara de Representantes aprueba un plan por valor de 2.750 millones de dólares, en el que se incluye la construcción de bases aéreas secretas en todo el mundo. Naturalmente no se revelaba el emplazamiento de estas bases, pero sí se sabe que la mayoría de ellas no serían de nueva construcción, sino las ya existentes, ampliadas y modernizadas. Según la Comisión de las Fuerzas Armadas del Congreso, que fué la que recomendó este plan, «el dinero será gastado en bases aéreas estratégicas repartidas por todo el mundo», desde el Extremo Oriente al Asia meridional, desde el norte de Africa y Europa occidental hasta los Estados Unidos. La parte principal del plan se refería a la construcción de bases desde las cuales los bombarderos norteamericanos podrían «saturar» a Rusia con bombas atómicas en el espacio de pocas horas, si llegara a estallar la guerra.

El mecanismo militar de los Estados Unidos estaba en marcha. ¿Hasta dónde ha llegado?

#### LOS G. I. EN 50 PAISES

Desde entonces, a pesar de las reducciones operadas en el presupuesto de Defensa por Charles Wilson, América se encuentra comprometida en un programa de rearme que el armisticio de Corea no ha enfriado prácticamente. El pensamiento norteamericano es claro a este respecto, y podemos resumirlo en estas declaraciones hechas hace unos meses, en una entrevista por televisión, por el senador independiente Morse, cuya objetividad conocen todos los observadores políticos de Washington: «El pueblo americano no debe hacerse ilusiones. El armisticio de Corea no cambiará en nada la guerra fría. Debemos continuar preparados para toda eventualidad durante los veinticinco próximos años, si no más».

El Tío Sam monta hoy la guardia en el mundo entero. Por tierra, mar y aire, en efecto, los Estados Unidos extienden la inmensa cadena de su sistema defensivo hasta los más alejados rincones del globo. Hay soldados americanos en cincuenta países extranjeros... y hay que tener en cuenta que el mundo entero cuenta con una centena de naciones independientes.

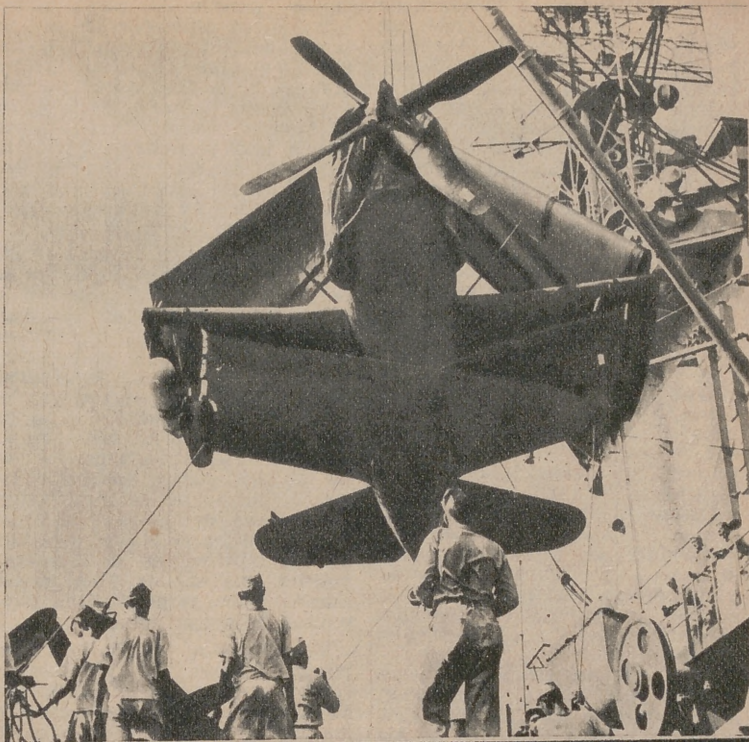
Seis divisiones americanas prestan servicio en Corea.

En Europa se encuentran acantonadas cinco divisiones, la cuarta parte, aproximadamente, de las fuerzas terrestres de los Estados Unidos. Hay tropas americanas en Alemania, en Austria, en Turquía, en Inglaterra, en Bélgica, en Italia, en Francia, en Grecia y otros países.

Los G. I. han hecho también acto de presencia en el Oriente Medio: en Irán y Arabia Saudita.

Y se los encuentra también en Africa: en Marruecos, en Libia y en Liberia.

Además, tropas americanas no despreciables se hallan de guarnición en Filipinas, en Tailandia, en Panamá, en Cuba, en el Brasil, en Islandia, en Formosa, en Okinawa y en el Japón.



Desembarco en Tailandia del primer envío de aviones ligeros de bombardeo norteamericanos enviados a dicho país con arreglo al Programa de Ayuda y Defensa Mutuas

Son en total 1.600.000 americanos de uniforme los que sirven en ultramar, cifra que es superior a los efectivos totales del Ejército estadounidense en 1950.

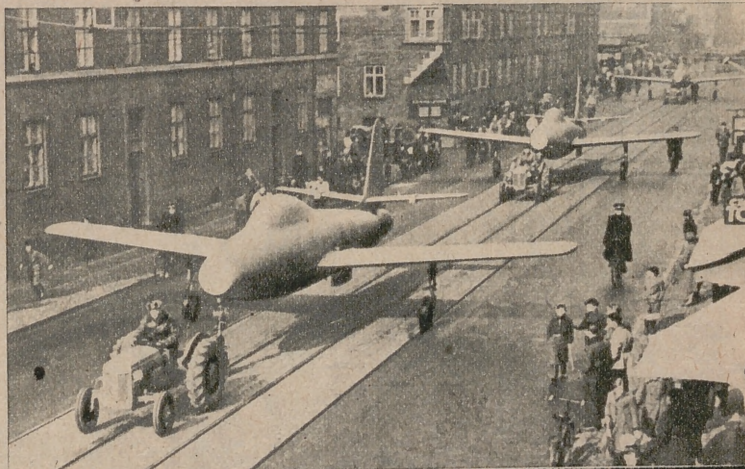
Pero el Congreso de Washington empieza a inquietarse por este estado de cosas, que revela, y no sin razón, una cierta paradoja en la situación presente. Tanto en Europa como en Asia, América invierte miles de millones de dólares para asegurar en 1954 la defensa de sus enemigos de 1945. Si Alemania y el Japón pudieran rearmarse, el equilibrio de fuerzas, favorable a los comunistas, se invertiría automáticamente, y el esfuerzo exigido a los Estados Unidos se vería sensiblemente aligerado.

Por ello nada tiene de extraño que en el Congreso norteamer-

icano se alcen voces cada vez más numerosas pidiendo que los europeos y los asiáticos ocupen el puesto de los G. I. y que los Estados Unidos limiten su papel a continuar asegurando la defensa aérea y naval.

#### UNA CADENA DE 100 BASES AEREAS POR TODO EL MUNDO

En el verano de 1953, la Aviación americana disponía de una red total de 89 bases situadas en Europa, en Africa del Norte, en el Artico y en Asia. Las más conocidas se encuentran en Alemania, doce bases; en Francia, ocho; en Africa del Norte, siete, y en Inglaterra, veintiuna. Hay bases también en Groenlandia, en Islandia, en Libia, en Arabia Saudita, en las Azores, en Trinidad,



En virtud del Pacto del Atlántico Norte, Estados Unidos envió a Dinamarca, entre otro material, aviones «Thunderjets», que en la fotografía los vemos arrastrados por una calle de Copenhague



en las Bermudas, en Panamá, en Canadá, en las Aleutianas, en Hawái, en Midway, en Wake, en Iwojima, en Kwajalein, en Guam, en Okinawa, en Filipinas, en el Japón. Y a ellas hay que agregar las concedidas recientemente en España y Grecia. Un simple cálculo nos lleva a la conclusión de que Norteamérica cuenta hoy con una cadena de unas cien bases diseminadas por todo el mundo.

Esta red de bases viene a formar, desde un punto de vista global, cuatro arcos principales. Uno de esos arcos protege el portillo del Polo Norte, por donde América teme que se produzca una «invasión atómica» de su propia casa: Alaska-Canadá-Groenlandia-islas Aleutianas. Otro de los arcos se apoya sobre el Pacífico y proyecta sus avanzadillas sobre el continente amarillo: Okinawa-Filipinas-Japón. Otro forma el eje de la defensa del Mediterráneo: Marruecos-España-Grecia. Y el cuarto, que podríamos llamar propiamente atlántico, alarga sus cabezas de puente en dirección al Rhin: Inglaterra-Francia-Alemania.

Todo este despliegue de fuerza requiere una gran movilización de hombres y de material. Los efectivos totales de la U. S. Air Force están constituidos por una centena de escuadrillas, aproximadamente, de las cuales treinta se encuentran esparcidas por el mundo. En Europa se hallan acantonadas once escuadrillas americanas: en Inglaterra, Alemania y Francia. Y en cifras generales puede decirse que la tercera parte de la Aviación se encuentra actualmente estacionada en bases extranjeras.

Y este sistema de defensa, sin precedentes en la historia militar, es incesantemente mejorado, sin que sea posible llegar más allá en este punto, pues, aparte de ciertas cifras muy generales, los gastos comprometidos son considerados como «top secret».

#### EL MEDITERRANEO, PLATAFORMA GIRATORIA

Hasta hace poco los tres prin-

**El Laboratorio de Medicina Aeronáutica de las fuerzas aéreas norteamericanas construyó este lecho para pilotos de aviones super-rápidos, en el que la comodidad y resistencia a la fatiga es máxima**

cipales puntos de bases aéreas estratégicas alrededor de la parte europea lindante con la Unión Soviética eran Groenlandia, Inglaterra y el Marruecos francés. Pero de un tiempo a esta parte el Mediterráneo se ha convertido en una plataforma giratoria, por así decirlo, de la política occidental en Asia y otro en Europa. Y esto en un doble aspecto: el aéreo y el naval.

Un rosario de bases aéreas americanas montan la guardia alrededor del Mediterráneo: en el Marruecos francés, en España, en Grecia, en Libia, en Arabia Saudita. El olivo y el naranjo, los viejos árboles de la civilización latina, se estreman bajo el ronroneo de los motores. Y se estremecen también las arenas, abrasadas y pulverizadas al sol de los siglos. Pero eso no es todo: en torno al Oriente Medio, encrucijada de países y caminos que llevan hacia Rusia, y saltando por encima de la tormenta política que sacude la vida del mundo árabe, se perfilan ya otros puntos de apoyo aéreo.

Y América no es sólo una gran potencia aérea; es también la reina incontestada de los mares. El Pacífico entero, comprendidas las costas chinas, está bajo el control de la Navy. La mitad de los efectivos de la Marina americana, alrededor de 450.000 hombres, sirven en ultramar; 1.200 navíos militares de todos los tonelajes hacen flotar la bandera americana en todas las latitudes. Una flota protege el Extremo Oriente. Otra, el este del Pacífico. Una tercera, el Atlántico. Y una última, por fin, el Mediterráneo, que se ha convertido en una llave de Europa.

#### EL BASTION DE MARRUECOS

Los tres pilares de la defensa mediterránea giran en torno al norte de África, España y Grecia.

Por un acuerdo de diciembre de 1950, sin convención política concomitante, el Gobierno francés puso a disposición de los Estados Unidos cinco bases aéreas en Marruecos. Se pensó entonces que de los tres complejos de bases aéreas escalonadas alrededor de Occidente —Groenlandia, Inglaterra y Marruecos francés—, estas últimas debían ser las más

importantes. Y con este pensamiento se puso en marcha una gran empresa.

Se trataba de construir en el Marruecos francés cinco aeródromos independientes, cada uno con pistas de más de dos millas de largo, equipado con numerosos edificios para albergar a los Estados Mayores y al personal, con grandes almacenes de carburante y lubricante, con stocks de equipo, maquinaria y piezas de recambio y con una densa red de pipe-lines y vías férreas, especiales destinadas a enlazar los cinco aeródromos entre sí y con los grandes puertos más próximos.

El Cuerpo de Ingenieros militares de los Estados Unidos recibió las primeras órdenes en noviembre de 1950 y el 10 de enero de 1951 comenzaron los trabajos. La situación mundial, agravada por la guerra de Corea, no admitía espera. Y el Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas dió unas instrucciones concretas: Había que construir lo más urgentemente posible, de modo que los cinco aeródromos debían estar listos para el verano de aquel mismo año 1951. Pero en julio sólo dos de ellos estaban capacitados para recibir a los mayores aviones, con pistas de más de tres kilómetros. Y entonces se dió que la misión quedaría cumplida en menos de dos años, es decir, antes de enero de 1953.

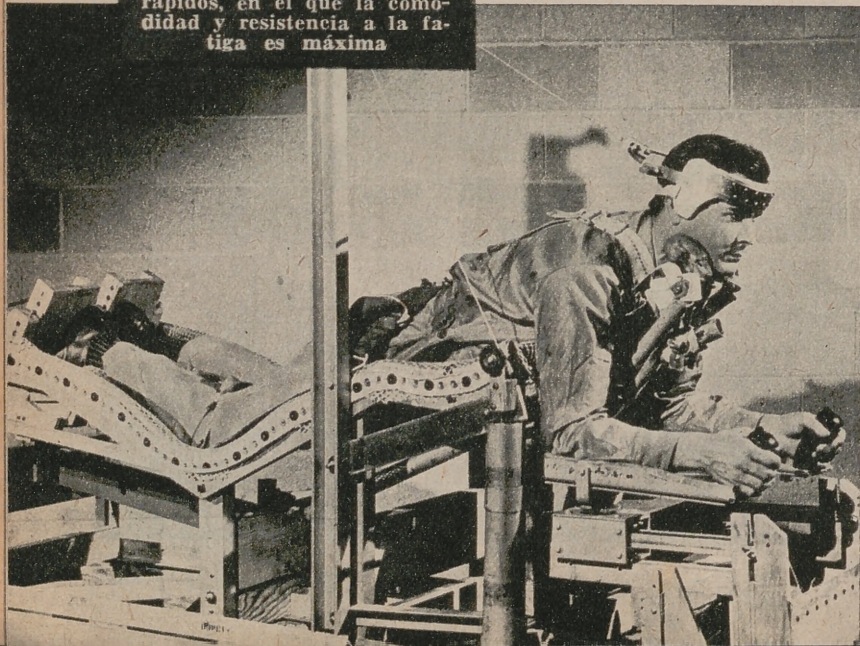
Había habido un retraso en los planes previstos.

#### A LA SOMBRA DE LA ACROPOLIS

Saltemos ahora de Marruecos a Grecia, de los arenales a la impresionante serenidad de la belleza clásica.

El 12 de octubre de 1953, poco después de la firma de los convenios hispanonorteamericanos, el Gobierno de Washington y el griego concluyeron un acuerdo autorizando a los Estados Unidos para utilizar en Grecia bases navales y aéreas, a emplear «aquellas rutas, vías férreas y regiones» y a «construir, acondicionar y utilizar aquellas instalaciones que puedan ser necesarias para la puesta en aplicación de los planes aprobados por la O. T. A. M.». Este acuerdo fué concluído sobre la base 3.ª del Pacto del Atlántico, cuyo texto dice: «A fin de asegurar del modo más eficaz la realización de los objetivos del presente Tratado, las partes, actuando individual y conjuntamente, de una manera continua y efectiva, mediante el desarrollo de sus propios medios y prestándose mutuamente asistencia, mantendrán y acrecentarán su capacidad individual y colectivo de resistencia a un ataque armado». Por tanto el convenio es válido para toda la duración del Pacto Atlántico, es decir, hasta 1969.

Las bases aéreas que en virtud de este acuerdo serán acondicionadas por los Estados Unidos en Grecia son las que ellos habían puesto a punto anteriormente. La más importante está situada en Eleusis, cerca de Atenas: comenzada en 1938, utilizada y destruída sucesivamente por los ingleses y los alemanes, fué empleada durante la guerra civil, de





1946 a 1949. Igualmente se habían construido pistas utilizables para los «jeeps» en Patrás, Volo y Larissa. Pero todas estas bases carecían de instalaciones electrónicas modernas. Y es probablemente sobre este punto sobre el que versará el principal esfuerzo norteamericano.

Norteamérica vigila también a la sombra de la Acrópolis, detrás de la cual se adivinan el avispero de los Balcanes y las rutas que llevan hacia la Europa oriental y la Unión Soviética.

#### EL PRECIO DE LA RESPONSABILIDAD

Digamos ahora, haciendo girar la ruleta de las cifras, lo que todo esto le cuesta al Tío Sam, y se comprenderá la enorme carga que la historia ha echado sobre los hombros de los Estados Unidos.

La segunda guerra mundial costó a Norteamérica 900.000 millones de dólares. Y en el transcurso del periodo comprendido entre los años 1942 y 1952, es decir, en diez años, los Estados Unidos prestaron al extranjero la astronómica cantidad de 82.000 millones de dólares. De esta cantidad Rusia recibió durante la guerra, en concepto de ayuda económica, militar y financiera, 11.000 millones de dólares; Inglaterra, 32.000, o sea, el 44 por 100 de la ayuda total, y Francia, 7.000.

Hoy, el coste aproximado de la política norteamericana de presencia en el mundo se eleva a 28.000 millones de dólares, de los cuales diez mil están afectos sólo al pago de la tropa, y el resto se invierte en gastos de entretenimiento y equipo. Pero, además de los gastos directos producidos por el envío de tropas americanas al extranjero, los Estados Unidos financian en fuertes proporciones los programas de rearme de todas las democracias. Asia, África, incluso Hispanoamérica, sin olvidar a Europa, el mundo entero recibe de los Estados Unidos dólares, material y municiones. Cada mes un nuevo país viene a sumarse a la ya larga lista de los beneficiarios del programa de asistencia. Solamente para Europa, el montante anual de la ayuda militar asciende a 4.500 millones de dólares, cifra que, unida a la de los gastos ocasionados por la presencia de tropas americanas —que se calculan en unos 6.500 millones de dólares—, arroja un total de 11.000 millones de dólares que América se gasta anualmente en la defensa de Europa. Para dar idea de esta cifra baste decir que el total de los presupuestos militares de todos los países europeos apenas llega a igualarla.

Sobre la base de esta cifra, y comparando las poblaciones de los dos continentes, una revista americana llegaba a hacer mucho a la siguiente conclusión:

«Cada americano gasta anualmente para la defensa de Europa 69 dólares. Cada europeo gasta para la defensa de su propio continente 58 dólares.»

Y aun podemos agregar este último dato: cien mil millones de



dólares es el montante calculado de los gastos militares futuros.

#### DIFICULTADES POR PARTE DE ALGUNOS ALIADOS

No todo el sacrificio norteamericano es, sin embargo, económico. Hay también sacrificios de otro género. Es éste un capítulo aparte para los Estados Unidos: un capítulo de amarguras.

Cuando echamos la vista sobre el mapa vemos que, en efecto, el camino emprendido por el Tío Sam no es precisamente un camino de rosas. El programa de las bases americanas en el extranjero se presenta a veces erizado de dificultades. Las relaciones entre las guarniciones estadounidenses y las poblaciones civiles de algunos países «aliados» no son siempre cordiales. No son tampoco raros los carteles y pancartas con inscripciones como éstas: «Americano, márchate a tu casa». Ni lo es el espectáculo de los trabajadores que se niegan a descargar o transportar el material destinado a esas bases. Todo ello sin mencionar otras informaciones. Como una noticia de 24 de abril de 1951 que decía: «Documentos muy importantes relativos a la construcción de nuevas bases francoamericanas en el Marruecos han sido robados de un coche parado». O aquella otra de 15 de diciembre de 1952 que rezaba así: «Un vóraz incendio prendió ayer fuego a una base norteamericana entre Casablanca y Rabat, quedando totalmente destruida la estación meteorológica».

Aparte de estas dificultades, nacidas del propio clima reinante en esos países y que afectan a la propia seguridad de las bases norteamericanas, cabe registrar otras. Son dificultades no ya cuajadas y cristalizadas en la calle, por así decirlo, sino en las mismas esferas de los Gobiernos de esos países y que revisten un doble carácter: económico y político.

Los Estados Unidos sostienen la tesis de que la fortaleza económica de los países del Pacto Atlántico es un medio para lograr la realización de la defensa europea; en cambio, para ciertos países del Pacto, éste, es decir, la

La «Caravana de la Paz» ha llegado a Atenas. Se trata de una exposición móvil de propaganda de la N. A. T. O. que recorre los países aliados para ilustrar sobre los planes de defensa y las fuerzas occidentales

defensa de Europa es un medio para resolver sus dificultades económicas. Este choque de criterios explica muchas cosas: por ejemplo, el que la Comunidad defensiva europea no marche. Y explica los enojos y hasta el cansancio de los Estados Unidos.

Y otro capítulo de dificultades es el que gravita en el plano de la política internacional. Inglaterra no ve con buenos ojos la política norteamericana en Extremo Oriente y el afianzamiento de los Estados Unidos en el Mediterráneo Oriental. Y Francia, por su parte, desconfía, en lo que se refiere a África, tanto de los norteamericanos como de los ingleses. Un frondaje de intereses, muchos de ellos arcaicos e insostenibles, se interponen en el camino.

La consecuencia de todo ello es que algunos aliados no responden al gran esfuerzo norteamericano, y el carro de la defensa occidental produce a veces una clara sensación de estancamiento, por culpa de quienes, lejos de entender en su recto sentido la palabra colaboración, se dedican a echar arena en los cojinetes.

#### EL ESCANDALO DE LAS BASES NORTEAFRICANAS

Conforme a las directrices del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas norteamericanas, la construcción de las cinco bases cedidas a los Estados Unidos en el Marruecos francés debía llevarse a cabo a través de un trust especial de cinco grandes compañías de construcción americanas, cuyas obras serían controladas por el Cuerpo de Ingenieros del Ejército. Estos calcularon que la construcción costaría un total de 345 millones de dólares. En febrero de 1952 ya estaba a punto de terminar la construcción de los edificios, pero como todavía quedaban obras por realizar y los planes no habían sido completa-



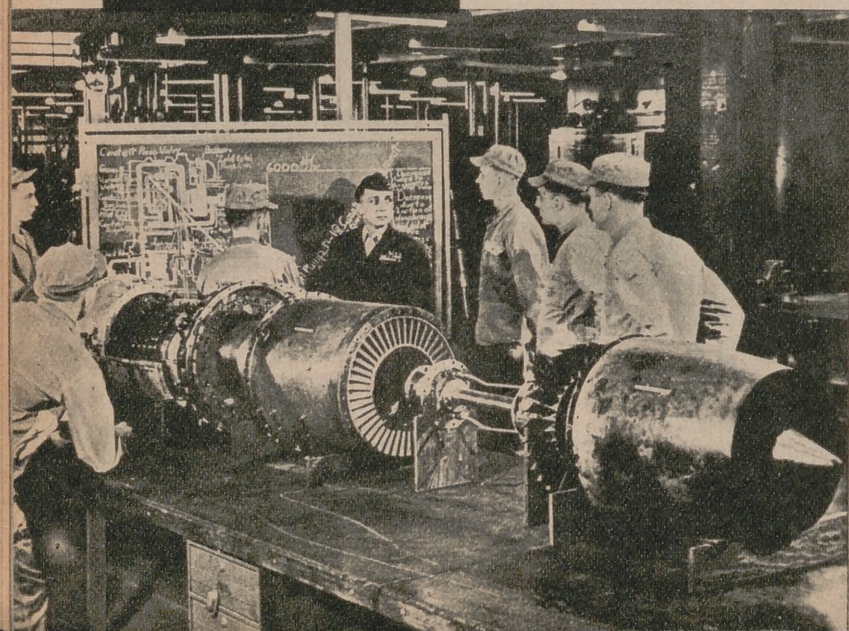


He aquí una vista general del Pentágono, centro de la defensa de Estados Unidos. El colosal edificio alberga laboratorios y oficinas. Es el cerebro militar de Norteamérica

dos, se consideró que realmente, cuando todo estuviera acabado, los gastos ascenderían a más de 500 millones de dólares.

Las Fuerzas Aéreas y el Cuerpo de Ingenieros reconocieron que se trataba de mucho dinero y confesaron que no se habían hecho grandes esfuerzos para disminuir estos gastos, aunque las consideraciones de orden ahorro-rativo habían tenido que ser descartadas, ya que el Pentágono había decidido construir esos aeródromos en el plazo más breve posible y por tanto, en la lucha contra el tiempo, se habían sacrificado posibilidades de ahorrar algún dinero. Ello —corría el mes de enero de 1952— motivó el que una Comisión de Investigación

Miembros de la aviación militar americana reciben instrucción y se familiarizan con los nuevos motores de reacción



del Congreso efectuara una inspección, y su informe dió lugar a ciertas discusiones y a lo que después se ha conocido con el nombre de «el escándalo de las bases norteafricanas». ¿Qué había de verdad en todo ello? Vamos a decirlo con palabras de los propios protagonistas en el asunto.

El 7 de febrero de 1952, el general mayor Archivald J. Old, comandante de la 5.ª división aérea y comandante jefe de las fuerzas norteamericanas en Marruecos, declaraba al corresponsal del «New York Times» Sulzberger lo siguiente: «La mayor parte de las afirmaciones que la Comisión del Congreso hace en su informe acerca de los gastos producidos por la construcción de las bases norteamericanas en Marruecos han sido exageradas. Nosotros, los militares, no podemos tratar de un asunto de construcción como trataría de él una empresa privada. Hay elementos de índole estratégica, política y de tiempo que apremian y que nos fuerzan a considerar la cuestión de dinero como una cuestión secundaria».

Y en aquella misma ocasión el jefe del Cuerpo de Ingenieros

militares encargado de la supervisión de las obras en éstas y otras bases manifestaba al citado corresponsal: «Normalmente, cuando uno quiere construir, tiene que empezar por comprar el solar, después hacer los planos y por último pasar a la construcción. Aquí en Marruecos, no hemos podido proceder por etapas, sino que hemos tenido que hacerlo todo conjuntamente. Además, la consigna decía: Construir lo más urgentemente posible». La urgencia impuesta por la situación política mundial dominaba toda nuestra actuación. Y naturalmente, cuando se actúa así, hay que pagar caro, aunque, pese a todo, no creo que hayamos pagado demasiado caro».

El caso es que en octubre último el general Twining, jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Aéreas norteamericanas, declaraba que las Fuerzas Aéreas norteamericanas habían construido tres de las cinco grandes bases aéreas estratégicas en el Marruecos francés y que el acuerdo sobre bases con España podía permitir el abandono de los proyectos de creación de las otras dos, acerca de las cuales la Subcomisión senatorial de los Servicios armados había planteado recientemente la cuestión de si serían o no necesarias.

#### LA ULTIMA PALABRA

El tema, como se ve, es de ineludible actualidad. A través de él, y de cara a 1954, que, como todo año nuevo, trae sus preguntas, cabe vislumbrar las líneas sobre las cuales va trabándose todo el mecanismo de la defensa anticomunista del mundo. Y es también sustancioso y aleccionador porque, aparte de otras muchas, pueden sacarse de él las tres conclusiones fundamentales siguientes:

Primera. La defensa de Europa se desplaza hacia la periferia, con clara tendencia a acentuar el papel de los medios aéreos y navales y con visible inclinación hacia el Mediterráneo, lo que explica ciertos malos humores de algunas Cancillerías.

Segunda. A esta modificación de los planes militares de los Estados Unidos no son ajenas esas dificultades con que tropiezan en algunos países aliados y a que antes nos hemos referido. En otras palabras: el Tío Sam ha llegado a la conclusión de que no todos los amigos con que él cuenta en el frente anticomunista que acaudilla lo son sinceramente y de verdad.

Tercero. España es un país que atrae, donde al pan se llama pan y al vino, vino; donde la amistad se toma como oro de ley... y donde no se registra ese espectáculo de la palmada en el hombro y la reserva en el espíritu.

¿No radicará en esto todo el secreto-sorpresa con que aparecía envuelta la noticia registrada hace unos días en la Prensa?



# LA PALABRA ESPAÑOLA

**P**EDRA básica, célula matriz y arquetipo de la nación: tres afirmaciones que, referidas por el Caudillo a la familia española, contienen fuerza y luz suficientes para entender y explicar debidamente el presente político y social de nuestro país en algunos de sus caracteres más fundamentales. Si, en cuanto a la categoría natural e irrenunciable de la familia, España nunca dió abrigo a la herejía, su función de modelo en cuanto a la constitución política de la sociedad, a la vida de relación política entre gobernantes y gobernados, entre los miembros de la comunidad civil como tales, no había sido expresada hasta la fecha con tanta exactitud y acertada sencillez.

La nación no es «una suma de individuos», sino de familias; he aquí la única base primaria para la concepción y la realización de un orden político «orgánico». La personalidad, el hombre—en la totalidad de sus dimensiones—constituye el gozne sobre el que gira el desarrollo de todo el pensamiento y la acción del movimiento, pero el hombre integrado, encuadrado y conformado en la unidad madre de la sociedad, para que no haya lugar a fisuras, por las que se cuele en el cuerpo de nuestra doctrina ni de nuestra práctica política el individualismo liberal. Socialmente, económicamente, políticamente, importan, sobre todo, el «apellido común», la continuidad de las generaciones, las jerarquías naturales, la solidaridad en un mismo destino, la cohesión interior, la energía y la eficacia de las tradiciones acumuladas, la lealtad y la sinceridad; y todo esto es precisamente lo que entraña y significa la familia española. Pero si la familia influye en el destino del país—pues «el destino de una nación está inesorablemente ligado a la virtud o a los vicios de su pueblo»—también el gobierno y la marcha del país «atiene una honda repercusión sobre la vida íntima de nuestros hogares». Esta mutua religación e interdependencia es la regla de oro, a la que Francisco Franco sitúa en su debido lugar; esta es la regla, la norma y el patrón, la clave última de la ventura religiosa, política y social de España en los comienzos de 1954.

Hoy podemos aspirar a todo y ninguna función en el mundo nos está vedada. Es preciso que la conciencia nacional asimile esta imponente realidad, estas soberanas posibilidades, porque aun no hace veinte años que el panorama que se abría ante nosotros era radicalmente, absolutamente el contrario. Los acontecimientos—particularmente los más señalados de los ocurridos en 1953—revelan con claridad meridiana que el mundo nos necesita y nos necesita justamente tal y como somos ahora, sin que la conducta y los módulos que configuran nuestra política nacional interna e internacional renuncien a su perfil y a su sustancia. Por lo mismo, nuestra ya activa presencia en los planos superiores de esta política internacional, en las horas actuales y futuras, reclama de nosotros que nos mantengamos «en orden y unidos», «sin empuqueñecer nuestro patrón moral», sin brechas posibles «para las cuestiones minúsculas partidistas» «para la atonía, la desgana o la disgregación» y dispuestos en todo momento, a «hacer honor a nuestras responsabilidades», que son muchas, porque, si ninguna culpa nos alcanza en el origen de los peligros tremendos que amenazan a Occidente, la excelencia e importancia de los nuevos servicios, entre ellos la misión de ejemplaridad—a que estamos vocadas—, carga sobre las anchas y nobles espaldas de España un gran cúmulo de deberes.

Estos son y serán aún más graves, porque en parte alguna se registra la «reacción cívica que los tiempos demandan». Porque es una alarmante realidad que, mientras el agresor posee unidad de mando y Estados Mayores político-económicos perfectamente coordinados «subsisten en los amenazados la desunión, las reservas, los recelos, cuando no las deslealtades» que

obstaculizan el ingente esfuerzo y la admirable voluntad de los Estados Unidos. Porque el hecho mismo de la privilegiada y nunca harto estimable posición moral estratégica de España, «nos puede convertir en blanco preferido de los futuros agresores».

En el arca y en las exigencias de estos deberes figura, lógicamente, el desarrollo, hasta el *máximum*, de nuestros recursos económicos y de nuestras soluciones sobre los problemas sociales. En este orden de problemas, la meta de nuestras ambiciones viene determinada por un principio, cuya fecundidad no es fácil medir, pero cuyas urgencias son igualmente rigurosísimas. Hay un abismo de las razones medidas, procedimientos utilizados en otras partes para solucionar estos problemas a «proponerse esos fines como un deber primario del bien común» que es la tesis del Movimiento Nacional.

Algún día, como ya sucedió en otros casos y cuestiones, será recordada la clarividencia del Caudillo, a este respecto y sobre el planteamiento que, en su mensaje sugiere sobre la movilización de la capacidad de consumo del mundo libre.

Mientras tanto, los españoles aceptamos, una vez más, la enorme tarea de alumbrar y poner en marcha la única «concepción feliz y la ejecución atinada de las soluciones políticas y sociales», que otras naciones ignoran o se obstinan en ignorar.

Conocemos la repercusión que el Mensaje del Caudillo ha tenido en la Prensa de todos los países. No nos era aquí posible, sino la glosa sencilla y la selección de algunos puntos principales de esta lección política, dictada por la voz que en el mundo puede pronunciarla con la máxima autoridad y la auténtica medida de quien sabe cumplir cada día ante su Dios, la Historia y su pueblo.

EL ESPAÑOL

## ESPIRITU Y TECNICA

**E**STE año Su Santidad el Papa Pío XII ha glosado a la luz de la doctrina imperecedera de la Iglesia, en su Mensaje de Navidad, tres problemas de actualidad indudable: la interpretación materialista del llamado progreso técnico, la inestable situación política de Europa y el concepto de la autoridad estatal.

No condena ni reprueba la Iglesia el progreso humano. No es contraria a los avances de la técnica. Pero sí condena, reprueba y es contraria al excesivo aprecio que los hombres hacen de este progreso, tendiendo a situarlo en la categoría de un mito omnipotente, sustitutivo de todo otro ideal religioso y espiritual. Centrado así el problema en sus verdaderos términos, el texto del Mensaje advierte a todos sobre el peligro, el grave peligro espiritual que encierra para el hombre la exclusiva y absoluta confianza en la perfección y las posibilidades extraordinarias de la técnica moderna. Peligro real y efectivamente operante que ya ha producido funestas consecuencias no sólo en el orden de las ideas, sino también en el de los hechos.

De esta supervaloración del progreso técnico



ha nacido una forma particular del materialismo, una especial interpretación materialista de la vida que tiene, al fin de su lógico desarrollo filosófico, todas las características de un marxismo blanco, tanto o más peligroso aún que el otro para la salud espiritual de los hombres, ya que no se presenta investido de ninguno de los atributos de terror y violencia que pueden apartar a muchos, a la primera ojeada, del marxismo rojo. En el fondo, también esta concepción materialista del progreso técnico, subordina la expresión espiritual del hombre a las fórmulas técnicas del progreso y pretende encontrar el camino de la felicidad de las sociedades humanas únicamente por las rutas utilitarias de la ordenación económica. Y de este modo va transformando al hombre, como ha señalado con grácil expresión el Sumo Pontífice, en un «gigante del mundo físico» con un espíritu de pigmeo del mundo sobrenatural y eterno. Y es precisamente esta simultánea hipertrofia de la técnica y atrofia de los valores espirituales y religiosos, la que desequilibra la marcha de la civilización actual, la que desnive-la las dos piernas en las que se apoya su andar y la que produce su cojera y sus caídas.

El fenómeno ha producido ya sus consecuencias inevitables en la vida política. Ahí está Europa, desunida, inestable, inquieta, en trance casi se diría de disolución, porque hasta ahora sólo se ha intentado resolver sus problemas por la vía de las soluciones técnicas, de las compensaciones económicas. De este modo se ha ido trenzando una cadena de acciones políticas inspiradas únicamente en soluciones de naturaleza utilitaria, positivista, que no ha hecho avanzar ni un paso a Europa, hacia su necesaria conveniente y deseada unidad.

Es la segunda vez, en muy poco tiempo, en el marco breve de un mes, que Su Santidad se refiere a la unidad de Europa. Antes, en su discurso de clausura del V Congreso Nacional de la Unión de Juristas Católicos Italianos, trazó las líneas ideales a las que podría ajustarse la estructura de una comunidad jurídica y supranacional de Europa. Ahora exhorta a todos los políticos cristianos a trabajar en favor de esa unión continental, recordándoles que «la unión pacífica de pueblos fué siempre vehemente deseo del cristianismo». Como presupuesto necesario para poder realizar con éxito esta unión, indica el establecimiento de un orden interno, estable y socialmente justo en todos los países. Y recuerda, para aclarar los medios que deben emplearse, que «el justo predominio de la autoridad y las leyes no abre necesariamente el camino de la tiranía». Se mantiene, por lo tanto, el concepto tradicional de libertad dentro de un orden y de armonización del bien particular y el interés general que ha defendido siempre la Iglesia.

El Mensaje no puede ser más oportuno. Ni en su contenido religioso para advertir a los hombres que la técnica debe ser un camino hacia Dios y no una ruta de peligrosa desviación materialista, ni en lo que se refiere a la necesidad de conseguir para Europa la restauración de su antigua unidad y de la verdadera convivencia pacífica entre sus pueblos, porque ha llegado el momento en que este proyecto debe convertirse en realidad y porque la Iglesia siempre atenta a las necesidades y aspiraciones de las clases humildes, sabe y proclama que éstas la esperan y la juzgan necesaria y prácticamente posible.

Estos Mensajes de Navidad van dirigidos al mundo entero: a la gran familia de los fieles católicos, a la extensa estirpe que forma la cristiandad y también a la vasta multitud de los hombres que no viven dentro de nuestro dogma.

Deben meditarlos, pues, todos. Especialmente aquellos a los que está atribuido el gobierno de los pueblos. Porque a todos alcanza la responsabilidad que se deriva del conocimiento, la que nace de haber oído las palabras de la paz y la verdad, la que puede exigirse a los que, teniendo ojos y oídos, no hayan querido, verdaderamente, ver ni oír.

**EL ESPAÑOL**

EL ESPAÑOL.—Pág. 8

Mañana será otro día

## CINE PIE A TIERRA

EL nuevo cine italiano, al que tanto hay que agradecer y del que tanto hay que escribir, es un cine pie a tierra. La última película vista por nosotros—«Guardias y ladrones»—constituye una versión resueltamente cómica de lo mismo que antes se nos dió en versiones trágica, dramática o poética con los títulos «Ladrón de bicicletas», «Milagro en Milán» o «Mañana será tarde». A todo ese cine de tan fuerte y tranquila originalidad le caracteriza el ser un cine para peatones. Pensemos un poco sobre esto, que bien merece no un artículo fugaz, sino todo un libro de interpretación histórica.

En nuestro bachillerato—¡oh inolvidable profesor de Preceptiva Literaria, P. Moisés Rodríguez, Sch. P.!—se nos enseñó que la novela realista del siglo XIX tiene dos formas muy distintas. Una, el realismo pecaminoso y enfermo de los franceses a lo Zola, que se complacen tocando y meneando las heces de la realidad para que hiedan bien: deleite morboso y hasta satánico. Otro, el realismo moderado y sano de los españoles a lo Pereda, que dibujan rocas y valles y paisajes reales con un pincel puntual e inimitable. Nuestra fantasía infantil tomaba por símbolo del primer realismo un cerdo bien encenagado y gruñidor en su pocilga; como símbolo del segundo realismo, una airosa cabra montés recortándose «peñas arriba», contra el cielo.

Pero ¿y el «neorealismo» del cine italiano? ¿A cuál de ambos realismos pertenece? ¿Al del manchado prostíbulo o al de la montaña intacta? ¿Al de la naturaleza pervertida o al de la naturaleza virginal? ¿Al de la corrupción o al de la sencillez? ¿Al de las almas envejecidas y feas o al de las almas infantiles y bellas?

Pues ni a uno ni a otro.

Pertenece al realismo de la gente Normal (los amigos perdonan gustosamente mi capricho de escribir la palabra «normal» con mayúscula), la cual gente no merece ninguno de los adjetivos calificativos del párrafo anterior. ¿Y qué es esa gente Normal, a la que tanto reverencia uno y cuyos miembros son los protagonistas del nuevo cine italiano?

Esa gente no es gente que nunca ha subido a caballo, ni tampoco es gente que montó y siguió montando su caballo; es gente que alguna vez cabalgó y que ahora ha echado pie a tierra. Mirémoslo un poco, rapidísimamente, desde tres puntos de vista.

Punto de vista humano. Dios creó al hombre en plenitud de gracia, de saber, potencia y alegría. El hombre cayó. La naturaleza caída del hombre es desde entonces la de un gran señor que tiene que andar a pie, enredándose en la maleza del dolor, de la ignorancia y de la indiferencia del mundo. El hombre Normal y real es un rey destrozado.

Punto de vista español. Todos nosotros llevamos dentro un Quijote. Mientras en el siglo pasado unos defendían que nuestro Quijote debía seguir a caballo y otros creían que era esencial matar a Don Quijote, los de nuestro siglo hemos entendido, al fin, que Don Quijote debe vivir, sólo que a pie. (Es éste el pensamiento base de José María García Escudero en su libro «España, pie a tierra».)

Punto de vista italiano. Han vivido ellos, los italianos, a caballo en las cúspides de la Historia, gobernados por el ímpetu varonil y genial de Mussolini. Han caído a los valles de la Historia. Pero «el que tuvo y retuvo, guardó para la vejez». Sale ahora del corazón de Italia un estilo nuevo y nobilísimo en el cine, que consiste en asumir y expresar todo lo eterno que hay en el caballero, hijo de caballero, ex caballero si queréis, que anda a pie.

Creo que por este camino debe entenderse—y de aquí se deben sacar las consecuencias—las hondas resonancias que produce este cine en los españoles, en los italianos, en los hombres.

Luis PONCE DE LEON  
Premio Nacional de Periodismo 1953.



# CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS MUERTOS

SEÑOR DON CRISTOBAL DE CASTRO

ESTE año no me remitirá usted la tarjeta postal con recuerdos que me enviaba anualmente cada temporada balnearia desde Alhama de Aragón, donde iba a curar su intoxicación de Madrid a través de cincuenta años; pero yo le escribo, don Cristóbal, para referirle la grandísima concentración de melancolía que pude captar alrededor y entre su acompañamiento mortuorio. Una melancolía con matices que llegaban desde la nostalgia al terror, desde la evocación de la cuna natal hasta la casi tangible sepultura de quien no se resigna a morir. En todos los entierros hay duelo; pero en el entierro de usted se percibía cierto pánico originado por la estadística funeraria de que en algo más de treinta días habían desaparecido una veintena de amigos de alguno de los presentes. Una especie de liquidación de promociones del periodismo (el historiador don José Altabella pasaba lista a los difuntos), de la literatura, de lo que se denomina por antonomasia arte en general, de las profesiones liberales, de las tertulias de café, de las partidas de naipes y venatorias, componían un balance tétrico dentro de los que seguíamos e integráramos su cortejo fúnebre. La implacable e irreversíble combustión que es la vida sólo mostraba allí unas pocas bujías esplendorosas en medio de los demás mortecinos pabilos. Todos habían triunfado, como usted, don Cristóbal (sobrevivir y lograr fama y renombre en Madrid ya es triunfar); pero el triunfo de cada uno se hallaba muy lejos, casi desvaneciéndose en la lontananza.

Cada español, cuando nace audaz y con genio creador estremeciéndole las arterias, se proyecta en seguida hacia Madrid (que es una América de nuestros días) para huir de su pueblo y de su provincia, donde los lares le ahogan, porque se le caen encima. Hay una fecha en cada biografía juvenil que es la fecha de su entrada en Madrid para principiar delante de las candilejas el «cursus horvorum», lo más altisonante y halagador de su «curriculum vitae», aunque después se rememoren estas fechas en voz baja y mustia, como poniendo una sordina a cuanto fué una saeta al partir. Don Francisco Verdugo Landi vino a Madrid en 1897, dejando Málaga; don Rogelio Pérez Olivares abandonó Sevilla en 1907. Otro señor llegó en 1902, otro señor en 1905... Escucho varias confesiones que relaciono con mi propia arribada, con aquel acontecimiento personal de oprimir con nuestros pies por primera vez la desdeñosa tierra madrileña. La primera vez es la primera vez con la atracción de incorporarse a la cuecaña tentadora, mas luego que se vuelve y se repite el viaje con nuevas llegadas a Madrid he comprobado que para muchos es un pequeño martirio, un infortunio.

Me contaron que se instaló usted en Magdalena, 8, hace mucho tiempo, en la casa de Antoñita Cortés, la sobrina del general, la esposa de don Joaquín Ruiz Giménez, el que fué Alcalde de Madrid y vino también a Madrid desde Jaén, como usted de la cordobesa Iznájar, hace aún muchísimo más tiempo. Yo vivía asimismo en mi ciudad y en mis provincias andaluzas, proyectando y soñando un salto sobre Madrid, pero conocía su efígie retratada con sombrero hongo y un tanto carrilluda en la portada de «La Novela corta». Era un Cristóbal de Castro desafiante, impertinente quizá en apariencia, que había escrito un relato bajo el título, en

1919, en 1920, sobrecogedor, de «Un bolchevique». Don Cristóbal de Castro firmaba en los periódicos y revistas con más amplio público y prestigio, o le editaban libros acerca de asuntos fascinadores, como son el teatro y las mujeres. Parecía como si usted pisase todos los escenarios del mundo y como si las damas de todas las edades de la Historia Universal le hubiesen revelado confidencialmente sus secretos. De vez en cuando aparecía en la «Gaceta Oficial» una real orden o un decreto nombrándole Gobernador Civil de Teruel o de Avila, ya que entonces gobernaba el país el conde de Romanones.

Vine yo a Madrid, advino la República, y colaboramos juntos en «Informaciones», que dirigía don Juan Pujol, frente a un Poder que negaba el paso a la juventud nacional y se había opuesto a la madurez de ustedes con antequitas y plagios de la desgraciada Constitución de Weimar, con pésimos trasuntos de una revolución masónica o de una revolución soviética, sin pertenecer a la socialdemocracia alemana, encontrarse a una distancia de siglo y medio las pelucas y la guillotina (ambas a contrapelo del pensamiento racionalista y mesiánico anidado en aquellas cabezas dieciochescas) y no haber permanecido ni un solo minuto en la Rusia enorme y feroz de los Zares y de los antizares, que usted conocía como corresponsal de guerra desde 1905. Hemos hablado muchas horas de San Petersburgo y de su jefe político don Alvaro de Figueroa, de los episodios y peregrinaciones de su vida transcurrida en la casa de Antoñita Cortés, entre Progreso y Antón Martín, de donde usted salía para las cenas galantes, para los Gobiernos Civiles, para los desafíos, para las Redacciones, para los estrenos. Al final, se había jubilado, pero no se había jubilado, porque un español que llega a Madrid no se jubila nunca, ya que siempre tiene que estar defendiéndose contra todo y contra todos, que le disputan el puesto al sol o en el escalafón burocrático, en sucesivas oleadas de pretendientes y aspirantes a la gloria, a figurar en el Madrid del día.

El día de su muerte, don Cristóbal, no asistió a su entierro el difunto conde de Romanones, ni las heroínas de la farsa, de la historia, de la novela. Faltaron también los porteros mayores de los Gobiernos de Avila y Teruel; pero estaban allí los poetas de principios de siglo que aun son supervivientes y sus compañeros de la musa novecentista. Un don Juan Pujol con una sensibilidad refinadísima para la carcoma del tiempo. Un Francisco Serrano Anguita con su faz de niño pasmado; un Felipe Sassone que se aprovecha del truco de su canicie intemporal; un Bernardo G. de Cándamo que semeja que se va a caer, pero que aún coge los tranvías al vuelo; un «Tebib Arrumi», el eterno doliente; un don Ramón Artigas, con su barba perfumada por la experiencia. Unos y otros recordaban su ingreso en el gran Club, en el gran Casino, en el gran Círculo de Madrid, que es un pequeño círculo de amistades y caras conocidas. Todos habían llegado y todos se marcharían con usted en una tarde de fin de año, camino del cementerio del Este o de cualquier Sacramental al lado del río. El tónico de esta carta hubiera sido despedirle como a la postrera hoja del almanaque que se arranca el día de San Silvestre; pero yo evito cuando puedo los tónicos y además había coronas de claveles frescos encima de su féretro. Y una flor natural revive siempre a los poetas.

ASEGURESE USTED

# EL ESPAÑOL





# ¡A MI LA LEGIÓN!

La vida del general Millán Astray lleva cifrada como la clave de una sinfonía que supo cambiar un tiempo veleidoso por otro de levantado heroísmo.

Gallego, de La Coruña, tuvo el destino de los hijos de esa región de llegar a los más distintos horizontes, a los que se adaptó en condiciones a veces hasta hostiles. Aun era un niño, dieciséis años no cumplidos, cuando ya lucía su estrella de alférez de Infantería española, y con ella marchó a la guerra de Filipinas. En el combate del fuerte de San Rafael se distinguió notablemente, pero su comportamiento heroico fué truncado por la primera herida que recibió en el año 1896.

Sería curioso entrar psicológicamente en aquellos años en que un héroe joven regresaba de defender los últimos baluartes que a España le quedaban por esos mares de Dios y se encontraba en su propia tierra en un ambiente derrotista, pesimista, desolador. Si el hombre no es nada sin las circunstancias, el choque violentísimo que se produjo entre el ambiente y el héroe, capaz de torcer un destino, hizo que el alférez, ya en sus nupcias de sangre y fuego con la Patria, se enamorase más de su profesión, del mensaje que traía, y, lejos de buscar los alegres y laberínticos caminos políticos, se adentró más

en los profesionales para servirla mejor. El estudio fué su consuelo y pronto ingresó en la Escuela Superior de Guerra, y a los pocos años salió diplomado para poder servir mejor a España.

Más tarde fué designado profesor de la Academia de Infantería, y en ella, con su joven experiencia y su estudio, formó distintas promociones del Arma. Ya entonces se distinguía por su entusiasmo y por el modo y manera de sentir y practicar la profesión.

El capitán Millán Astray era un hombre de abierta personalidad, de una cálida humanidad, en que la palabra, la ciencia y el estilo le daban un carácter distinto y singular. En verdad, pese a su juventud, ya era un hombre formado, un oficial competente, pero a sus espaldas el peso y la carga de la triste y gloriosa quiebra nacional que fué el 98. Por esto, siempre en lucha con las circunstancias, verá a la vida como una escuela de dureza; a la guerra, como un honor para el soldado, y a la muerte, como un amor de redención.

La experiencia del 98, lejos de apartar al héroe de su destino, lo elevó en su deber y lo llevó a luchar con los torcidos políticos caminos españoles para crear una realidad heroica, forjar un soldado con personalidad y de-

## DE LAS PIEDRAS, PAN

### LECCION DE MODESTIA

En el mensaje de Franco a los españoles con motivo del Año Nuevo, nosotros queremos destacar la lección de modestia. Una lección para todos los que participan en la vida política española y para aquellos que, en su actividad profesional como escritores o como técnicos al servicio de la administración, realizan tareas públicas. El Caudillo de España ha pronunciado su mensaje en ocasión de unos éxitos recientes que hubiesen podido dar a sus palabras un justo tono augural, mesiánico, de persona que habla desde la cima de la inspiración divina o del genio humano. No obstante, nuestro Caudillo ha comenzado, humildemente, hablando de las excelencias de la familia cristiana, base de la sociedad española y célula fundamental para el Estado surgido de la Victoria. Ha hablado de la familia con toda la emoción contenida con lo que haría un español cualquiera sensible a los goces y las satisfacciones de la vida hogareña, a

la responsabilidad de los hijos y de los nietos, y al júbilo de la continuidad; pues la familia, como ha destacado el Caudillo, perpetúa y mantiene nuestro recuerdo y el acervo de valores morales con que la hubiésemos podido enriquecer con nuestro ejemplo y con nuestra actuación, cuando cada uno de nosotros haya muerto. El Caudillo dedica un gran recuerdo a la familia cuando, en un espíritu menos fino, hubiese sido natural la dedicación íntegra del discurso a los dos grandes éxitos internacionales, que afirman a nuestro país entre los demás pueblos y frente al futuro. Nos referimos al Concordato con la Santa Sede y al reciente acuerdo con Norteamérica.

«Hay quienes con espíritu mesiánico, dijo Franco, pretenden asignar el mérito de la obra exclusivamente a la inquietud de los que la rigen y no a la feliz conjunción del Gobierno y del propio pueblo cuando lo feliz de la obra descansa precisamente en haber ido a buscar en el propio corazón del pueblo sus inquietudes y sus necesidades, en haber ido recogiendo en burgos y lugares aquellas aspiraciones seculares sobre los problemas pendientes». Dudamos que estas palabras hayan sido jamás pronunciadas por estadista alguno que se encontrase, como nuestro

Caudillo, en la cúspide del Poder, como representante de todas las aspiraciones comunes y vértice en el que confluyen los anhelos y las seguridades de la nación. El Caudillo habla en su mensaje tan lleno de calidad humana, de tan fina sensibilidad, no sólo como Jefe del Gobierno y del Estado español, sino como genuino representante de la sociedad. La labor de todos los españoles está reconocida en ese discurso lleno de lecciones de sinceridad y de sencillez. «El patriotismo, dice, no se alimenta de mitos y de fábulas, sino de la tradición viva y de la experiencia inmediata. Los abusos y los errores por los cuales ha podido arraigar la idea de una oposición entre la sociedad y el Estado, que ha ganado el pensamiento político de los pueblos occidentales desde el siglo XVIII, deben ser superados por los cánones clásicos de la acción del Estado». La iniciativa privada ha coadyuvado a la inmensa tarea de los organismos políticos, para el resurgimiento económico y social de nuestro país. El Caudillo reconoce ampliamente esa vitalidad nacional. Los éxitos de su gestión al frente de nuestro Estado son indiscutibles, pero con una preocupación ejemplar, quiere compartirlos con todos nosotros y nos dice generosamente, en su emocionante men-



# EL GENERAL MILLAN ASTRAY.-CORONEL CREADOR DE UN TIEMPO MILITAR. DE SU HUMANIDAD A SUS ARRANQUES.-DE SU HEROISMO A SU FE

jar como herencia una fuerza, cuando todo en España, por un afán cansado, por una indolencia voluble o por una política inconsciente, iba rodando con un rumbo incierto y sin fin. Se podría definir este primer tiempo de la vida de Millán Astray diciendo que él no fué absorbido por el 98, porque precisamente supo darle a aquella vida lo que la misma vida le negaba: los amplios horizontes que España necesitaba, y siempre había tenido, y no los mediocres de una política sin vuelo. Sencillamente, Millán Astray supo ser más español que aquellos políticos españoles.

## VOLUNTARIO DE AFRICA

La lucha contra el ambiente trajo consigo no sólo la afirmación del héroe, sino también su destino de lucha. Tras lo de Cuba y Cavite, el desánimo nacional fué tan grande que nada tensaba el ambiente para un optimismo. Sólo Africa, al llamar desde fuera, hizo que respondieran los mejores, y allá, atendiendo a la llamada, marchó Millán Astray. Primero a las órdenes del general Jordana, y más tarde, reclamado por sus éxitos, a las del general Fernández Silvestre.

Era aquél tiempo frívolo y de veleidosas vanidades. La vida de



El general Millán Astray recibió la visita de monseñor Cicognani en el verano de 1953

entonces, y aun la española, a pesar del candente problema de Marruecos, seguía como si nada hubiera pasado. Los cuatro años de guerra europea, prósperos para España, la emborracharon de olvidos. De moda los *cabarets* y los *music-hall* con géneros ambiguos, la política con una verdadera curva de sinuosidades en que la sensatez parecía haber huido. Era la agonía del vals, agonía en la que reside su ver-

dadera gracia, la vida de su melancolía, que se daba la mano con el tango, que empezaba. Las bailarinas españolas empezaron a alternar con el *variété* francés, alcanzando el folklore español su primer avance internacional. Era todo un buen vivir a la sombra de la decadencia.

Separándose cada vez más de este ambiente y buscando la senda del sacrificio, prendió en Millán Astray la idea de crear un

saje, que usted y que yo mismo hemos contribuido a esta España unida y en orden ante la que se ofrecen las más brillantes perspectivas.

Podríamos nosotros hablar de la preocupación social y del sagaz enjuiciamiento de la realidad política del mundo que se manifiestan en el extraordinario radiomensaje. Pero nos queremos limitar a subrayar la adecuación del caudillaje de Francisco Franco a los anhelos e inquietudes de la sociedad española. Parece como si hablara en aquel texto, un español más y que hiciera constatar los merecimientos de la sociedad ante el poder jurídico del Estado. Con el texto en la mano podemos advertir algo de lo que implica la idea española del caudillaje. No solamente es caudillaje político el que asume Francisco Franco, sino caudillaje social, casi diríamos paterno, si esta palabra no nos recordase al paternalismo, estilo social y político desacreditado.

En España, con frecuencia, hemos sufrido instituciones y leyes en completo desacuerdo con nuestros anhelos y nuestras costumbres, porque estaban realizadas esas instituciones y esas leyes por una «élite» política imitadora de otros países. Ha existido como un conflicto entre las aspiraciones más íntimas del

pueblo español y aquellas que compartían las minorías rectoras de nuestro país. En la actualidad podemos decir que este conflicto constante a lo largo del siglo XIX, ha desaparecido completamente. Hay una total identidad substancial entre el caudillaje y la nación española. Acaso continuarán existiendo discrepancias respecto a obras completas de ese o de aquel organismo. Pero no existe discrepancia alguna frente al liderazgo social de quien asume, al mismo tiempo, la Jefatura del Estado español. Hemos dicho muchas veces que el caudillaje de Franco es popular, pero no en el sentido en que han sido populares algunos dirigentes políticos, en cuanto consintieron en ponerse al nivel de los anhelos más materiales y egoístas de un determinado sector de opinión, sino en cuanto representa las aspiraciones más profundas y permanentes de todo el pueblo español. Por eso su mensaje ha sido humilde, nada mesiánico, ajeno a todo egocentrismo. «El destino de una nación, ha dicho, está inexorablemente ligado a la virtud o a los vicios de su pueblo.»

Nosotros hemos tenido ocasión de leer diversos discursos de los jefes de Estado con motivo de la iniciación del año 1954. En la mayoría de ellos, y no hablemos

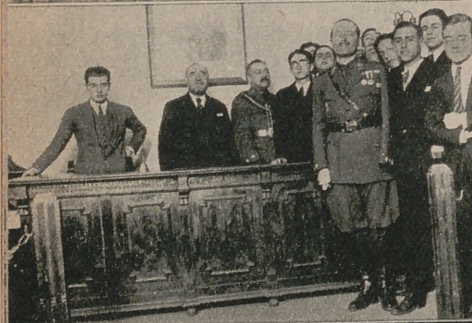
de los dirigentes de los países del telón de acero, parece que se intenta como disimular la contradicción existente entre la opinión de la calle y las directrices del Gobierno. Parece como si en esos mensajes se amonestase al pueblo a quien van dirigidos. No ocurre así en las palabras de Franco. El reconocimiento pleno a la iniciativa privada, al esfuerzo de los ciudadanos, encauzado dentro de las tareas del Estado, el afirmar que la sociedad tiene un valor en sí y que este valor es reconocido por el Estado español, al decir que en nuestro régimen no habrá nunca oposición entre la sociedad y el Estado, son hechos dignos de ser destacados. En definitiva, nos señalan un camino a todos aquellos que, en una esfera oficial, oficiosa o profesional, nos desarrollamos ante el público, y por lo mismo, de tanto hablar de los demás y de los intereses generales, tenemos el peligro de ofuscarnos creyendo que los demás y los intereses colectivos son nuestros propios intereses. Las palabras de Franco honran al caudillaje y a la nación española. Nos hacen sentirnos protagonistas y responsables, dentro de un Estado en orden, tradicional y católico.

Claudio COLOMER MARQUES





Millán Astray, coronel jefe de la Legión, en su despacho, en el año 1922



Exhumamos de los archivos estas fotografías de diversos momentos en la actividad pública de Millán Astray

Cuerpo de voluntarios análogo al de otros países, y fué comisionado a Argelia, donde estuvo para estudiar a fondo la Legión francesa. No cejó en su empeño, y así lo cuenta:

«Una larga estancia en Africa sirviendo en la Policía indígena, en Regulares y en el regimiento de Infantería del Serrallo, unido a alguna afición al estudio y entusiasmo por el problema africano, dieron lugar a que germinase la idea de organizar una Legión

extranjera, en vista del excelente resultado que a los franceses les había dado la suya, a la que después de la Gran Guerra titularon *Heroico Regimiento que por su amor a Francia y su bravura ha sido colocado en primer puesto*. Añádase a esto un puntillo de amor propio de creernos los españoles capaces de hacer una cosa semejante, y ésos fueron los fundamentos de la Legión.»

La idea tuvo desde el primer momento toda la protección española. Desde el Rey al Alto Comisario, don Dámaso Berenguer, pasando por los Ministros de la Guerra, generales Tovar y Villalba y el vizconde de Eza, que, habiendo oído a Millán Astray en una briosa conferencia que dió en el Casino Militar exponiendo detalladamente el proyecto de organización de la Legión, publicó el decreto de su fundación, viniendo así cuantas dificultades se presentaban. Un día de últimos de septiembre llegó, por fin, la ansiada fundación de la Legión con el nombre de *Tercio de Extranjeros*, nombrando teniente coronel primer jefe a don José Millán Astray.

Del voluntario de Africa, en lucha contra el ambiente, con su estudio y entusiasmo, iba a crear, dándole vida y sangre, la Legión española.

#### DE CEUTA A DAR-RIFFIEN

Fueron los primeros momentos de mucho trabajo para la fundación de los banderines de enganche en Zaragoza, Barcelona, Valencia y Madrid; pero cuando esta tarea ya estuvo acabada fué a esperar a Ceuta, y allí, para recordar uno de aquellos días en que llegaron los primeros legionarios, nos podríamos trasladar.

En aquel viejo cuartel llamado del Rey, por una escalera llegaban los hombres a una gran y destartalada sala, donde ya estaban los legionarios de primera hora: los fundadores. Tras de una mesa los esperaba un hombre; los nervios, su impulso, no le dejaban. Miraba tan penetrantemente que parecía desnudarlos. Su mirada «acababa en punta»; pero tenía sonrisa y gracia, dentro de una gallardía irrefrenable. Era él el teniente coronel Millán Astray.

Detrás, como escolta, dos legionarios con armas, uno de ellos negro. Otros dos, en la mesa, tomaban las filiaciones. El teniente coronel miraba fijamente a los que llegaban, e inesperadamente, acercándose a uno cualquiera, preguntaba:

—Tú, ¿a qué has venido? ¿Por qué has venido? ¿Cómo has venido? ¿De dónde has venido?

—Yo, yo soy, me llamo...—contestaba el aludido, siempre un poco aturdido, ante la avalancha de preguntas—. Vengo de Barcelona.

—Anarquista tenemos. Bueno, hombre, está bien.

Como alguno de los que allí estaban se moviera, nervioso gritaba:

—¡Las manos, quietas! ¡Los brazos, caídos! ¡Todos, cuadrados! ¡Quietos!

El tiempo parecía detenido a la voz de este hombre; pero tras de una breve pausa sacaba su ardiente humanidad para decir algo así:

—Aquí no se viene a disfrutar de una vida regalada. El trabajo es duro; las penalidades, muchas, y el riesgo, mayor. Los moritos saben tirar bien y suelen dar. Los balazos duelen mucho, sobre todo los que tocan en hueso.

Y aun más, como para limpiarles de aquel ambiente que traían y comulgarles en el de la Legión, paternalmente decía:

—Bien venidos a la Legión. En ella encontraréis cariño, amparo, una familia. Se os pide ser bravos y disciplinados. Se os exige obedecer las órdenes militares ciegamente. Entráis en un Cuerpo glorioso, gloria que se alcanza con las vidas y la sangre de los legionarios. Es, pues, preciso estar dispuestos a morir cuando lo reclame el deber; a sufrir fatigas, privaciones y dolores de crueles heridas. También hallaréis todo lo que se ha prometido de vuestros sueldos, comidas, ropas y recompensas. Igualmente sufriréis duros castigos si cometéis faltas graves. ¡Entrad gozosos, sed felices y que Dios conceda a cada uno lo que venga buscando, si ha de ser para su bien!

Lo de menos siempre fué en Millán Astray las palabras y su contenido. Lo importante siempre fué cómo estaban dichas, con una vehemencia que quemaba, de fuego. Y cada una, con su propia emoción, iba montada sobre la otra.

Para todos y cada uno tenía la palabra justa y precisa. De los primeros momentos de aquel tiempo legionario estaban aquel Fulman, Tarok, Relenga..., y si uno decía que era capitán rumano, él le replicaba:

—Bien, hijo, ya lo veremos.

Si otro le decía que no podía dar su nombre, sencillamente le contestaba:

—Está bien. Da otro.

Si veía alguno muy triste, le preguntaba:

—Tú, ¿a qué has venido?

Y cuando le contestaban solía decir:

—No os pregunto quién sois, ni de dónde venís, ni qué habéis hecho en la vida por curiosidad. Os lo pregunto porque habéis venido a la Legión para que lo olvidéis, para ser hombres honrados, soldados disciplinados y valientes; habéis venido a defender nuestra



Patria, a quereros como hermanos y a demostrar al mundo que, si fuisteis malos, podéis ser buenos.

Incansable en la revisión de las filiaciones, siempre solía emplear este magnífico recurso psicológico para hacer valientes a sus hombres desde el primer momento que entraban en la Legión:

—El que se arrepienta de entrar, el que tenga miedo a morir, que diga al médico ahora, al pasar reconocimiento, *«que le duele la garganta»*. Con ello basta para quedar en libertad.

Salía, entraba, los miraba. En tanto en la mesa, al tomar las filiaciones se sucedían escenas más o menos graciosas, como ésta:

- ¿Nombre?
- Rodrigo.
- ¿Apellido?
- Díaz.
- ¿El segundo?
- De Vivar.
- ¿El Cid Campeador!

Y el nuevo legionario, respirando aquel aire saleroso y perfilado de Ceuta, riendo entre dientes, decía:

—¡Quién sabe! ¡Quién sabe!

Con más impaciencia que riesgo, con más disciplina que arrogancia, con más inquietud que esperanzas, fué madurándose aquella primera familia de la Legión.

Dar-Riffien, respaldada de cumbreres y mirando al mar, fué la cuna y el solar. Allí la instrucción, los banderines y guiones, la contraseña: «Legionarios, a luchar. Legionarios, a morir», era lo único propio y de cada uno. Agrupados en unidades, un espíritu de sana y limpia emulación fué brotando. El emblema, que todo parecía fundirlo como una llama... Todo era un presagio, que en el aire de Dar-Riffien quería hacerse realidad, aquel espíritu heroico que buscaba volar por sus rutas como en un vuelo de águilas.

### EL CREDO LEGIONARIO

El clarín de la Legión no fué sólo el de su cartel, que en todas las esquinas de España llamaba al valor, ni de la nueva técnica que para la instrucción se empleaba en Dar-Riffien. Llevaba consigo el Tercio encerrada una enorme fuerza espiritual que dimanaba de su fundador y como fruta madura del tiempo atraía aquellos hombres que, derrotados por la vida, de nuevo se querían levantar. Frente a aquel mundo de despreocupación placentera restallaba la Legión hablando por su credo que, de sus doce artículos, diez hablan al espíritu. Su enorme fuerza en mandamientos como éste: «El sagrado juramento de no abandonar jamás a un hombre hasta perecer todos.» «No se quejará de fatiga, ni de dolor, ni de hambre, ni de sed, ni de sueño.» «A la voz de ¡A mí la Legión!, sea donde sea, acudirán todos y con razón o sin ella defenderán al legionario que pida auxilio.» se fija y se perfila frente a la frívola y riante vida de aquellos años como una dura profecía que pide al inflexible destino de España.

Al contenido del credo se añaden el temple y rigor de sus fundadores: Millán Astray, Franco, Valenzuela, Yagüe, García Escá-



Millán Astray y el Generalísimo Franco, compañeros de armas, aparecen en esta fotografía conversando durante un acto celebrado el año 1944 en El Pardo.

mez..., y una lista tan larga de nombre que toca ya con la gloria y que cayeron para forjar la Legión.

Mas lo importante de Millán Astray no fué sólo dar el espíritu en la letra, sino en sangre. Diseñado este retablo de la Legión, pronto toma movimiento. Corría julio de 1921 cuando Annual fué el nombre que despertó a España en su letargo, que en Marruecos la Legión de entonces, con sólo tres banderas, dos se pusieron en marcha. Tras una inverosímil jornada de más de cien kilómetros y dos noches sin dormir en los campos africanos llegó a Ceuta y allí los recibió Millán Astray, diciéndoles:

—¡Legionarios! De Melilla nos llaman en su socorro. Ha llegado la hora de los legionarios. La situación allá es grave; quizá en esta empresa tengamos que morir todos. ¡Legionarios! Si alguno hay que no quiera venir con nosotros, que salga de la fila, que se marche, queda licenciado desde ahora mismo... ¡Legionarios!... Ahora jurad todos... ¡Juráis todos morir, si es preciso; en socorro de Melilla?

—¡Sí, juramos!—fué el grito total y estentóreo.

Y cantando aquello de:

Vamos al frente vivos y ligeros en la vanguardia que es puesto [de honor

a demostrar que somos los primeros, a demostrar del Tercio su valor.»

Embarcaron en aquel viejo barco llamado «Ciudad de Cádiz» que les llevaba a toda marcha a Melilla. Como se recibiera un cable del Alto Comisario insistiendo en que se forzara la marcha, dió esta orden el teniente coronel Astray:

—Que se acelere la marcha todo lo posible, con tal de que no estallen las calderas...

A primera hora de la tarde dieron vista a Melilla, que a lo lejos se divisaba blanca y fría, como de plata rebrillando al sol de julio. Parecía acobardada, aterida, como replegada en ella misma, muerta... Mas cuando la población vió el barco, toda ella se lanzó a la calle, a los muelles, a la playa. Y cuando el barco atracó, el griterío resultó ensordecedor. El ayudante del Alto Comisario le dijo al general Sanjurjo que mandaba la expedición:

—De la Comandancia General de Melilla no queda nada: el Ejército, derrotado; la plaza abierta, y la ciudad loca presa de pánico. Hace falta levantar la moral del pueblo, traerle la confianza que le falta y todas las fantasías serán pccas.



Después de hablar con Sanjurjo buscó a Millán Astray y le dijo:

—Acabo de hablar con el general y tengo venia para transmitirte esta orden: El Alto Comisario me encarga que te diga que la población de Melilla atraviesa un momento de pánico. Es preciso elevar su espíritu y para ello harás cuanto te sugiera tu patriotismo.

Cuando habló Millán Astray, sólo dijo al pueblo de Melilla:

—¡Melillenses! Os saludamos. Es la Legión que viene a salvaros; nada temáis, vuestras vidas os lo garantizan... ¡Melillenses! ¡Los legionarios y todos venimos dispuestos a morir por vosotros! Ya no hay peligro. ¡Viva España! ¡Viva Melilla!

La multitud aplaudía. lloraba y ríe gritaba fuercemente; pero al saltar los legionarios a tierra, al ver el orden y la serenidad, calló por un momento, el preciso que aprovechó Millán Astray, dominando el momento psicológicamente, genialmente, lanzando un grito más alto, más enérgico, más vibrante que todos los llantos y sollozos de la multitud.

Y pasó la Legión. Un huracán de hombres... Con los ojos tañadraban el aire; el brazo alto, al viento, como queriendo agarrar al enemigo; llenos de cicatrices, tatuajes, peludos y con patillas, tomaban un perfil de victoria; la banda jugaba con sus cornetas volteándolas por el aire, mientras otros golpeaban con rabia los tambores. En los labios una canción, y por encima de la formación, quemando el aire, banderms y guiones con águilas, calaveras, tigres y chacaes. La Legión era la viva estampa del credo que dictara Millán Astray y prodigiosamente, por el genio de su fundador, sin combatir, ganó la primera batalla.

#### OTRO TIEMPO MILITAR

Tras ellos vinieron los duros combates, pero la sangre legionaria vino a demostrar que, no sólo el credo estaba hecho vida, sino que la Legión traía otro modo, otra manera, otro gesto de morir y matar.

Al parapeto, al saco terrero, los sustituyeron los pechos legionarios; al componer y querer arreglarlo todo con alambres de alpaca se opuso la resuelta se-

milla de la bomba de mano para bañarlo todo con un viril y trágico heroísmo y buscar el escondido enigma del misterioso aire de Marruecos. Desde que lucha la Legión y combate con su denuedo, cada sierra, arroyo o poblado se une a la fibra legionaria. La Legión le da a la empresa de Africa color de gesta, la cambia en una auténtica y alegre aventura de poesía que sangraba.

Pero en el cuerpo del creador —el ojo, el brazo y el pecho— hicieron mella las balas, aunque su espíritu voló muy alto, y aun, a pesar de las mutilaciones, siguió prestando servicios y pasó su nombre y su gloria por las Escuelas Militares de Saint Cyr y Saint Maixent, estando agregado al Estado Mayor de Lyautey. En otro tiempo, y en más de una ocasión, intervino en defensa de la disciplina en contra de la política, publicando un folleto en el que puntualiza desde el aspecto militar la visión de la España del 98 y sus perspectivas. Su libro «La Legión», publicado en 1923, es uno de los documentales más importantes para su biografía y el historial de la Legión.

Viajó, por los años de 1929 al 36, por América. El Glorioso Movimiento Nacional le sorprendió en la Argentina, incorporándose inmediatamente, siendo nombrado jefe de Propaganda, Prensa y Radio. Visitó en aquel tiempo casi todos los frentes y hospitales. Era una figura que levantaba el clamor patriótico en cuanto se le veía. Fué el inventor de aquel grito — «¡Viva la muerte!»—, mientras la Legión que él creó fué la que sintonizaba por campos y batallas el aire de la victoria que llegaba.

El Ejército español tiene ya otro tiempo y compás. Y es que sobre la Legión pesaba la remembranza gloriosa de los Tercios españoles. Por esto a la fundación de la Legión se le puede llamar creación española en todo lo que tiene de humano atisbo en el primer soplo inspirado en el que Millán Astray trajo a ella las mejores figuras de Africa. Buena prueba de ello son estos párrafos:

«Pensé quiénes serían los jefes que me ayudasen en esta empresa y designé a Franco el primero: le telegrafí ofreciéndole el puesto de lugarteniente, aceptó

en seguida, y hémos aquí trabajando para crear la Legión.»

Por esto, si general efectivo lo fué en verdad, quedó también y para siempre como coronel honorario de la Legión, porque, además de crearla, también hizo el prodigio de cambiar un tiempo español.

#### DE SU CARACTER A LA FE

Con la Victoria se le nombro director general de Mutilados. Y aquí, como en una gota de agua se ve el mar, se realiza la misma lucha de siempre. El no ve hombres inútiles, y por esto borra el antiguo y deprimente nombre de inválidos por el de mutilados, en los que ve hombres y soldados útiles para quehaceres militares y civiles.

En todo el tiempo que desempeñó esta Dirección General, que la dejó con la muerte, pudo contemplar la evolución de un tiempo militar español debido al fermento heroico de la Legión que él creó con tanta personalidad. De vez en cuando saltaban a la Prensa sus arranques, como el de entregar hasta el abrigo que llevaba puesto en una visita que hizo a los suburbios.

De un tiempo a esta parte se le acentuó la fe. Suyo es aquel sencillo párrafo que dice: «Jesuitas y legionarios fundieron sus almas y sus cuerpos en único bloque cuando la religión de Cristo y la Patria peligraban. Así debe ser, porque los jesuitas son legionarios y los legionarios son jesuitas cuando suena la hora sublime de morir en sacrificio ante el altar de Dios y de la Patria: España.»

La muerte, con ser la muerte, no le alteró en su calma y serenidad, y supo esperarla durante cinco meses con el temple que tantas veces la vió pasar en los combates. Ni pompas ni veleidades quiso. Quiso y supo amar a la sencillez.

Quizá en la clarividencia de las meditaciones y los últimos días le pesara tanta gloria, de impulso hacia un ambiente adverso en otro tiempo y siempre de abnegación en las empresas que se le encomendaron. Su figura, soldado genial y de genio, queda ya para todos los tiempos como la de uno de los grandes capitanes de nuestra Historia.

MACIA SERRANO

## Los cuatro Tercios de España están de luto

DAR-RIFFIEN. — (De nuestro corresponsal en Africa.)

EN viaje por tierras de Africa, donde la luna grande y católica de la Navidad se ha colgado como un panderó de plata en el afilado perfil de las mezquitas, me sorprende en la raya aduanera de Castillejos —cerca de las lomas donde el general Prim libró su famosa batalla— la noticia de la muerte del fundador de la Legión.

El fallecimiento de Millán Astray lo transmite la radio y vuela como un pregón a los vientos. Aunque no hubiera antenas en Riffien, la mala nueva se hubiera sabido igual, porque de

Castillejos al acuartelamiento de la Legión hay muy poca distancia; unos cuantos kilómetros. Una carretera nueva y asfaltada —paralela a la misma orilla del mar— os lleva junto al primer destacamento legionario, donde un centinela hace guardia con esa rigidez de estatua que sólo el Tercio sabe hacer. El nombre de esta primera posición bien vale la detención y un pequeño recuerdo. Es «La Condesa», en memoria romántica del lugar donde el general O'Donnell —el de la «guerra del 60»— se veía con su mujer, condesa de Lucena.

Desde aquí a Dar-Riffien, un

camino de recta y lentisco nos conduce y desemboca junto a un apeadero del ferrocarril. Ahora se abre ante nosotros una avenida recta que habría que andar descubierto y con el alma en tensión. Al final de ella está Riffien, donde un día entre los días —septiembre de 1920— José Millán Astray fundara la solera castrense de la Legión.

Al entrar en el militar recinto, un arco grande, geométrico y severo os habla de la lucha y de la muerte. Primera consigna de combate: «Legionarios, a luchar; legionarios, a morir.» El lema es un clarín de valor, pero sobrecoge el ánimo porque, en



tan pocas palabras, hay un mar de literatura, un poema donde letra y sangre marchan a la par, estrechamente unidos por los ideales de un credo legionario que nadie ha superado en bravura.

Penetramos en el patio del acuartelamiento al filo del mediodía. Es una espléndida mañana de enero en que la luz azul de Marruecos se parte en el cielo como una naranja de oro. Silencio y soledad. En el alto mástil, la bandera nacional tiene un crespon negro. Riffien, y con él todo el Tercio—los cuatro Tercios de España—, está de luto.

El dolor, hondo, viril, emocionado—un dolor auténticamente legionario—, se cuelga de los muros blancos y de las rosadas líneas de las torres coloniales como una yedra espesa y amarga y lo envuelve todo en una imborrable tristeza.

Nos tira la visita al Museo de la Legión.

\* \* \*

El Museo de la Legión en Dar Riffien debería ser declarado monumento del valor nacional. Es como una vitrina de guerra: impresionante. Toda la gesta de nuestras campañas de Africa está allí.

Sobre el suelo, ordenadamente dispuestos, fusiles, ametralladoras—«Hotchkiss» y «Maxim»—, espingardas de las «harkas» rebeldes de Nador, rifles de Beni-Urriaguel, cuchillos agudos de Zeluán, afiladas gomas de Beni-Arós, argollas y grilletes de hierro que llevaban los prisioneros en los días tristes de Annual. Recuerdos trágicos de Abd el-Krim...

Y junto a este material bélico e impresionante, el atufado humano: las gorras, los sables, las guerreras destrozadas por la pólvora y las emboscadas del Rif, las «teresianas» conservadas con productos químicos, donde el polvo blanco aparece como una escarcha florecida...

Más símbolos, más recuerdos, más vitrinas, y de súbito, en una de ellas, en un pequeño frasco de cristal, flotando en un líquido glauco, un recuerdo imborrable: el ojo derecho de Millán Astray, perdido de un balazo en campaña y donado a la Legión como una reliquia de permanente heroísmo.

Lo contemplamos en silencio. A través de esta pupila muerta apreciamos más su extraordinario gesto de valor, la prodigiosa capacidad de acción de aquella obra y de aquella vida tantas veces ofrendada a la Patria. Por tres veces corrió su sangre sobre el mapa entrañable de Marruecos: Nador, Dar Raid, El Fcn-dak. Dios no quiso llevarlo a su seno. Lo reservaba para una empresa de gloria: fundar la Legión e infundirle su espíritu, un temple de valor sobrehumano. Un credo con doce artículos de fe donde la muerte—perpetua novia del legionario—no era ni más ni menos que un acto de servicio.

«Sólo se muere una vez, y el morir no es tan horrible como parece.»

Por esto hay que morir bien. Era lo eterno, lo clásico, lo español, el clamor racial que desde Séneca, pasando por José



Legionarios del II Tercio en la marcial arrogancia de los desfiles

Antonio, desembocaba bélicamente en el Alto de los Leones y literalmente en la afirmación de que «sin unas banderas de la Legión no se conciben posteriormente unas banderas de la Falange».

#### LO RECUERDAN TODOS...

Le preguntamos al salir a un legionario, viejo y quemado—de pergamino y sol de Africa.— Es un soldado que tiene el color y las huellas de la guerra: las cicatrices de la campaña de Africa.

—¿Conocía usted al fundador de la Legión?

—No había de conocerle. Estuve con él el año 21, cuando el desembarco en Melilla, en el desastre de la Comandancia.

—¿De la primera Bandera?

—No, señor; de la Segunda Bandera. Ibamos juntos en el «Ciudad de Cádiz». La primera fué camino de los lavaderos de mineral. La segunda—la nuestra—partió hacia Rostrogordo. No se me olvida. El jefe, entonces, era teniente coronel; arengó al pueblo... No se me olvida.

\* \* \*

No se le olvida a nadie. Al igual que este viejo soldado le recuerdan todos y a todos llega como una gran desgracia su muerte. Todo el Tercio—Tahuima,

Riffien, Larache y Villa Sanjurjo, es decir, Gran Capitán, Duque de Alba, Juan de Austria y Alejandro Farnesio—siente la muerte de Millán Astray y forma como una invisible y silenciosa guardia en el madrileño cementerio de la Almudena.

Es como si ante el nombre y la erguida silueta del héroe se inclinase la abrumadora gloria militar de los guiones: las armas de Borgoña de la primera Bandera; el águila de Carlos V; en la segunda, el tigre Rampante, de la tercera Bandera. Todos le recuerdan, todos los legionarios saben del jefe.

Es posible que ignoren los detalles de su biografía—sus estudios en Argelia, en Saint Cyr y en Saint Maixent, que no sepan que estuvo en Orán y en el Estado Mayor de Lyautey; pero su gesto, su perfil y su corazón sí sé que se lo saben de memoria.

—Era tan emocionante oírle...

Ahora, ante su última arenga —cara a Dios y a su agonía—, todo el acuartelamiento de Riffien es silencio y emoción. Un silencio hecho de recuerdos altos, de heroísmos puros y de estrellas limpias: un silencio impresionante como todo lo de la Legión.

F. GOMEZ DE TRAVECEDO



# EUROPA A LA DERIVA

Por Camilo BARCIA TRELLES

Por lo menos, en ciertos medios políticos norteamericanos se ha esgrimido la alegación con explicable complacencia; lo que se aducía puede sintetizarse así: desde hace meses se registra una alteración en lo que atañe a las posibilidades protagonísticas del Este y del Oeste: hasta no hace mucho parecía indiscutible que la iniciativa provenía invariablemente de Moscú, limitándose el mundo libre a reaccionar, siempre a impulso de las acciones soviéticas; ahora, en la misma medida en que la U. R. S. S. desdénia las invitaciones al diálogo, fruto de la obsesión churchilliana, los Estados atlánticos parecen desentenderse de la marginalidad soviética y procuran reemplazar las reacciones, siempre emergentes, por acciones capaces no sólo de proveer al mundo libre de una orientación, sino de invertir la posición rusa, convirtiendo a la U. R. S. S. de invariablemente sugeridora en evitablemente perpleja. La precedente tesis parece fortalecerse, si tenemos presente que la Secretaría de Estado norteamericana, antes prisionera de un europeísmo sistemático e irremplazable, ahora no vacila, a través de Foster Dulles, en señalar a la Europa desintegrada el acortamiento de las aguas, sobre las cuales navegaba, más que en conserva, protegida por la omnipotencia talasocrática de la Armada norteamericana y en ese acto de potencial prescindencia ven algunos intérpretes, necesariamente, una de estas dos posibles explicaciones: o los Estados Unidos hacen suya la tesis del almirante Radford, basada en la supremacía aeroatómica, convicción que parece relegar a segundo plano la beligerancia de los ejércitos terrestres, nutridos y numerosos, o Norteamérica se decidió a huir de una engañosa ilusión y atendida a puras realidades considera que Europa, tras las reiteradas pruebas de parsimonia, que ha ofrecido con una insistencia digna de mejor empleo, no puede ser defendida, caso de invasión, sino sencillamente liberada, tras sufrir los efectos de lo que se considera como fatal y dramática ocupación militar.

Cuanto dejamos expuesto resultaría incompleto si no aludiésemos a otros elementos de juicio, que completan el contenido del problema que estamos examinando. Nos referimos tanto a la ya distante, en el orden de la actualidad palpitante de la conferencia de las Bermudas, cuanto a la más reciente de la N. A. T. O.; una y otra, se asevera, son prueba manifiesta de que el mundo occidental puede navegar de modo autónomo en el trance tormentoso de este período posbélico. Quienes arguyen en el sentido anunciado, parecen ignorar que las reuniones de los hipotéticamente acordes pueden servir tanto para evidenciar la realidad de una sustancial coincidencia cuando para dar nacimiento a comunicados finales inocuos, mediante los cuales quiérese, en vano, diluir lo que hay de indecisión en los colocutores, reunidos primero en Bermudas y más tarde en París. Avanzando en esa dirección polémica se hace notar, como dato complementario, que, bien considerado lo registrado, primero en una isla atlántica y después en París, no generó un epílogo, construido por los colocutores, sino que el desenlace fué modularmente influido por lo que denomináramos la interferencia soviética, a medio de una nota, sugiriendo la reunión de los Cuatro no en el ambiente placido de Lugano, sino en el terreno litigioso de la Alemania ocupada. Se hace hincapié igualmente en lo que a otro extremo de aparente trascendencia atañe: aun partiendo de puntos de apoyo distintos e incluso persiguiendo finalidades o exactamente coincidentes, tanto Francia como Inglaterra han parecido encontrar en la sugerencia rusa, asidero a sus respectivas tesis; Churchill, aduciendo que sin las Bermudas no se explicaría el aparente ademán de avenencia rusa; Laniel, haciendo notar que la te-

sis francesa, opuesta a considerar como afortunada la versión del dilema Este-Oeste, parece fortalecida por el ademán ruso.

Sospechamos que todas esas exégesis apuntadas de modo esquemático se resienten por un motivo: tratarse de interpretaciones inspiradas en criterios excesivamente calcados en lo que denomináramos lógica específicamente europea. Una cosa es que los problemas internacionales de la hora presente se nos aparezcan como portadores de una complejidad inquietante que amenaza inundarnos y otra muy distinta que esa supuesta complicación dimane de un inexacto planteamiento del problema. Es la segunda versión la que parece atraer nuestras preferencias y ello por las consideraciones que exponemos seguidamente.

Lo que en Inglaterra se denomina *leadership* constituye tabla de valores adecuada para adentrarnos, con ciertas posibilidades de alcanzar un rumbo cierto, a través de este peregrino laberinto que es la Europa posbélica. Sobre todo si utilizamos, en cuanto términos de respectiva beligerancia, los dos siguientes: *leadership* e integración europea; tanto más se polemice en torno del primer problema, menos serán las posibilidades de que Europa logre integrarse en una superestructura. Alternativa, no por elemental y evidente menos manipulada en los medios internacionales del viejo mundo. Queremos sencillamente decir que Europa ha vivido, a lo largo de cuatro siglos, percatada de que su única posibilidad consistía en preservar, hasta donde ello resultara factible, la compensación de fuerzas en Europa. Ahora bien: el equilibrio no se nutre, como aparentemente pudiera inducirse, con base en dos grupos potencialmente hostiles, en el seno de cada uno de los cuales sus elementos integrantes actúan en un relativo pie de igualdad. Afirmar lo que antecede valdría tanto como ignorar que el sistema del equilibrio no tiene posibilidad de vigencia, sin lo condición *sine qua non* de la preexistencia de coaliciones y que en toda coalición, a partir de 1648, invariablemente se percibía la acción colibrante de una potencia rectora, resultando así que el equilibrio, tras una aparente distribución igualitaria de fuerzas estatales coincidentes, en realidad no constituía más que apoyatura para encubrir un sistema estelar, en el centro del cual aparecía siempre un astro de primera magnitud, cuya acción se apoyaba, más que en la colaboración igualitaria de los copartícipes, en la hegemonía encubierta del Estado preponderante, respecto del cual los otros sedicentes colaboradores aparecían desempeñando un papel de más o menos acentuada supeditación. Toda esta historia de cuatro siglos, por su proximidad en el orden del tiempo y por lo que significó como lámina aisladora respecto del mundo medieval, se consideró como la insustituible historia de la Europa moderna. Ahora la pugna obstinada que se registra corre a cargo de aquellos pueblos que se resisten a truncar ese período histórico y pretenden alargar un epílogo, a nuestro entender, de imposible prórroga. Situándose en ese plano polémico, parecen ignorar que a Europa no le restan más que dos posibles epílogos: o el de su descenso irremediable, sino no sabe liberarse de los citados prejuicios históricos, o el de iniciar un nuevo período de su vida, optando, incluso heroicamente, por su integración; para el alcance de este designio es preciso tornar definitivamente la espalda a ese pasado, viejo de más de cuatrocientos años, y admitir que la integración precisa como elemento irremplazable el sepelio de todo cuanto signifique prórroga de una hegemonía, patente o encubierta. Comprendemos que está Europa situada ante un trance dramático, y si esa circunstancia puede explicar la resistencia del viejo mundo occidental a su integración, no justifica en modo alguno su obstinación anacrónica.





# VIGO

## UN PUEBLO QUE SABE LO QUE VALE SU "CIUDAD DEL PESCADO" ES LA MAS IMPORTANTE DE EUROPA

EN la niñez las gentes de mi generación se han familiarizado con la fisonomía del Berbés mediante unos dibujos, muy dulzones de línea, en que Federico Ribas daba una versión del puerto vigués a pie descalzo, inspirada en el pintoresquismo y la anécdota. Algo más tarde, el lápiz espeso y oscuro de «Laxeiro», que recoge los volúmenes con una prodigiosa calidad de cantería medieval, dramatizó—es decir, les infundió trascendencia poética—ciertos rincones de la ribera. Más recientemente Julia Minguillón, que tampoco se resistió a la tentación del puerto, ha sabido exprimir el jugoso limón cromático del Berbés con mano fiel y atinadísima, con hábil mano de domadora de «solpores» atlánticos. Queda fuera de esta nómina, que por fuerza ha de ser sumaria, una docena larga de pintores y dibujantes que también frecuentaron diestramente los temas portuarios, por cierto con una obstinada asiduidad que acabó convirtiéndolos en puros tópicos.

Con esto le estamos diciendo al lector que el Berbés ha tenido buena y abundante servidumbre plástica. Y es justamente ahora cuando hay que advertir que tuvo en cambio—fuera del estricto ámbito local—«mala Prensa».

La verdad es que los vigueses apenas se quejan de esto, porque están entregados a su quehacer de un modo tan concienzudo y ahincado que no tienen tiempo para prestar atención a lo que de su obra digan los demás. Pero es rigurosamente cierto que las resonancias del colosal esfuerzo de Vigo en los últimos

cincuenta años se han quedado dentro de sus propios muros. Todo lo más que se ha dicho de Vigo—y, para colmo, en tono de concesión benevolente—es que se trata de una ciudad de «gran porvenir». Los vigueses, que poseen excelente humor, se ríen del generoso vaticinio. Y adoptan el gesto indiferente del que no tiene el menor empeño en hacerse perdonar de los demás cada día su propio mérito.

Sólo corresponden bien a tal gesto quienes llegados de Vigo echan pie a tierra y le toman, con las botas de siete leguas, la medida a la ciudad, ejercicio que permite a un mismo tiempo admirar su grandeza, percibir su pulso y captar su jadeo.

### LOS VIGUESES TIENEN DESDE HACE UN SIGLO «CONCIENCIA DE CIUDAD»

Se advierte pronto que aquí todo está dispuesto en función de una poderosa ambición de grandeza. Hasta las empinadas calles, probatorias cuestas que parecen destinadas a excluir del tráfico urbano a todo producto humano de desecho. Desde el fajo radial de calles altas se ve allá abajo, en una inmovilidad cándida de acuarela inglesa, el mar de Vigo. Es curioso notar que los vigueses aplican siempre, siempre, el artículo masculino al mar. Esta peculiaridad gramatical corresponde, sin duda, a cierta actitud femeninamente nupcial de la ciudad respecto al Atlántico. Con su inevitable cadencia cursilona, hay que repetirle: «Vigo, novia del mar». Ya Martín Códax, cuya lírica voz está varada en la emoción

de los gallegos con una indecible juventud de ocho siglos, invoca al mar con el suspiro palomar de una muchacha enamorada. Y es que, desde siempre, Vigo sabe que el mar, ciñéndola con su brazo estremecido, ha venido apurando hasta extremos limitrofes con el milagro la fecundidad de la ciudad.

Hay pueblos para quienes la posesión de fuentes naturales de riqueza es una incitación a la molición, un estímulo a vivir con aire de rentistas cortando perezosamente el cupón de la generosidad providencial. A Vigo le ha ocurrido lo contrario. El profesor Filgueira Valverde, en un ensayo publicado acerca del Vigo de hace un siglo, revela que ya entonces el vigués—pensad que en aquel tiempo la población no llegaba a los cinco mil habitantes—aparecía dotado de una lúcida y exigente «conciencia de ciudad». Esta actitud no estribaba sólo en una especie de optimista adivinación del porvenir, sino en un esfuerzo coetáneo que estaba instalando ya los cimientos de la gran ciudad futura.

Creo que un poco después nació lo que fuera de Vigo se llamó con cierta reticente antipatía el «viguesismo». Que califica a ese sentimiento colectivo de orgullo con que los vigueses se ufanan de su creación más estupenda: Vigo.

### LA CIUDAD ANTITOPICO

La ciudad tiene hacia los cuatro puntos—dejando a un lado el mar, que es en Vigo palabra mayor—unas afueras maravillosas. Allí están las estampas más representativas del archisabido



ruralismo gallego, con todos los motivos tópicos. Pero o a los vigüeses no les interesa en absoluto la sopa un poco boba del turismo o lo que no les interesa es ese género de visitantes lastrados de lugares comunes para los que no hay otra Galicia, que la del mozo gaitero; que, a la sombra de un pino, escancia el odre llorón del fole sobre un inocente y húmedo paisaje animado por la presencia de la vaca «marela» y la rapaza frutal. ¡Dios les conserve el buen gusto a los vigüeses, debeladores del tópico de una Galicia a pastel, bobaliconamente «díllica, quejumbrosa y a ritmo de carro de bueyes! Ellos están en la honesta línea inconformista de Santiago Montero Díaz, que en unas recientes declaraciones para EL ESPAÑOL defendía, frente a la lacrimosa y blanda Galicia de Rosalía, la férrea Galicia de los luchadores.

No esperéis, pues, que el vigüés os lleve a la proximidad del hórreo o al lugar donde el regato salmodia bajo un palio de castaños o robles. Eso es lo que a Vigo le ha sido dado como regalo, y el vigüés preferirá en todo caso mostraros sus astilleros y sus fundiciones, sus fábricas y sus talleres, sus edificios suntuosos y su flota, sus comercios y su Berbés «refundido y puesto al día»...

Es posible, sin embargo, que cualquier vigüés os lleve un día a ciertos alrededores de la ciudad donde suena el órgano solemnemente de unos espesos bosques de pinos jóvenes. No os dejéis engañar. Esas plantaciones no responden a ningún desinteresado propósito de ornato, no se deben a la iniciativa de ningún grupo de románticos «amigos del paisaje». Su finalidad es rigurosamente prosaica: se trata de las líneas avanzadas de una campaña que se propone crear la riqueza forestal necesaria para que Galicia pueda un día fabricar buena parte de las 200.000 toneladas de celulosa que España consume anualmente.

Pero tampoco perderán demasiado tiempo hablándoos de la celulosa, porque este es todavía un negocio lejano. Preferirán contaros que buena parte de la flota bacaladera de matrícula viguesa que se acerca a las costas de Terranova fué construida en los astilleros locales. Estos barcos salen de las atarazanas vigüesas hechos y derechos, con estupenda vitola marinera, sin necesidad de supervisiones ni intervención técnica foráneas.

Como de pasada, y tratando de simular que ellos no le dan demasiada importancia a la cosa, es posible que os digan también que una máquina de coser de fabricación viguesa se está ganando los mercados mundiales. Y que las fundiciones vigüesas tienen prestigio en España y aun más allá de nuestras fronteras.

Pero el indisimulable orgullo de los vigüeses se apoya en su industria conservera. A propósito de esto, recuerdo que siendo yo niño el pintoresco y enteco movimiento galleguista hacia sus campañas de proselitismo a base de algún «slogan», como el siguiente: «As conservas gallegas

de peixe son as mellores do mundo».

Catalanes fueron los primeros hombres que en Vigo industrializaron, a gran escala, las conservas de pescado. Los catalanes habían aprendido de los italianos la extensa variedad de los procedimientos de conserva. Y lo curioso es que nuestros compatriotas acabaron por superar los patrones extranjeros y produjeron muy pronto conservas de una calidad inmejorable, para las que hubo en seguida mercado sin competencia posible en todo el mundo.

#### WISCONSIN YA TIENE SU SOTIAS

Día tras día, sin pausa, el vigoroso impulso industrial de Vigo iba ramificándose hacia las creaciones y las actividades más diversas. Estimulado por el ritmo industrial, por la riqueza ambiente, por la multitud de «salidas» que el poderío económico de la ciudad ofrecía a los hombres de iniciativa y nervio, el censo de población aumentaba en términos asombrosos.

En 1853 Vigo tenía aproximadamente 5.000 habitantes; veinte años después, 16.000; a principios de siglo, 23.000; en 1925, 60.000, y las estadísticas actuales cifran la población viguesa en 150.000 personas.

Entiendo que el núcleo central, la estricta alcachofa urbana, se ha venido desarrollando siempre en proporción inferior a las exigencias de una población en constante y abrumador crecimiento. Vigo ha tenido, por eso, que abrir sus válvulas de expansión humana hacia las zonas limítrofes: Lavadores, Cabral, Bouzas... Me parece bastante significativo el dato de que en Vigo se construyen al año, por término medio, doscientas casas.

La ciudad es ya ahora tierra de promisión para las gentes laboriosas de las localidades próximas. Los municipios rurales inmediatos—y aun otras ciudades de fuera de la provincia—vuelcan sus «excedentes de población, su «mano muerta», sobre Vigo. Si no me traiciona la memoria la colonia orensana de Vigo anda muy cerca de las cinco mil almas.

Para todos tiene Vigo afán y pan cotidianos. Esta ciudad carece del lastre de parados y ociosos. Yo no sé por qué en otras localidades de dentro y fuera de Galicia la gente comenta con un dejo de ironía condescendiente que a las cuatro en punto de la tarde, como obedeciendo a un clarinazo cuartelero, los vigüeses abandonen en bloque los cafés. Por su parte, ellos hacen el alegre alarde de su disciplina del trabajo, que consideran signo de buena salud social.

Es así como se explica que el cónsul de los Estados Unidos en Vigo, mister Gerald G. Jones, haya podido decir en cierta ocasión: «Vigo sabe lo que quiere, lo que puede y lo que tiene. Es una ciudad que se parece a Wisconsin, mi tierra».

Por cierto que es antigua la simpatía de los norteamericanos hacia Vigo. Tal vez sea la ciudad española de pulso vital más acordado al ritmo de la existencia americana. Llegaron incluso los norteamericanos, hace alre-

dedor de un cuarto de siglo, a elaborar un extenso plan de obras que se proponían acometer en Vigo. El plan, cuya realización por causas que no están claras, se malogró ulteriormente, fué discutido con las autoridades y representantes de la industria viguesa. Comprendía la transformación de las líneas férreas, la construcción de autopistas, la creación de una gigantesca red de carreteras que cruzasen las montañas que rodean a la ciudad. Se proponían allanar colinas, desviar ríos, hacer enormes puentes... La empresa del Astoria edificaría un suntuoso hotel y crearía un incomparable campo de golf.

Parece cosa de risa que uno de los objetivos que se proponían los americanos con tan profunda y costosa transformación de Vigo fuese el de atraer hacia la ciudad gallega a los millonarios ingleses que iban periódicamente a la isla de Madeira con el fin único de jugar al golf...

#### DONDE SE CUMPLE EL RITO ORTODOXO DEL BERBÉS

Es posible que haya que alegrarse—para mí es seguro—de que la intervención en Vigo de los hombres de empresa norteamericanos se frustrase hace un cuarto de siglo. De este modo los vigüeses—y si ellos me lo permiten extenderé el sentimiento de satisfacción a la comunidad de los gallegos—pueden reservarse para sí íntegro el orgullo de haber convertido a su ciudad en el transcurso de esos veinticinco años en una de las doce más importantes de España. Y téngase en cuenta que en esta catalogación no se incluye el peso del puerto, el significado y valor del puerto.

Si antes dijimos que el mar es en Vigo palabra mayor, habrá que aclarar que su dimensión la señala—aparte de consideraciones estéticas, como aquella que le valió el trasnochado mote de «Perla del Atlántico», sobre todo, el puerto.

Sería bueno poder hablar del puerto vigüés «a modio», como dicen mis paisanos, o despacito y con buena letra, para que todos nos entendamos. No hay modo de que así sea, porque uno está sin remedio cazado en una maraña de urgencias, limitaciones y apremios.

Pero el día es largo, la noche más larga todavía y pueden dar su jugo.

El periodista Bene—que es redactor de café de «Faro de Vigo», fotógrafo, almirante mayor del Berbés y alguna admirable cosa más—puede, dar fe de que yo comencé mi recorrido por la Ribera con rigurosa sujeción al rito ortodoxo del puerto pesquero. Empecé tomando, en los tejedores que dan cara al mar, una copa—con «recunque» de aguardiente del país. Esta bebida áspera, primaria y escandalosamente sincera, os revela de pronto los sabores sustanciales de la tierra. Por algo se le llama «país»; porque os da a través del paladar, una anunciación y una síntesis de Galicia. Es un poco de lo que ocurre—por vía olfativa—con el azufre quemado y el diablo.

Lo que más os sorprende al



entrar en el área estricta del puerto no es ninguna colosal impresión óptica, con esperanzas muchas. De pronto notáis que el puerto pesquero os estafa sutilmente; es como si os metiera con sigilo las manos en los bolsillos y os hurtase el más voluminoso, año y redondo de los tópicos. Tardáis en daros cuenta, pero al fin advertís que este puerto pesquero os ha escamoteado una sensación que suelen prodigar los puertos pesqueros de todo el mundo: el sucio, pastoso y entreverado olor a pescado. El Berbés, hoy huele a mar abierto y limpio, a cubierta muy baldeada, a superficie mimada por el cuidado de los mangueros.

Se le puede declarar al Berbés, sin pensarlo mucho, el puerto pesquero más limpio de Europa. Pienso esto en voz alta, y la oficiosa cortesía del comisario-jefe de muelles, don José Martínez, que nos acompaña, me replica que el Berbés posee otras razones más categóricas en que fundar su primacía europea.

Y tendré que agradecerle ya siempre a don José Martínez la generosa obstinación con que se empeñó en demostrarme, de «visu», que él no exageraba nada.

#### IRLANDA, MI VENTURA

Ya en el primer cuarto de siglo advirtieron los vigueses que el puerto pesquero—es decir, las instalaciones y servicios de la dársena—comenzaba a ser insuficiente. La flota aumentaba sin pausa, cada día entraba más pescado en el Berbés; la Ribera resultaba, jornada a jornada, un hervidero humano más intenso; pero el puerto, como receptáculo, como plataforma y como centro distribuidor de riqueza se venía quedando angustiosamente chico.

Al fin, en 1928 comenzaron unas obras de cierta envergadura. Unos años más tarde el puerto disponía de una extensión de 1.500 metros para operaciones de atraque, alcanzaba la dársena una superficie de 12,80 hectáreas y los almacenes y zonas de servicio llegaron a ocupar 16.895 metros cuadrados.

Fué entonces cuando las bravas y alegres tripulaciones viguesas iniciaron la aventura—que no se ha interrumpido—de ir a buscar pesca de altura al Grand Sole. Entre las brumas de Irlanda, los viejos genios celtas saludaban, con el rumor de la honda caracola del mar, a aquellos lejanos hombres de su raza que cantaban durante la faena y tenían un lenguaje limado de zetas, una dulce parla musical y roma.

La pesca en el Grand Sole, el trabajo ininterrumpido de los astilleros locales, la creciente familiaridad de las tripulaciones viguesas con las grandes distancias marítimas, replantearon bien pronto el problema de la pequeñez del puerto.

A estas alturas, en la cabeza de don Manuel Espárrago, ingeniero-director de la Junta de Obras del Puerto, comenzó a perfilarse la idea de la fundación de la «Ciudad del Pescado», como don Juan Aparicio gusta de llamar—con profunda satisfac-

ción de los vigueses—al nuevo Berbés.

Sorprende en cierto modo que un hombre que, no sólo no es vigués, pero que no es siquiera gallego, haya tomado con tan irreductible tenacidad, tan a pecho—a buen pecho de español de pro—el propósito de crear el gran puerto pesquero que Vigo necesitaba y merecía. Cuando el comisario jefe de muelles que decía de don Manuel que «no es gallego, pero quiere mucho a Galicia», yo estaba viendo delante de mí las imponentes demostraciones de ese amor.

#### CORTOMETRAJE DE LA «CIUDAD DEL PESCA DO» CON MUSICA DE FONDO

Desde la tarde hasta la noche anduve, guiado por gentes cuya cortesía no sabré agradecer bastante, moviéndome por las nuevas instalaciones.

Recorro los pabellones de venta y empaque, cuyas naves, abiertas de techos, están sostenidas por un sistema de columnas articuladas, ideadas como para dar un constante quiebro torero a la tozudez del mar. Por el techo, encristalado a todo lo largo, entra la luz del día con un tono de limón natural. Cuando la luz del día falta la suple el suministro del transformador del puerto, que reduce los 15.000 voltios de la alta tensión a los 260 que demandan las necesidades normales. Como aquí ha sido concebido todo dentro de un sistema de previsiones, actualmente se halla en período de instalación un grupo electrógeno, por si algún día falla la corriente de procedencia exterior.

Visité el primer pabellón de venta y los 15 departamentos de empaque, que constan de dos plantas de cien metros cuadrados cada una. En la de abajo están instalados, además del almacén de sal, los pilones de limpieza con agua salada a presión. Al servicio de estas instalaciones funcionan en la nave exterior tres trituradoras de hielo. En la planta superior están el almacén, oficinas y dependencias auxiliares. El costado de este pabellón posee capacidad de atraque para cuatro barcos-pareja a plena descarga.

Vamos después al segunda pabellón de venta y empaque, de 300 metros de longitud. Consta de nave de venta de 3.00 metros cuadrados y de 45 departamentos de doble planta, semejantes al que describí al referirme al pabellón número uno. Está adscrito a la línea de atraque de la dársena 4, capaz para 10 arrastreros de altura a la descarga, y con un calado de cinco metros disponible aun a las mayores bajamares.

Todavía entramos, en fugaz visita de médico—el tiempo no da para más—, al tinglado general de empaque. Tomo nota de que tiene 2.320 metros de superficie cubierta, 46 departamentos de remitententes y seis trituradoras de hielo.

Si se me permite un paréntesis, les comunicaré a ustedes que las mujeres que trabajan en el Berbés cantan como jamás he oído cantar en parte alguna. Ni a hombres ni a mujeres. Y que me perdonen los de Bilbao, que



En la dársena número 4, que tiene 300 metros de muelle, atraen los barcos pesqueros al caer la tarde



Las vendedoras de pescado seleccionando las sardinas antes de iniciar el negocio



La palabra grave del viejo patrón alecciona a los rapaces en las lides de la lucha en el mar

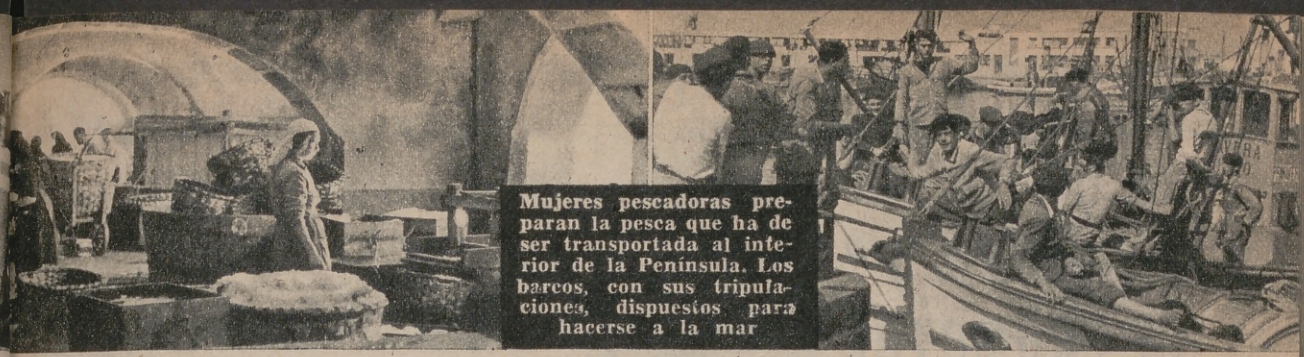


Todavía, al amparo de los antiguos «peiraos», se vende pescado al menudeo





La palometa es conducida en un carro a la lonja. La flota descansa en una teoría de mástiles y chimeneas



Mujeres pescadoras preparan la pesca que ha de ser transportada al interior de la Península. Los barcos, con sus tripulaciones, dispuestos para hacerse a la mar

presumen de esto. Y, sin salir de Galicia, que me disculpen los de Redondela y los de mi tierra puenteañana, que se las echan de cantar como nadie.

Esto es otra cosa, amigos. Los poetas oyen cantar a las sirenas y al cisne, y allá ellos. Yo me conformo con estas mozas del Berbés, que elevan a categoría casi angélica el folklore mientras destripan una merluza que se comerá al día siguiente cualquier pesameante en Cortés.

Carraspean algunos amplificadores de radio, pero yo creo que los han instalado los exportadores para animar a sus obreras a hacerles la competencia. Todavía tengo en los oídos, muy dulcemente silbada de eses, aquella copla que aconseja:

*Non te cases c'un ferreiro,  
que é moi malo de lavar;  
cásate c'un marifeiro  
que ven lavado do mar.*

#### LA SIBERIA CAE AL LADO DEL TROPICO

Era lógico esperar que, a estímulos del impulso dado al puerto desde el plano estatal, la iniciativa privada acometiese empresas de gran vuelo. Y así sucedió.

No sería posible en un trabajo como éste pormenorizar las múltiples actividades industriales originadas bajo la inspiración del progreso del puerto pesquero. Bástenos señalar, como ejemplo, la magnitud de las Factorías M. A. R., que, para atender a las necesidades derivadas de la posesión de una flota propia de cerca de 40 unidades—la mayor parte de ellas de casco de hierro—, ha instalado una fábrica de hielo a base de maquinaria española, cuya capacidad diaria de producción rebasa las 65 toneladas. Cuando yo estuve en ella tenía en depósito 7.101 barras de 25 kilos. Desde una ventana vi cómo, a través de una pasarela que enlaza la fábrica con el muelle, iban disparadas las barras de hielo a caer en una trituradora que las echaba directamente, molidas, a un barco.

De la fábrica de hielo fuimos, dentro del mismo edificio, al túnel de congelación, capaz para seis toneladas y graduado a cuarenta bajo cero, del que el pescado sale a las pocas horas con una dureza berroqueña, pero sin perder ninguna de sus cualidades nutritivas ni de sabor.

Esta misma Empresa está ultimando actualmente la instalación de una fábrica de subproductos que rendirá 10.000 kilos de harina de pescado, además de la cantidad de aceite que se deduce de esa capacidad de mollienda.

#### «VEXO VIGO, VEXO BOUZAS»... PERO AHORRANDO DOS KILOMETROS

Habría bruma en el mar cuando fuimos en automóvil, por la carretera nueva, desde el Berbés a Bouzas. La carretera es de orillar, pero no se veía un barco, y el Atlántico, que estaba afónico, se merecía entonces el calificativo de «tenebroso». Allá lejos, en Bouzas, se mecían unas cuantas luces pálidas, que sin duda eran de las embarcaciones ancladas en el pequeño puerto. Los faros del coche iban iluminando una vía ancha, sin baches, especie de cómoda herradura puesta al inquieto casco del Atlántico.

A favor de las obras del puerto, y como una ramificación de ellas, fué trazada esta carretera, que acorta en algo así como dos kilómetros la distancia entre Vigo y Bouzas. Y que facilita en términos notables todos los servicios a las grandes factorías.

Desde la carretera se pueden alcanzar con la mano, sin esfuerzo, las cuadernas de los barcos que se construyen en los astilleros de aquella ribera. Sobre el fondo de tinta china del mar, los esqueletos de los barcos me recordaron un poco, no sé por qué, el cementerio de caballos que el pintor Gutiérrez Solana describe en el folleto «Dos pueblos de Castilla», publicado hace treinta años por «La Lectura».

Pasamos por Bouzas sin detenernos y regresamos a Vigo por la carretera vieja, mucho más incómoda, larga y abrumada de tráfico.

Vuelta al puerto. Nos metemos en el Club Náutico, que a primera noche está desierto. El Náutico de Vigo tiene fama en el resto de España y entre las gentes de mar de otros países por su suntuosidad, por sus fiestas y, sobre todo, por sus mujeres. Es el centro de reunión de la alta burguesía.

En la terraza del Náutico hay un mirador hacia el mar que reproduce fielmente la línea de la popa de un navío.

Y otra vez al Berbés. Me quedaba por ver la estación de transformación y bomba, que eleva el agua del mar a un depósito de unos 4.400 metros, a razón de 240 por hora. Y la dársena número 3, en la que se han instalado seis enormes almacenes de sal dotados del más moderno utillaje para la limpieza del pescado.

Pregunto a qué hora comienza a ser remitido a los mercados el pescado, y me dicen que durante toda la mañana no se interrumpen la salida de camiones. Algunos parten en plena noche, para que el mercado pueda hacerse en los puntos de destino a las primeras horas del día.

A mediodía comienza la formación de los trenes que han de conducir el pescado «Castilla arriba». Como aquí todo está concebido en función de la utilidad y la rapidez, las vías se han establecido al costado de los pañolones de empaque, desde los cuales la carga pasa directamente—puerta a puerta—a los vagones. La factoría para Renfe y vagones frigoríficos tiene más de 300 metros de largo. Cinco vías, con un total de tres kilómetros de carril, permiten la clasificación de vagones y la formación de trenes.

#### EL BERBES EN SU SALSA, O ASOMATE A LA MAÑANA

Al amanecer del día siguiente vuelvo al Berbés. La mañana tiende su diáfana inocencia sobre el mar, que está—en lo que se domina desde el puerto—quieto y sin barcos.

En las dársenas hay algunas embarcaciones a la descarga. Las tripulaciones vacían los barcos en silencio, moviéndose con una pesadez soñolienta. No veo apenas ropas de agua, y la mayoría lleva, como único elemento de defensa frente a las inclemencias del mar, botas altas de caucho.

Cuando terminan la faena, los marineros saltan al muelle sin utilizar escala. Hay cierto momento en que un barco, en un balanceo, se aparta del andén más de un metro. El hombre que iba a dar el salto vacila. Otro, que advirtió la indecisión, dice desde tierra:

—¿Tes medo, ou?

Estalla una carcajada tremenda de los que han observado el lance. Entonces el indeciso salta, de espaldas, al muelle.

Hay un grupo de mujeres en torno a un individuo gordo, vestido con un traje mahón, que tiene delante de los pies un considerable montón de nécoras. El gordo dice:

—Vendo yo.

Y empieza a subastar:

—Setenta y cinco, setenta y cuatro, setenta y tres...

Las mujeres asisten a la subasta con aire desanimado. Cuando ha descendido hasta cuarenta y tantas pesetas, el gordo se encara jovialmente con las mujeres:

—Si las queréis regaladas, pongo yo el vino.

Me doy cuenta de que en el Berbés hay predominio numérico de mujeres. Pregunto:

—¿Qué número de mujeres trabaja aquí?

—Controladas, 2.000.

—¿Y hombres?

—Alrededor de 1.000.

—¿Cuántos individuos suman las tripulaciones de los pesqueros de matrícula viguesa?

—Veinticinco mil.

—¿Repartidos entre cuantas embarcaciones?

—Mil sesenta y dos.

—De esas, ¿son muchas las que van al Gran Sol?

—Ciento ochenta y dos parejas.

—¿Qué pesca es más frecuente en el mar de Irlanda?

—Merluza, pescadilla y besugo.

No he querido ir a verla, pero me cuentan que la antigua lonja viguesa era un galpón antipático y húmedo. La de ahora, que he visitado con detenimiento, es otra cosa. Parece un local de club al primer golpe de vista. Tiene dos plantas, y en la de abajo doce o catorce filas de butacas, frente a las cuales se halla el estrado donde se exhibe la muestra del pescado que ha de ser objeto de subasta y donde los empleados que dirigen la operación están sentados con gesto perplejo de músicos a los que no acaban de enviarles el instrumental del «jazz». Un silbido de sirena anuncia el comienzo de la subasta, y el pequeño patio de butacas se puebla rápidamente de presuntos compradores. En la pared del estrado hay un reloj de metro y medio de diámetro, que marca a saltos luminosos en descenso la curva económica de la subasta. Al comprador le basta con pulsar un botón que hay en el brazo derecho de cada butaca para detener el reloj en la cantidad que determina la adjudicación.

En la planta superior, siguiendo la línea de los muros, hay numerosas cabinas telefónicas, desde las que los agentes van comunicando a las entidades interesadas las incidencias de la cotización y la subasta.

La lonja viguesa es un centro nervioso en constante vibración. Piense el lector que las subastas de la pesca de bajura no se interrumpen a ninguna hora del día ni de la noche. Y piensa también que en el Berbés entra diariamente pescado por valor de más de un millón de pesetas.

La lonja tiene a su servicio, e instalados en su mismo edificio, una central de Telégrafos y Teléfonos, una Administración de Correos y una sucursal de la Caja Municipal de Ahorros.

Todo el mundo sabe que en un puerto el instrumento principal de comunicación es el grito. Pero en la «Ciudad del Pescado» viguesa no basta. Se utilizan, además del grito, 200 teléfonos.

#### DATO ULTIMO CON MORALEJA

Todavía paso de nuevo por el despacho de don Manuel Espárrago. Deseaba conocer con exactitud un dato en el que, a mi juicio, radica la moraleja de este reportaje. Ya lo tengo y quiero que lo conozcáis: las obras de

ampliación y modernización del puerto de Vigo—es decir, las obras que yo he apuntado y, en lo posible, descrito—comenzaron en 1939. Eran ya necesarias bastante antes, lo cual quiere decir que las demandas de Vigo hallaron, a lo largo de los Gobiernos que se sucedieron entre 1930 y 1936, una respuesta dilatoria, cuando no la muda respuesta del desdén.

Pero Vigo—que dió a la Revolución luchadores estupendos, desde aquel lejano e inolvidable Luis Collazo, que defendió hasta la muerte el humildísimo local de las J. O. N. S. viguesas, atacado por los comunistas—había de hallar necesariamente ayuda en un Régimen nacido con voluntad de creación y vocación de grandeza.

No se habían apagado aún las resonancias del último disparo de nuestra guerra cuando el Estado—a pesar de hallarse acuciado por una empresa de reconstrucción de dramáticas e inesquivables urgencias—abrió con generosidad su mano sobre Vigo.

Gracias a esto, en el curso de poco más de diez años, Vigo ha podido dotar los servicios de su puerto pesquero con espléndida amplitud, con rigurosa y moderna adecuación a sus fines y con estricto acatamiento a un criterio de provisiones que garantiza su utilidad y suficiencia en un extenso término de tiempo futuro.

#### PRODIGIO FINAL: UN BARCO NAVEGA EN VINO

Me faltó enrolarme en la tripulación de una de las parejas que van al Gran Sole para decidir mi vida en el Berbés. Pero

Modernas instalaciones en la «Ciudad del Pescado», para limpieza y empaque



Un tipo representativo de la estirpe de bravos marineros viguercenses

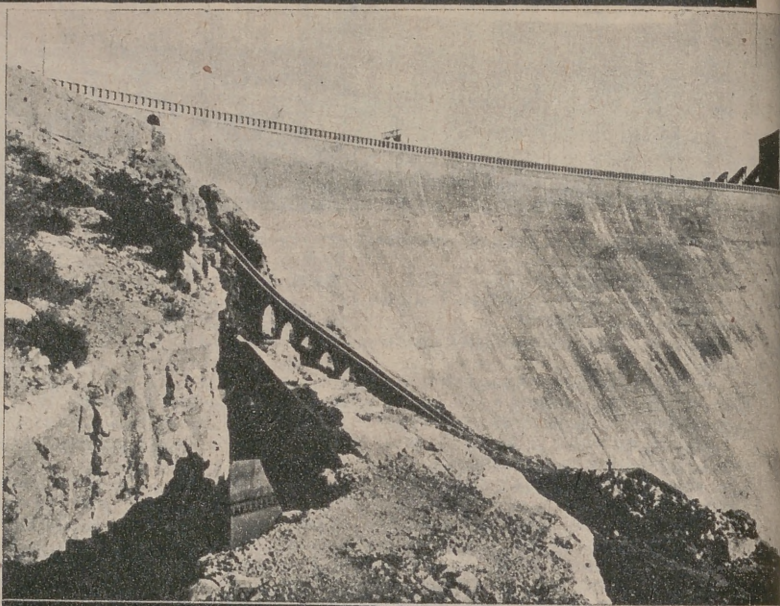




## BARCELONA RINDE HOMENAJE A DON CARLOS E. MONTAÑÉS

### "EL HOMBRE DE LOS 100.000 C. V." FUE PROMOTOR DEL INDUSTRIALISMO CATALAN

**A él se deben los  
primeros aprove-  
chamientos hidráu-  
licos del Ebro**



El pantano de Tremp fué, al tiempo de su conclusión, el primero de Europa y segundo del mundo. Su construcción se debe a la tenacidad del ingeniero señor Montañés, que proyectó las primeras obras hidráulicas del Pirineo para reducir el excesivo consumo de carbón extranjero que hasta entonces alimentaba las fábricas catalanas de electricidad

ULTIMO año del diecinueve: Barcelona era ya la cabeza industrial de la nación. En la misma ciudad, en los arrabales, en las cercanas poblaciones de Sabadell, Manresa, Tarrasa y Mataró, la atmósfera clara del Mediterráneo se oscurecía con las nubes de humo que cientos de chimeneas dejaban escapar. Barcelona vivía en las postrimerías del siglo del vapor, quemando toneladas y toneladas de carbón para alimentar su pujante industria. En aquel año de 1899, la Compañía de Tranvías comenzó a electrificar sus líneas. El mayor peso de la tarea recaía sobre un joven alumno de la Escuela de Ingenieros Industriales, don Carlos E. Montañés Criquillion. En 1904, terminada la electrificación de los tranvías y concluida su carrera profesional, el señor Montañés es nombrado ingeniero jefe de la «Compañía Anónima de Tranvías de Barcelona» y director general de la «Compañía Nacional de Tranvías», filial de la anterior, entidad explotadora de las líneas del extrarradio.

En este marco se desenvuelven los primeros años del ingeniero Montañés. Sobre España pesaba la losa del desastre colonial. Era época en la que los políticos, después de contemplan el imperio perdido, querían encontrar con la reducción de los presupuestos la única salida posible del malestar económico, político y social que minaba la sociedad española. El Estado no pensaba en invertir sino en ahorrar y los particulares palpaban la inestabilidad política. Podía decirse que España entera, después del descalabro del 98, estaba a la expectativa, en espera de otros acontecimientos futuros, sin estímulos de obrar, invertir, producir ni recuperar las fuerzas nacionales. Como en toda regla, hubieron sus excepciones: hombres dotados de increíbles energías, paladines de una nueva conquista: la del industrialismo. Entre aquel ambiente enrarecido por la política y la economía, un hombre soñaba despierto: el in-

geniero Montañés que se resistía a ser testigo de nuestra indolencia. Las fábricas de gas, de electricidad, la propia Compañía de Tranvías, las más importantes industrias consumían enormes cantidades de carbón de Cardiff, pagadas con oro del Tesoro nacional, cada vez menos rico, cada día más bajo.

#### UN PLAN AMBICIOSO

El proyecto del ingeniero Montañés parecía a los ojos de los demás algo irrealizable: embalsar el agua de los afluentes pirenaicos del Ebro para transformarla en energía eléctrica. Durante el primer periodo de trabajo debían ser reunidos entre los diversos aprovechamientos hidráulicos cerca de 200.000 H. P. necesarios para sustituir con exceso los 110.000 H. P. producidos por las fábricas de electricidad a carbón entonces existentes. En los Pirineos, nevados durante el invierno, estaba la gran fuente de riqueza inexplorada. Con el deshielo, aquella nieve, fluía hasta la costa sin dejar ningún beneficio. Aprovechándola —riqueza llama a riqueza— de la abundancia de electricidad nacía, multiplicada, nueva industria.

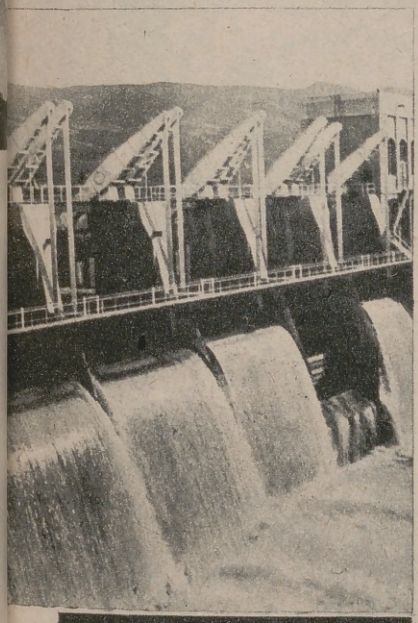
La comarca del Vallés, por su cercana situación, a pocos kilómetros del puerto barcelonés, y su extensión a través del llano en las espaldas de la capital catalana, estaba destinada a ser la zona industrial más fuerte de la región. El proyecto incluía la creación de modernas vías de comunicación entre Barcelona y el Vallés. La perforación de la montaña de Vallvidrera acortaría la distancia.

Durante el periodo 1904-1910,

Montañés expone su plan a los más emprendedores financieros españoles, pero el ambiente de inseguridad que se respira y la indolencia cortan las alas del proyecto en cuanto se trata de asignar cantidades, localizar capitales y hablar de realidades. Comienza la peregrinación del ingeniero, siendo siempre atendido, no siempre entendido y nunca complacido. Para demostrar que su plan es realizable, que el tráfico entre Barcelona y el Vallés aumentará en cuanto existieran medios de comunicación lo suficientemente capaces como para poder transportar gran número de personas y elevado porcentaje de mercancías, el señor Montañés, sin la ayuda de ningún financiero construyó un ferrocarril subterráneo en miniatura—el Minagrott—sirviéndose de un antiguo túnel que, atravesando la montaña de Vallvidrera, había servido para llevar las aguas hasta Sarriá. El éxito coronó la empresa. Más de 40.000 personas fueron transportadas de una a otra parte del túnel en el corto plazo de 15 días. Estaba ya al alcance de cualquiera traspasar el Tibidabo y gozar de las ricas piñadas que rodean la ciudad de Barcelona.

Pero sobre los políticos pesaban algunos prejuicios y el ferrocarril «Minagrott» fué suspendido por considerar las autoridades que no disponía de las seguridades precisas, pero el esfuerzo no fué vano. Poco tiempo después obtenía el señor Montañés la concesión de las líneas de ferrocarril de Las Planas a Sabadell y, después de la compra de las acciones del tren de Barcelona a Sarriá, quedó constituida la entidad Ferrocarriles de Cataluña, que hoy, en 1953-54, reúne una de las líneas





Pantano de Serós. Tiene treinta kilómetros de longitud y 59.000 HP. de potencia

eléctricas de más intenso tráfico y cuidado trazado.

### NACE LA CANADIENSE

Para la constitución de la sociedad Ferrocarriles de Cataluña, tropezó nuevamente con la indiferencia de banqueros y hombres de negocios catalanes. Concluido su contrato con la Compañía de Tranvías ejerció el cargo de ingeniero-jefe de la factoría de construcciones mecánicas Alexander Hermanos, lo cual le dió ocasión para trabar conocimientos importantes elementos técnicos y financieros extranjeros. En Londres conció a los señores Parrish y Parshall, que, en principio, aceptaron la financiación de un salto hidráulico en el Ebro, y cuando todo estaba a punto para formalizar el contrato, llegaron a la capital inglesa noticias del fustilamiento en Barcelona del anarquista Ferrer Guardia y de posibles movimientos subversivos. El acuerdo se deshizo por estimar el grupo inglés que no existían en España las seguridades políticas

Pocos años antes de la primera guerra europea los terrenos de las cuencas del Segre y Noguera Pallaresa no eran más que campos con o sin cultivo o agrestes montañas. En menos de una década cambió el panorama con la creación de una cadena de embalses reguladores para aprovechar las aguas desde los Pirineos hasta casi la misma costa mediterránea

necesarias para respaldar la inversión. El «proyecto Montañés» vuelve a desvanecese en el aire, pero el «hombre de los 100.000 C. V.» no se amilanó.

Estaba por Europa, en aquellos meses, el doctor F. S. Pearson, conocido hombre de negocios canadiense. El momento no era el indicado para iniciar conversaciones sobre futuras empresas, porque Mr. Pearson acababa de dar un traspás económico en el ferrocarril mejicano «North Western». Contra el mal sabor de boca que podía producir cualquier nueva inversión al canadiense, y contra consejos de amigos y conocidos, el ingeniero Montañés, fué tejiendo la red que habría de llevarle hasta el mismo Mr. Pearson.

El abogado español, señor Comamala, miembro del Comité de Control del Canal de Suez, había conocido en Alejandría al capitalista americano e intentó influir en su ánimo para realizar seguras inversiones en España. Mr. Pearson sólo prometió estudiar el asunto. Estaba dominado por la creencia de que todos los españoles eran toreros o bandoleros y fielmente convencido de que Carmen era el prototipo de nuestras mujeres. Otro toque al asunto quedó a cargo del general Miláns del Bosch, embajador de España cerca de S. M. británica. Buen amigo de Jorge V, «el general de las espuelas de oro» trabó una buena amistad con mister Pearson en Londres, y terminó por convencerle de que en España había hombres más importantes que Guerrita e inversiones tan serias como en la propia capital inglesa. El canadiense estaba a punto y Montañés, a hora aliado de la suerte, llegó en el instante preciso.

Las primeras conversaciones

hubieran decepcionado a cualquier hombre emprendedor, dinámico y seguro de sí mismo, pero el ingeniero Montañés posee, además, constancia y persuasión. Con planos y «rapports», con toda la documentación posible, insistió el español: toda la industria catalana se mueve gracias a la energía suministrada por las fábricas de electricidad movidas por carbón, mientras que a un centenar de kilómetros estaba sin explotar la elevada cordillera de los Pirineos con su riqueza hidráulica latente. Mr. Pearson, temiendo que se repitiera el fracaso del «North Western», mejicano, se defendió hasta donde pudo, pero al fin cedió. Unos días más tarde emprendía el viaje a España junto con dos técnicos y un procurador.

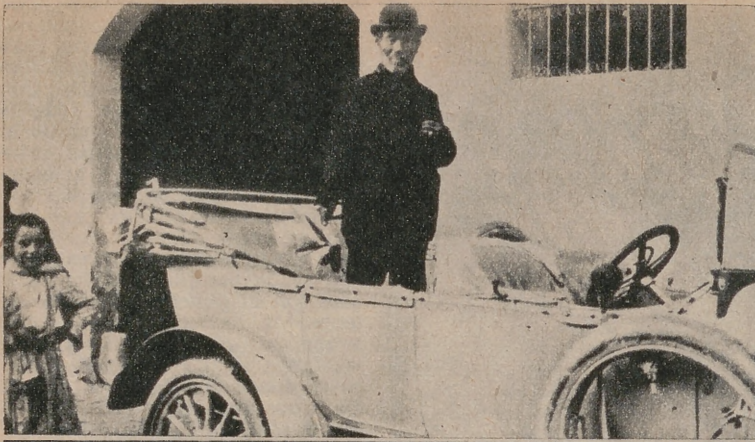
Le recibe en Barcelona el señor Montañés y, sin apenas darle tiempo, le lleva a la cumbre del Tibidabo. Debajo queda la ciudad con sus elevadas chimeneas que dejan salir un humo denso y negro. A las espaldas de la capital, sus vecinas Sabadell y Tarrasa. Más allá, cerca de la montaña de Montserrat, la ciudad de Manresa y, al fondo, los Pirineos. Mr. Pearson comprendió. Una semana más tarde fué creada en Londres la «Barcelona Traction Light and Power. C.º Ltd.»

### EL PROYECTO, EN MARCHA

El transcurso de la operación estuvo erizado de dificultades. La nueva entidad debió comprar las concesiones de otras empresas, constituidas al amparo de la Ley de Aguas para la explotación de riegos. Montañés, jefe del Departamento de Concesiones y Expropiaciones, despliega la actividad de un diplomático. Es preciso atemperar criterios, allanar dificultades, luchar contra la indiferencia de muchos y derribar pareceres de caciquillos. La propia ley de Aguas, prevista para riegos y no para aprovechamiento hidroeléctrico, no deja de representar un poderoso obstáculo. Así para la construcción del embalse de Tremp, fué pedida una concesión de 2.500 litros de agua aplicables al riego.

Todo no iban a ser penas. Las obras comienzan a ser un hecho a partir de 1911 y nacen estructuras donde hasta entonces no había más que agrestes montañas. La anécdota roza la empresa. Unas gotas de humor, unas bromas, alegraron los duros días de trabajo. Apareció por las obras un sastre de profesión llamado Antonio Barbesa, (a) «El Trapa», hombre fantástico, alucinado y algo suelto de razón. Para «El Trapa», todo el complejo tinglado de la «Barcelona Traction» había salido de su caletre y mal irían las cosas si no conseguía dragar el Ebro y el Segre para poder hacer llegar al pantano de Camarasa, después de pasar por Lérida, a toda la Escuadra española. Unos bromistas que trabajaban en la empresa editaron el periódico «El Freno del Caciquismo», que el bueno de «El Trapa» iba vendiendo por los pueblos de las cuencas del Segre y Pallaresa, entre los aplausos de los vecinos.





«El Trapa», un sastre de Lérida, fué el personaje cómico de aquellos duros días de trabajo. Soñaba nada menos que en convertir su ciudad en puerto de mar. Editor, director y único redactor del periódico «El freno del caciquismo», creyó ser el milagroso artífice de las obras hidráulicas

Al margen de lo anecdótico y divertido, el señor Montañés continuaba interviniendo en las principales actividades de la empresa. Colaboró en la construcción de los pantanos de Tremp, Serós y Sosis, el segundo de los cuales estuvo listo para funcionar, precisamente en los comienzos de la guerra europea, cuando la industria catalana amenazaba colapso por falta de carbón.

#### TODAVIA, LEYENDA NEGRA

La gestión diplomática del señor Montañés limo bastantes asperezas que podían surgir entre los elementos técnicos canadienses con el personal español. Mr. Pearson hizo traer de su tierra, no sólo ingenieros y jefes de equipo, sino también a obreros manuales—carpinteros, mecánicos, capataces, etc.—aun sugestionado por la leyenda negra antiespañola. Es curioso y típico el caso de que se instalarán dos comedores para el personal: uno para «gentlemen» y otro para nativos. Los «nativos», claro, éramos nosotros, los españoles.

En 1914, con motivo de la flagelación tuvieron que ser suspendidas las obras durante algunos meses. Los canadienses volvieron a su país y cuando Mr. Pearson imaginó que sería imposible continuar las obras, demostraron los obreros y técnicos españoles que valían, por lo menos, tanto como sus compañeros extranjeros. El tiempo daría la razón al ingeniero Montañés. Los canadienses no tuvieron que regresar y, sin embargo, desde el Canadá llamaron a un buen número de remachadores españoles.

#### OBRAS SON AMORES

Cuando el pantano de Tremp fué concluido, era el primero de Europa y el segundo del mundo. Tiene 96 metros de altura, 12 kilómetros de largo y cinco de ancho; embalsa 240 millones de metros cúbicos y trabajaron en su construcción 3.000 obreros y 500 técnicos y empleados. El de Serós posee seis embalses adicionales reguladores con una capacidad co-

rriente de 60 metros cúbicos por segundo en los primeros veinte kilómetros de longitud del pantano y 120 metros cúbicos por segundo en los restantes. Entre ambos pantanos la potencia eléctrica se eleva a 101.000 C. V.

En 1916 murió en el hundimiento del «Lusitania» Mr. Pearson. Sin embargo, la «Barcelona Traction» continuó marchando. Pero todavía falta lo más esencial: que tan magna empresa fuera íntegramente española. Cuarenta años después de la puesta a punto de los primeros embalses, iba a ser verdad el sueño del ingeniero señor Montañés. «La Canadiense» es española.

#### JUSTICIA DE UN HOMENAJE

Los barceloneses no olvidan lo que deben a Mr. Pearson. En el lujoso barrio de Pedraibes, al oeste de la capital catalana y en las faldas de Tibidabo, una importante avenida lleva el nombre del financiero canadiense que un día ya lejano decidió vincularse a España. Pero hasta ahora, Barcelona y la nación entera aun no han rendido el debido homenaje de gratitud al excelentísimo señor don Carlos E. Montañés, el hombre que proyectó la atrevida hazaña de traer a las principales ciudades catalanas la energía de los Pirineos; el hombre que, después de fracasos y sinsabores, con una tenacidad y patriotismo sin límites, logró que se llevara a cabo su gran propósito. El señor Montañés, fundador de Riegos y Fuerzas del Ebro, de Royal Films S. A., constructor de un motor de explosión de dos tiempos sin válvulas, diseñador de otro de 1.000 C. V. para submarinos, miembros de los Consejos de Administración de numerosas entidades industriales, inspector general del Cuerpo de Ingenieros Industriales, miembro de Sociedades científicas nacionales y extranjeras y ex diputado a Cortes, recibirá en estos días de enero el justo homenaje a que es acreedor, después de tantos años de infatigable labor y todavía en plenitud de sus excepcionales facultades.

Luis EZCURRA

“TODO ANTES  
QUE PERMANECER  
BAJO LA TIRANÍA  
NACIONAL MARXISTA  
QUE ENCARNA LA  
FIGURA DE TITO”







Ilustran estas páginas varias fotografías de campesinos yugoslavos

# "MAZGIT POLIE", EN LAS TIERRAS MALDITAS DE YUGOSLAVIA

La Zona B optará por Italia si celebran un referéndum imparcial

Crónica desde Trieste por Fernando P. de Cambra (Especial para EL ESPAÑOL)

«MAZGIT polié». Tierra áspera, pedregal en las altiplanicies de Kossovo, que parecen aullar hacia el firmamento una blasfemia horrenda contra su propio Creador. Durante el verano el suelo yermo se agrieta bajo el sol de fuego, y sus fauces resacas claman por un agua que el cielo no les dará jamás. Son como los labios entrecabiertos de una llaga que mana pus y sangre gangrenada por la maldición de siglos y más siglos de invasiones, combates, luchas fratricidas y ejecuciones en masa. Cuando llega el invierno, las rachas del Nordeste se desploman desde la cordillera balcánica, aplastando la meseta con el gélido aliento de los grandes heleros. Después, la nieve. Copos enormes van enterrando llagas, pus, sangre, lodo y pedregales. Y por espacio de cuatro meses consecutivos las tierras sedientas del Kossovo dormirán su letargo bajo el sudario blanco.

Este es «Mazgit polié», o «Campo de los Mirlos», solar y cuna de las viejas tradiciones serbias... Aquí fué lanzado al viento montañero el grito histórico de «non serviam», frente a las hordas turcas que inundaban las rutas de Europa, tras haber destruído el viejo imperio de Bizancio. De entonces acá van transcurridos quinientos sesenta y cuatro años, y, sin embargo, esa indomable exclamación se lega de padres a hijos a través de las generaciones, pesando como un anatema sobre la antigua Serbia.

«Mazgit polié». Aquí se arrancó los ojos Ivan Goran Kovacié para no ver cómo sus últimos compañeros de armas eran aplastados por el invasor. Y es fama que desde entonces los ojos, palpitantes de horror, viven en su hoya para contemplar de nuevo, cuando llegue, la también nueva aurora de sus libertades. Y el lema es siempre idéntico: «Non serviam!»

«Mazgit polié». Aquí fué enterrado el cadáver de Marko Kraljevitich, caudillo de la sublevación contra los turcomanes, y quiere la leyenda que su espíritu vuelva a reencarnar en el hombre que, tarde o temprano, consiga la libertad de Serbia.

El «Campo de los Mirlos» o «Mazgit polié» constituye la gloria y la maldición del país serbio. Tierras duras, fuertes, bravías, sometidas a todas y más bruscas intemperies. Es como una loca sobre el pasado, el presente y el futuro de sus hijos, que la llevan a cuestas, luchan y mueren con y por ella. Tierras de espanto, donde la yerba crece entre peñascos, como flechas de acero y en que la siembra de espinas produce cosecha de lanzas.

Campos de horror, de muerte, de pesadilla y que, sin embargo, son también campos de gloria, de heroísmo y de sacrificio.

«Mazgit polié» y «Nom serviam», dos conceptos, dos emblemas que han fraguado las esencias de la raza. Gentes duras de cuerpo, de corazón y de espíritu. Hombretones de recia osamenta, acostumbrados a luchar contra las inclemencias del tiempo y de las gentes. Primitivos por atavismo y la parvedad que impone el suelo yermo. Pastores de ganado trashumante, labriegos que aran la tierra con su milenaria reja de madera. Cazadores de abarcas, bragas de pelo de cabra, chaquestones de piel de cordero y siempre la mirada perdida en los espacios, como si esperasen, temieran y desearan al propio tiempo la aparición del eterno enemigo. De ese enemigo que primero estuvo representado por los «bárbaros», después por turcos, más tarde los austriacos y a continuación búlgaros, germanos y soviéticos.

«Non serviam!» El grito de rebeldía aun flota en los espacios, resuena en las cumbres, lo devuelve el eco y cae sobre «Mazgit polié» como un juramento renovado.

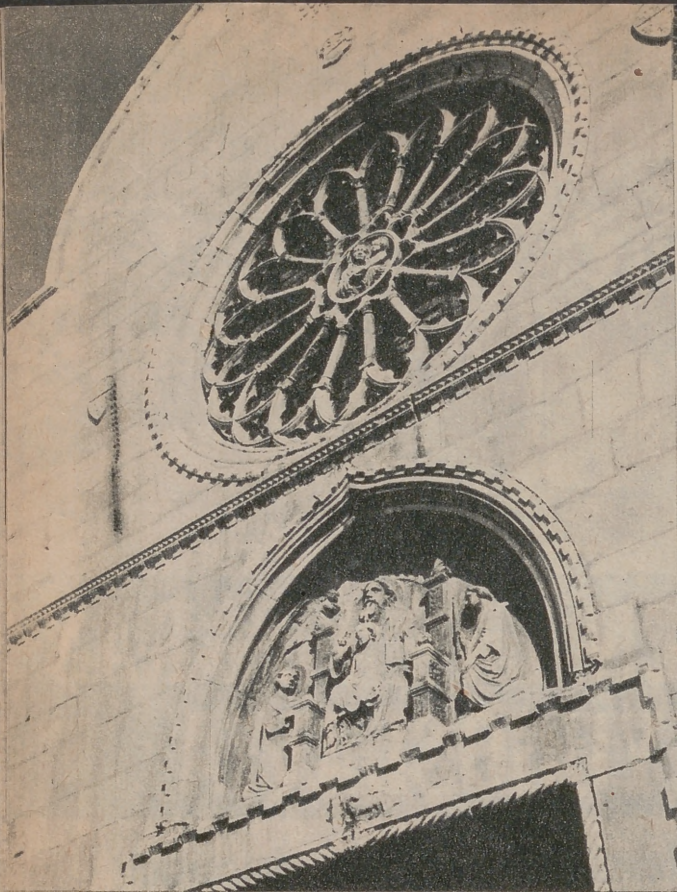
Porque Serbia, la vieja Serbia de Goran Kovacié, Marko Kraljevitich, los Karageorge, Aersko, Kalenic y Spokani, ni siquiera puede ya invocar la vieja tradición. Ahora ya no se llama Serbia, sino más simple y comúnmente Yugoslavia.

## ZONA B, SOMETIDA A YUGOSLAVIA

El triple cartelón a la vera del camino nos previene con su advertencia trilingüe que allí termina la zona interaliada de Trieste, por la que vengo correteando desde hace una semana larga, impulsado por mi espíritu andariego. Hacemos caso omiso, puesto que la aventurilla fué decidida hace veinticuatro horas. Y con un sonoro «A rivederci», dirigido al policía italo-triestino, arrancamos por el pequeño sector de carretera, que constituye una especie de «no man's land» entre el «posto di blocco» de Alvaro Vescova y su compañero y rival ocupado por los yugoslavos.

Pocas veces como ahora he deseado fervientemente que el «a rivederci» sea cierto y no se transforme en una especie de «addio», cantado sobre el «aria di Tosca». La verdad es que mi situación desde el punto de vista documentario no puede considerarse muy legal. Teniendo en cuenta que mi solicitud para circular por la Zona B





Esta iglesia de Muggia, en los confines entre las zonas A y B de Trieste, conserva su viejo frontispicio pese al tiempo y las invasiones

equivaldría a perder el tiempo, hemos echado mano a un subterfugio: emplear el salvoconducto del hermano de mi amigo y compañero, cuya fotografía, con un poquito de buena voluntad, puede ser tomada por la mía. La treta parece surtir los efectos deseados, lo cual no es óbice para que cuando se cierra la barrera tras nosotros, una vez franqueado el paso, sienta como una especie de comezón o escalofrío. La suerte está echada.

El vientecillo mañanero trae los aromas de las colinas circundantes. Nuestro Fiat salta de bache en bache por esta carretera, que está pidiendo a grandes voces buen acopio de macadam y asfalto para cubrir sus llagas. Escasa circulación, por no decir ninguna. Y a la derecha, el golfo azul de Trieste, delimitado por el promontorio de Punta Grossa, que constituye la línea divisoria entre ambas zonas.

#### LOS PRIMEROS TANQUES YUGOSLAVOS

A cinco kilómetros escasos de Albaro Vescova, la triple bifurcación de caminos. En línea recta, la carretera nos llevaría hacia Pola, aun cuando, en verdad, sería preciso detenerse en Val del Quieto. A la izquierda, daríamos con nuestros huesos en la serranía de Maressego. Y, en fin, tomando la ruta de la diestra, llegaremos, por el litoral, a Capodistria, Portorose y Pirano. Este último lugar constituye nuestra meta.

En el centro del cuadrilátero que delimita esta especie de «square» rústico veo los primeros tanques yugoslavos. No hace falta ser muy ducho en tales menesteres bélicos para darse cuenta de que se trata de material americano. Y por más señas, un Sherman de los que Norteamérica sirvió a Europa a raíz de la primera ayuda. Los vehículos están inmóviles, como enormes galápagos grises, con la pieza artillera horizontal y un grupo de soldados en derredor.

—Son gentes de Serbia— aclara mi acompañante—. Las tropas más seguras en que Tito tiene depositada su confianza. A lo largo de toda la frontera existen cinco divisiones escalonadas desde que Estados Unidos y Gran Bretaña comunicaron su famosa declaración del 8 de octubre. Esa declaración que, por las trazas, jamás se convertirá en realidad.

Remedando al buen Avellaneda del «Tenorio»,

«soy de la misma opinión», aun cuando ahora pienso en algo que ningún punto de contacto guarda con la política internacional. Para mi fuero interno, me doy a todos los demonios y maldigo la prohibición de llevar aparatos fotográficos, que me impide impresionar esta y otras escenas inéditas. Por que un reportaje sin fotografías es como una comida sin vino o una jornada sin sol. Y conste que no he patentado: esta especie de «slogan» publicitario, que recomiendo a los cosecheros de mi tierra.

#### CAPODISTRIA

En realidad, poco o nada he podido avizorar de Capodistria. Mi amigo conduce a todo gas, cual si pretendiese ganar la carrera automovilística Panamericana. A la entrada del lugar nos ha detenido una patrulla policiaca de la «U. B. D.» Así, de pronto, el uniforme azul que tantísimas inquietudes me proporcionó hace siete meses en Fiume vuelve a despertar mis dormidas aprensiones. Pero no ocurre nada; mi compañero es demasiado conocido para que nadie sospeche. Una breve cjeada al desgare sobre el pasavante y podemos continuar rodando. En honor de la verdad, debo consignar que, lo mismo en este lugar que en Albaro Vescova, Pirano y Portorose, los policías titocistas han procedido correctamente e incluso con bastante más cortesía que cierto comisario esloveno de San Giovanni di Timavo... Pero dejemos esto, que no parece de buena ley ser rencoroso en demasía.

#### PIRANO Y PORTOROSE

Mi amigo tiene prisa, mucha prisa, e incluso supongo que, para su fuero interno, me echa algunas maldiciones por haberle convencido a fuerza de machacóne para que se embarcara en esta aventura. Repito que demuestra gran prisa por tomar el camino del regreso, mientras yo pretendo todo lo contrario. De la amable controversia o «leit motiv» del viaje surge el tira y afloja que me permite echar un vistazo sobre Pirano y, a continuación, también a Portorose. El primero de estos puertecillos naturales está semivaciado. El malecón-paseo, al que antes se atracaban los blancos corretillos que venían de Trieste, Capodistria, Brioni, Pola e incluso Fiume, ahora se halla punto menos que desierto. Sólo cuatro o cinco de esos clásicos veleros adriáticos de proa chata y aparejo que promedia entre la balandra y la tartana mediterránea. Por lo demás, ni traza de actividad comercial. En cambio, pasan de un lado para otro cuatro o cinco vigilantes policíacos «azules», nueva edición de Argos con fusil ametrallador, para evitar no sé qué entradas o salidas clandestinas.

#### LA DESITALIANIZACION DE LA ZONA B

Cincuenta y ocho mil habitantes tenía lo que ahora constituye Zona B, allá por el año de la Maricastaña, es decir, 1945. De ellos, 6.200 correspondían a Capodistria, 5.800 a Pirano; 4.000 a Portorose, y la diferencia a quienes pudiéramos denominar «interland». De tal cantidad, un censo riguroso demuestra que el 74 por 100 eran de origen italiano; 17 por 100, croatas; 5 por 100, eslovenos, y los otros, de varias procedencias. Entonces la desgraciadísima línea Morgan encerró esta región tras una frontera que parecía las rejas de un presidio. Y dió comienzo a la «desitalianización» masiva. Varios centenares, por no decir millares (la cifra es incontrollable) fueron asesinados a mansalva durante las primeras semanas de ocupación o deportados al interior del país, lo que, a fin de cuentas, ha venido a resultar idéntico. Otros emigraron al otro lado de la divisoria, porque en sus hogares se les hacía la vida imposible. Bastantes persistieron en aguantarse aquí, con testaruda hercicidad digna de mejor causa. Y, en fin, otros, los menos, se inscribieron en el partido de la libertad, es decir, la seudo palanqueta «titocista» con que el hombre de Belgrado pretende reivindicar ambas zonas de Trieste.

Y en los momentos actuales, ¿cuántos italianos existen por la zona? El 45 por 100, sobre poco más o menos, me informan. La cifra total de población ha debido bajar también a 49.000 habitantes. Y los huecos dejados por los emigrados los ocuparon gentes importadas de la frontera con Bulgaria y Rumania, macedónicos y elementos que antaño formaron la brigada internacional que combatía junto al griego Markos contra el Gobierno de Atenas. Todo este tráfigo se hace con vistas a un futuro



plebiscito que dé mayoría favorable a la unión con Yugoslavia.

Otra pregunta me viene a los labios: ¿votarían esas gentes libremente a favor de Tito? La respuesta de mi interlocutor, piranés por nacimiento y vecindad, es rotunda, categórica y espontánea: «Incluso los propios eslovenos optarían por el mantenimiento de un «statu quo» interaliado (suponiendo que fuera posible), y caso contrario, a favor de Italia.» Todo antes que permanecer bajo la tiranía nacionalmarxista que encarna la figura de Josip Broz «Tito».

No he querido insistir con nuevas preguntas. Yugoslavia es un país policial, donde las libertades individuales constituyen un mito, una entelequia. Y bastaría la indiscreción más sutil para que el citado piranés diera con sus huesos en cualquier presidio de Serbia o terminara sus días «cooperando», bien involuntariamente, por cierto, en los trabajos públicos que llevan a cabo los titoístas. Porque, repito nuevamente, Yugoslavia, tal como hoy día se halla organizada, es una nación policial, donde el simple ciudadano se halla sometido al capricho o malhumor del sicario de turno.

### LA GUARDIA CIVICA Y EL CUERPO VOLUNTARIO

Insisto en que muchos italianos afincados en la península de Istria desde cuatro o cinco generaciones se resisten desesperadamente a abandonar sus hogares. Piensan, con muchísima razón, que la madre patria ya lleva a cuestas la carga de tres millones de parados. Saben que la válvula de escape hacia Sudamérica y Australia funciona «al ralentí», porque no puede ser de otra manera. Y que al otro lado de la línea Morgan les esperan muchas privaciones, pese a la solicitud de las organizaciones de ayuda. Por eso tascan el freno y procuran adaptarse, aun cuando maldigan a la chita callando el nombre de sus opresores. Pero, desde hace algunas semanas, es decir, a partir de la declaración angloamericana, se les presenta otro dilema más serio: emigrar o enrolarse en el «Cuerpo de Voluntarios para Liberación» que organizan las gentes de Belgrado.

¿Qué pretenden «liberar»? Nadie lo sabe. Oficialmente se trata de garantizar y justificar las pretensiones yugoslavas sobre la Zona B, pretensiones que se extienden a buena parte de la Zona A. Han recibido armas y equipos, así como oficiales serbios. Es como una copia perruna de los tristemente célebres «Gobiernos libres en el destierro», de inspiración soviética. Y si en un futuro próximo Belgrado intenta cualquier golpe de mano sobre la Zona A, ese cuerpo de «voluntarios» tendrá a su cargo ocuparla. Así quedarán a salvo las apariencias, puesto que en lugar de una «invasión» sería una «revolución» indígena. Cuestión de matices. Porque al otro lado del Adriático también se cuidan las sutilezas, para que «Borba» pueda fulminar argumentos desde sus editoriales.

Si alguien supone que los emigrados rojillos italianos hallan consideración en la Zona B, debo advertirle que yerra de medio a medio. Sabido es que durante las tristes jornadas que precedieron y siguieron a la caída de la República de Saló y al asesinato de Mussolini, muchísimos bandoleros con etiqueta «partigiana» cometieron múltiples tropelías por el norte de Italia. Trieste no constituyó ninguna excepción en esa regla. Una vez asegurado el orden por los angloamericanos, esos criminales emigraron al otro lado de la frontera yugoslava. Eran facinerosos más o menos comunistoides que, durante la época del idilio entre Stalin y Tito fueron acogidos con los brazos abiertos. Ahora han cambiado el panorama; la «U. D. B.» persigue el kominformismo con más saña que antaño a los «fasistas». Incluso si cantaron la palinodia repudiando al Kremlin. Ultimamente, es decir, hace exactamente cuatro días, tuvimos la prueba palpable, audible y visible con la presencia de un cabecilla «partigiano» al que los Tribunales de Trieste habían condenado a cadena perpetua (en Italia no existe la última pena) por sus muchos asesinatos, y en particular de una familia triestina. La Policía yugoslava le presentó el siguiente dilema: enrolarse entre los «voluntarios» o ser expulsado por la frontera de Albaro Vescova. Y como el hombre rehusó la primera, veinticuatro horas más tarde traspasaba la línea demarcatoria para hospedarse en la cárcel, mientras llega el instante del nuevo juicio, ya que la vez anterior fué sentenciado en rebeldía.

Hoy en día, sobre todas las cosas, sobre todos los ideales, simpatías y odios, en Yugoslavia priva un sentimiento de odio hacia las gentes de Moscú, que primero les lanzaron a la contienda, sin otra realidad que vagas promesas jamás cumplidas, después ocuparon el país bajo el pretexto de liberarlo, se llevaron lo poco que había quedado intacto o respetaron los germanos y ahora les persigue con su política. No hace falta tentar demasiado a la opinión ni convertirse en una especie de «Gallup» balcánico. Salvo algunos elementos de la joven generación, educados en la escuela del «kominformismo», los restantes seres incluidos dentro del mosaico yugoslavo detestan sinceramente al Kremlin.

En 1945 las divisiones soviéticas irrumpieron en Yugoslavia, procedentes de Hungría y Rumania. Se presentaban como liberadoras, pero su paso y estancia fueron más sangrientos incluso que el de los propios alemanes. El Ejército ruso vivió sobre el país esquilado, desterró, fusiló a troche y moche, bajo pretexto de «colaboracionismo», y a la postre, cuando se retiró más allá de la frontera, confiando la soviétización del país al flamante «mariscal» Tito, acabó por llevarse lo único que quedaba de algún valor. A cambio, dejó sus viejos arsenales de guerra; fusiles, cañones, ametralladoras y municiones de fabricación rusa, es decir, de un calibre especial para que el futuro «abastecimiento dependiese única y exclusivamente de la U. R. S. S. Además, legaba otro factor que, por aquel entonces, estimaba irresistible: la U. D. B. o Policía de Seguridad Interior, calco perruno de las tristemente célebres G. P. U. y N. K. V. D. B.

¿Qué ha sucedido desde entonces? La historia contemporánea es demasiado reciente para que sea necesario consignar los hechos. Recuérdese simplemente el viraje en redondo del propio Tito. Añádase la habilidad norteamericana para atraérselo. Sumen el espíritu indomable de los serbios y se comprenderá por qué a estas alturas Yugoslavia no forma entre los satélites del Kremlin.

### UN BALANCE TRAGICO DE POSGUERRA

En mayo de 1945 Yugoslavia quedó oficialmente «liberada», aun cuando, en verdad, era un agonizante lo que se había liberado de una esclavitud para hacerle recaer en otra más horrenda. Véase el balance de pérdidas y destrucciones.

Desde abril de 1941 hasta mayo de 1945, Yugoslavia registra 1.706.000 muertos, 3.741.000 personas relegadas en campos de concentración, más de tres

Fuente de Pirano, en la zona B, sometida a Yugoslavia







La columna emblema de Trieste ante la iglesia de San Guisto

millones de listados y numerosos desaparecidos. Añadamos, a guisa de curiosos y dramático detalle, que uno de cada nueve hombres yugoslavos había pasado a mejor vida de una manera violenta. Y también que 870.000 edificios quedaron destruidos, 290.000 explotaciones agrícolas arrasadas, la mitad de la red ferroviaria inutilizable, así como 976 locomotoras, 30.000 vagones y 2.305.000 vehículos, entre automóviles, carros, tranvías, autocares, etcétera... Un total de pérdidas materiales que ascienden a la suma fabulosa de 47.000 millones de dólares. Y digo fabuloso porque se trata de un país fundamentalmente pobre, que todavía no ha encontrado, y tardará mucho en hallar, el camino de la normalidad.

#### UN ROMPECABEZAS ETNICO

¿Qué camino se ha recorrido desde entonces? Si escuchamos la respuesta que dan los editoriales de «Borba» (diario oficial del Gobierno, que tira 650.000 ejemplares cotidianos) durante estos ocho



Veleros adriáticos en el puerto de Grado

años últimos, se ha dado un paso gigantesco por el camino de la reconstrucción. Otra publicación similar, el «Politika», con sus 280.000 ejemplares, le hace coro. Fiarse de cualquiera de ambos constituiría notoria estupidez; ambos escriben según la inspiración gubernamental porque Yugoslavia, país de férrea dictadura y policiaco por excelencia, no admite contradicciones. Y el insensato que osara hacerlas daría con sus huesos en presidio, para terminar en algún campo de trabajos forzados.

La Yugoslavia actual constituye un verdadero rompecabezas o «puzle» de razas, idiomáticas, usos y costumbres. Cada guerra perdida por ella y ganada por sus aliados ocasionales le ha proporcionado un nuevo sector, habitado siempre por grupos étnicos que ningún punto de contacto guardan con la primitiva Serbia. Después de la guerra balcánica contra Turquía y entre los vencedores se anexionó un pedazo de la Macedonia griega. Más tarde, en 1918, obtuvo Montenegro, Bosnia-Herzegovina y parte de Croacia. Ahora le han adjudicado Istria y parte de la Venetia-Giulia, sin contar la escabidísima Zona B triestina. Obsérvese que cada una de tales regiones posee un nivel de existencia, un idioma e incluso una religión distinta a la del Estado central, y se comprenderá que éste no podrá absorberlas jamás.

Pero, a mayor abundamiento, existe otro factor: el nivel cultural de esas regiones, que de por sí solas constituyen nacionalidades antagónicas. La propia Serbia registra en promedio 85 por 100 de alfabetos, contra 45 por 100 en Eslovenia y 10 por 100 en Dalmacia e Istria. Frente a la industrialización a rajatabla, el socialismo comunizante y la férrea dictadura de Belgrado, esas zonas avanzadas oponen sus antiguas tradiciones. Entre otras, Dubrovnik recuerda sus mil años de cultura, que duermen entre sus piedras y sus museos. Aseguran y demuestran con pruebas patentes que allá por el año 1301, cuando toda Europa dormitaba en la Edad Media, Dubrovnik ya tenía su Universidad. Y en 1318, la primera farmacia. Y en 1347, el primer hospital gratuito para pobres. Y que en 1416 abolió la esclavitud, y que años después inauguraba su primer teatro...

#### EL HOMBRE ES SOLO UN EPISODIO

Hemos terminado de comer, a la vera de Sístiana, mientras el sol va camino de Occidente en este breve crepúsculo de noviembre. Mi sempiterno amigo triestino, poseedor del «sésamo» que me abrió todas las puertas, huésped amable y camarada fiel, apenas si tomó parte en la charla que, forzoso es decirlo, durante buen rato fué monólogo del invitado comensal que recogimos en Albaro Vescova, cuando regresábamos un poquito desencantados de la excursión sin historia por la Zona B, sometida a Yugoslavia.

Hemos llegado, como quien dice, al final de la jornada, porque mi interlocutor parece haber agotado el tema. Y, sin embargo, existe algo o «alguien» al que ni siquiera ha llegado a mencionarse a lo largo de tan dilatada charla. Soy yo, pues, quien pretende reparar esta omisión u olvido.

—¿Y de Tito?—pregunto—. ¿Qué me dice usted de Josip Broz «Tito», que, hoy por hoy, manda y dispone del presente y los destinos de esta nueva Yugoslavia?

El hombre sonríe suavemente, como si desde hace rato esperara la pregunta. Tras apurar la quinta taza de café que acompañó tan dilatada sobremesa, responde sin inmutarse:

—¿Para qué hablar de eso? El hombre, sea cual fuere, constituye un simple episodio en la vida de los pueblos; apenas si deja una huella en las páginas de la historia. Vea lo que sucedió con Alejandro Magno, César, Aníbal e incluso Napoleón Bonaparte: todas sus conquistas, todas sus obras, desaparecieron con ellos. Más recientemente, tenemos los ejemplos de Hitler, Mussolini e incluso Stalin... El sistema impuesto por la sola voluntad de un hombre no le sobrevive; únicamente la existencia de los pueblos ofrece una solución de continuidad. Tito, pequeño dictador balcánico, desaparecerá el día menos pensado, y entonces todo volverá a sus cauces normales... Por lo menos, en eso confiamos.

Y así terminaron entrevista, comida y charla, a la vera de Sístiana, mientras el sol de noviembre daba su acostumbrado chapuzón en la laguna de Grado, allá en el Adriático.



# BARTOLOME MOSTAZA, POETA BRILLANTE Y DIFICIL

“AL DICCIONARIO DE  
LA REAL ACADEMIA LE  
FALTAN PALABRAS”



Además de poeta es prosista de calidad, crítico, comentarista internacional y varias cosas más que hacen de él un escritor polifacético

A TRAVESANDO el inmenso vestíbulo de un rotativo madrileño que parece trepidar por el fragor de las máquinas de abajo, llegamos al despacho de Bartolomé Mostaza, pequeño y tranquilo, donde nuestro hombre trabaja en tanto espera nuestra llegada para interrogarle sobre su último libro. «La vida en villos», que contiene los versos más inquietantes del poeta. Además de poeta, Mostaza es prosista de calidad, crítico, comentarista internacional y varias cosas más que hacen de él un escritor polifacético, si los hay.

Apenas sentados, pronto nos damos cuenta de que Mostaza nos va a dar jaque a todos y un mate final, pues su conversación es arrolladora y fluida. En sus versos parece un hombre atormentado, pero ahora está ante nosotros eufórico y con una rapidez de pensamiento que se le hace palabra precisa sobre cualquier tema.

## VERSOS DIFICILES

BLANCA ESPINAR. (Con voz insegura y como si no le gustara iniciar el ataque.)—¿No cree que el ser usted tan buen estilista en prosa puede estropear la sencillez que debe haber en la poesía? ¿No adolecen, acaso, de esto sus versos?

NOVAIS. (Interrumpiendo.)—Sí, sus versos son difíciles.

ALVAREZ. (Apoyando a su compañero.)—Y a veces hasta incomprensibles.

MOSTAZA. (Sin saber a quién contestar primero.)—Mis versos son difíciles porque toco temas difíciles, como por ejemplo, el que titulo «Eucaristía».

ALVAREZ.—¿Ha habido buenos poetas difíciles?

MOSTAZA.—(Con entusiasmo.)—¡Ah, desde luego! Poetas difíciles son Horacio, Quevedo y Góngora, y el mismo Fray Luis de León.

BLANCA ESPINAR.—Y de los extranjeros actuales, ¿quizá Elliot?

MOSTAZA.—Sí, indudable. Elliot es un poeta difícil.

BLANCA ESPINAR.—¿Hizo usted alguna vez gongorismo?

MOSTAZA. (Se para un poco y después contesta sincero.)—Sí, lo he hecho; en realidad, yo he hecho de todo. Quizá se deba esto a que yo pertenezco a una época en que se usaban todos los ismos. También he hecho prosa poética y surrealista.

BLANCA ESPINAR.—¿Y se ha encontrado ya a sí mismo?



Bartolomé Mostaza en 1931

MOSTAZA.—Sí, gracias a Dios.

BLANCA ESPINAR.—¿A partir de cuándo?

MOSTAZA.—A partir de este mi último libro.

## EL PROLOGO QUE NO LLEGO A HACER UNAMUNO

ALVAREZ.—Yo diría que su poesía tiene cierto parecido con la de Unamuno.

MOSTAZA.—(Rápido y con gracejo.)—No; lo que sucede es que Unamuno y yo nos parecemos los dos a Quevedo; de ahí vienen

nuestras coincidencias.

ALVAREZ.—¿Trató usted a don Miguel?

MOSTAZA.—Sí. Y nuestra primera entrevista tuvo toda la turbulencia de la manera de ser del maestro. Unamuno había leído cosas mías y le dijo a un amigo común que le gustaría conocerme. Este me llevó al café Novelty y allí nos presentó. Yo portaba muy ufano un montón de cuartillas de esa prosa surrealista que he dicho a ustedes. Empecé a leerle



algo a don Miguel, y de pronto, éste me interrumpió dándome un manotazo sobre los papeles que casi los hizo esparcirse por la mesa, mientras me decía que aquello no valía nada. ¡Imaginense cómo me quedaría! Pero inmediatamente empezó don Miguel a leer él mismo otras de mis cuartillas, y entonces se volvió a mí con entusiasmo y me dijo: «Estas sí que valen, y mucho. Haga un libro, que yo le pongo el prólogo.»

BLANCA ESPINAR.—¿Llegó usted a hacer ese libro?

MOSTAZA.—No; lo fui dejando por unas cosas y otras y no lo llegué a hacer.

NOVAIS.—¿Usted cree que el prólogo es necesario en un libro?

MOSTAZA. (Rápido).—No. (Hace una pausa, se recuesta en la silla y habla lento a la par que mueve las manos pausadamente.) Pero hay prólogos que salvan obras mediocres.

ALVAREZ.—¿Cuáles?

MOSTAZA.— Por ejemplo, los de un poeta consagrado a un poeta nuevo.

NOVAIS.—¿Cómo?

MOSTAZA.— Cuando un poeta consagrado proluga el libro de un novel, aunque éste sea mediocre, la masa lo acepta como bueno.

NOVAIS.— ¿Debemos deducir de sus palabras que la masa no entiende de poesía?

#### LA MASA ENTIENDE DE POESIA

MOSTAZA. (Queda un momento perplejo, luego reacciona rápidamente. Pesan mucho las palabras que va a pronunciar).—No. La masa entiende de poesía. (Sonriente.) Pero la masa se equivoca más que el hombre culto.

BLANCA ESPINAR.— ¿Usted cree que los críticos de poesía deben también ser poetas?

MOSTAZA.— Eso sería el verdadero ideal. De otra forma, los poetas nos exponemos a que nuestras obras no sean bien valoradas.

NOVAIS.—¿Cómo se portó la crítica con usted?

MOSTAZA.— Siempre fué conmigo más que justa, benévola.

ALVAREZ.—¿Cuál es para usted el mejor crítico de poesía?

MOSTAZA.— Sin lugar a dudas, Dámaso Alonso.

NOVAIS.— La crítica, a pesar de ser benévola con usted, le ha reprochado el empleo de neologismos.

MOSTAZA. (Cortando).— En este libro mío no hay ningún neologismo, aunque se diga lo contrario.

BLANCA ESPINAR.— Zuzunegui también emplea a veces los neologismos. ¿A quién cree usted que se le puede perdonar más: esto, a un novelista o a un poeta?

MOSTAZA.— A un poeta, desde luego. Porque es más disculpable, ya que a veces se ve obligado a buscar la rima.

ALVAREZ.— Concretamente, ¿usted no los ha puesto?

BLANCA ESPINAR. (Interrumpiendo).— Si no los ha puesto, ¿cómo explicaría la expresión «abrilecer», que usa usted en su libro?

MOSTAZA. (Un poco exaltado).— Pues no, no es neologismo. Todas esas palabras han sido oídas por mí; son usadas por la gente del

pueblo. Lo que ocurre es que el Diccionario de la Real Academia está hecho sobre los escritores latinizantes del siglo XVI y han olvidado poner palabras que se usan desde hace muchos siglos por el pueblo. Tampoco encontramos en el Diccionario muchas de las palabras que empleaba Berceo.

#### «NIEGO LA ESPONTANEIDAD EN POESIA»

El ámbito de la pequeña habitación parece estar todo lleno con las voces de los cuatro. La verdad es que empezamos en tono de conciliábulo y ahora estamos cobrando diapason de polémica. A Mostaza le alegra la animación suscitada.

NOVAIS.—¿Un ejemplo más de esas palabras oídas por usted al pueblo?

MOSTAZA.— Pues, sí; la palabra desdolorido, que también la pongo yo en mi libro. La dicen en mi región, de las mujeres en sus dolores de parto. Dicen así: «Ya se va desdoloriendo», y quieren indicar que van desapareciendo los dolores. (Prosigue con un destello de orgullo en los ojos.) Y no olviden ustedes que yo soy de la región de España donde mejor se habla el castellano.

ALVAREZ.—¿Qué región?

MOSTAZA.— Zamora. Aquí es donde se hizo la confluencia, la condensación del gallego, leonés, castellano y portugués.

NOVAIS.—¿No encuentra usted su lenguaje poético en exceso mental?

MOSTAZA. (Duda un momento y después niega con la cabeza energicamente).— No, no lo creo. Yo le podría enseñar un poema escrito de un tirón; sólo tiene una corrección.

NOVAIS.— Pues usted ha definido alguna vez la poesía como palabra artística, lograda por esfuerzo y acendramiento. ¿Cómo se explica entonces ese poema de un tirón?

BLANCA ESPINAR.— Es verdad; usted en el ensayo que encabeza su libro niega la espontaneidad en poesía.

MOSTAZA. (Amable).— Si, yo niego lo espontáneo; lo espontáneo no es verdadero. Mi poema pudo ser de un tirón porque hacía mucho tiempo que lo llevaba dentro dándole forma. Además, es la sexta versión. Primero fué un poema de prosa, después estuvo en alexandrinos blancos, y posteriormente ha ido de versión en versión, hasta la última, la definitiva, que la hice sin correcciones.

ALVAREZ.— Perdón, yo creo que usted se contradice...

BLANCA ESPINAR. (Interrumpiendo otra vez con la testarudez endiablada propia de su sexo).— Pero señor Mostaza, si siempre se ha dicho que la poesía debe ser espontánea y no forzada...

ALVAREZ. (Corroborando).— Igual que se le pide a un novelista que su prosa sea espontánea.

#### «POESIA ES SUBIR EL CORAZON A LA CABEZA»

MOSTAZA. (Tratando de convencer a sus interlocutores).— Pero, señores, en prosa, sí; yo concedo que debe haber espontaneidad; pero en poesía, no. Y me mantengo en ello.

NOVAIS. (De repente, para cortar la discusión, que, sin duda, llevaba camino de prolongarse.) ¿El conde de Lautrémont cree usted que es poeta?

MOSTAZA. Recapacita un momento y luego, el amable conversador, el poeta, se transfigura con la severidad del crítico.— Lautrémont se mueve en un mundo tenebroso, es una especie de monstruo. Pero no hay duda que es un poeta.

NOVAIS.— Usted ha afirmado otras veces que «no hay poesía donde hiede la obscenidad de la bestia». ¿No cree usted que Lautrémont es bestial a veces?

MOSTAZA. (Muy rápido).— Bestial, no, satánico. Es un espíritu satánico, pero espíritu.

ALVAREZ.— Y la bestia es...

MOSTAZA.— Lo sensual. Lo sensual, lo material, no es poesía. Poesía es anhelo, poesía es subir el corazón a la cabeza.

NOVAIS.— En su anterior libro, «Búsqueda», usted ha castellanizado el hexámetro, el pentámetro y el esclapiado, así como otros metros latinos y griegos que parecían incomodables al castellano. ¿Ha tenido continuación y proyección su labor?

MOSTAZA.— Continuidad, en algunos metros de «La vida en vino». Proyección, quizá en un poeta catalán que hace también disticos.

BLANCA ESPINAR.— ¿En que línea de poesía cree usted encontrarse?

MOSTAZA. (Rápido y con risueño aplomo).— En ninguna. Creo que soy bastante original.

Los periodistas ríen la gallarda franqueza del poeta.

#### REPASO DE POETAS

ALVAREZ.— Cree usted que la poesía española está en un buen momento?

MOSTAZA. (Con entusiasmo).— En un momento altísimo, extraordinario.

BLANCA ESPINAR.— ¿Más que la novelística?

MOSTAZA.— Infinitamente más. Hay que tener en cuenta que la poesía lleva veinticinco años de esplendor, mientras que la novela ha resurgido después de nuestra guerra.

NOVAIS.— ¿De esos poetas de la generación de hace veinticinco años, a cuál podemos considerar como el mejor?

MOSTAZA. (Cruzando las manos y llevándose las al pecho).— Para mí, para mi gusto, Guillén.

BLANCA ESPINAR.— ¿Y de la generación del 36?

MOSTAZA.— Leopoldo Panero, Ridruejo y Rosales.

CARLOS ALVAREZ.— ¿Dos nombres de poetas actuales?

BLANCA ESPINAR.— Incluye también una mujer.

MOSTAZA.— Yo diría Carlos Bousoño y Leopoldo de Luis. La mujer no la veo.

BLANCA ESPINAR.— ¿Ni siquiera Carmen Conde?

MOSTAZA.— Carmen Conde tiene un gran temperamento poético, pero le falta brida.

NOVAIS.— ¿Qué quiere decir con que le falta brida? ¿Qué fluctúa acaso?

MOSTAZA.— Eso es; se va en



unos poemas y otros y nunca es la misma. Tener brida es el caso de esas dos mujeres extraordinarias: Delmira Agostini y Gabriela Mistral, que de un poema dulce a un poema tremendo siempre son las mismas.

ALVAREZ.—Ahora que ha surgido América, ¿quiere decirnos cuál considera el mejor poeta de allá?

MOSTAZA.—Para mí el mejor poeta de América es Vallejo, y también incluiría como uno de los mejores a Dulce María Loy-naz, que tiene la misma altura poética que pueda tener un hombre.

BLANCA ESPINAR. (*Saltando a otro tema.*)—¿Usted qué poesía prefiere, la de Juan Ramón o la de Antonio Machado?

MOSTAZA.—Juan Ramón es la variedad, pero Antonio Machado es la poesía pura. Todavía no se le ha hecho la justicia debida a Antonio Machado; cuando se le haga, se le considerará como el mejor poeta español de nuestro siglo.

NOVAIS.—¿A qué poeta cree usted que siguen los jóvenes poetas de hoy?

MOSTAZA.—Sin lugar a dudas a Alexandre.

BLANCA ESPINAR.—¿Qué poesía prefiere usted, la de imágenes o la de pensamiento?

MOSTAZA. (*Sin dudar.*)—La de pensamiento, aunque a mí se me ha reprochado mucho que hago demasiada poesía de imágenes.

### LOS MEJORES NOVELISTAS, GIRONELLA, ROMERO Y CELA

ALVAREZ.—¿Quiere hablarnos algo de la novela española? Quisiéramos unos nombres de novelistas actuales.

MOSTAZA.—No me gusta personalizar, pero para mí un novelista excelente, estupendo, es Gironella. Si Gironella escribe otra novela, será sin duda la gran novela del siglo, pues habrán acabado de perfilarse en ella sus magníficas dotes de escritor. También me parece muy bueno Luis Romero.

ALVAREZ.—¿Y Cela?

MOSTAZA.—Lo estaba dejando para el último, porque Cela es sencillamente extraordinario. Su «Viaje a la Alcarria» es lo mejor que yo he leído hablando de España.

BLANCA ESPINAR.—¿Mejor que Azorín y mejor que Eugenio Noel en sus libros describiendo Castilla?

MOSTAZA.—Infinitamente mejor.

### AUNQUE SE HA HABLADO MUCHO DE ELLO

ALVAREZ.—¿Qué le ha parecido a usted la concesión a Churchill del Nóbel de Literatura?

MOSTAZA. (*Con jocosidad.*)—Un absurdo. Un completo absurdo y más en competición con Graham Green y Hemingway, que también se presentaban.

ALVAREZ.—¿Podía ser Juan Ramón un premio Nóbel?

MOSTAZA.—Desde luego; y



Bartolomé Mostaza y su esposa

también Baroja y Ortega y Gasset.

*Y así, con este tema de actualidad, terminamos la entrevista. En verdad estábamos un poco cansados. No había sido fácil el juego dialéctico. Mostaza, risueño e imperturbable, dueño de sí mismo, dominó siempre el ambiente de la entrevista.*

## BARTOLOME MOSTAZA ES EL CRITICO MAS RIGUROSO DE SU OBRA

ME resulta un poco azorante tener que retratar en unas cuartillas la manera de ser de mi marido. A través de quince años de casada con él y de veinte de conocerle y tratarle, me lo sé en todos sus pormenores. Le he visto en muchos trances de la vida, trances de dificultad y de esperanzas trabajando hasta el agotamiento, voraz lector, generoso y sin rencor para nadie.

Yo puedo asegurar que Bartolomé es modesto hasta el exceso. No frecuenta tertulias apenas. No mendiga jamás elogios. Carece de «rostro» para fingir sentimientos y tratar a personas que no le son gratas por inmorales o por rastreras o por torcidas en su intención. Tolera que las gentes tengan ambición, pero no pasa a admitir que esa ambición haya de ser realizada sin escrúpulos y aun saltando por las reglas de la moral. Bartolomé es de sentimientos muy delicados. Le asquea toda adulación, la mentira, el fariseísmo. Hasta en el orden estético tiene Bartolomé gustos de gran precisión. Jamás escribe a bulto, sino que se documenta mucho, estudia los problemas, consulta buenos libros.

¡Le conozco tan por menudo! Para mí es Bartolomé un libro abierto; se muestra reservado en sus momentos de pesimismo o de amargo desengaño, pero aun entonces adivino su sufrimiento. El no querría que yo leyese esas páginas tormentosas de su vida porque opina que las penas deben aguantarse y no extenderlas a los demás. Hombre de gran ternura, sufre mucho con la zafiedad espiritual. Por eso, sin duda, Bartolomé es tan padrazo con sus hijos. Ellos le quieren con una jubilosa alegría. Yo le sorprendo con frecuencia escribiendo o leyendo, mientras tiene a algunas de sus hijitas sobre las rodillas. Les da un lápiz y un papel y ellas están caraditas, contentas, sin chistar, sintiéndose orondas de estar con su papá. «¿Pero no te distraen para escribir esas pitusas?», le digo entonces.

Y Bartolomé me mira, me sonrío y me señala las cuartillas que está escribiendo:

—Ya ves, querida, que no me estorban.

Así le he visto escribir artículos, reportajes, editoriales, hasta muchas poesías. A mí, a veces, me parece imposible que Bartolomé haya escrito en

esa forma de trabajar algunos artículos y poesías que después leo y se me antojan quizá de excesiva minucia estilística y de complicado tejido intelectual.

Pero Bartolomé es así. Y porque es así y no de otra manera más a la llana, es un riguroso crítico de su obra. El crítico más riguroso. Yo misma, a quien Bartolomé suele leerle sus cosas mejores o sus «monstruos», me admiro de que pueda desdoblarse tan objetivamente y juzgar sus escritos como si fuesen de otro. Y conste que soy una lectora cuyo criterio suele Bartolomé acatar, aunque como todo artista concienzudo muchas veces «acata», pero no obedece. Cosa que a mí me lo hace más hombre y con más personalidad. Porque si algo está reñido con el modo de ser de Bartolomé es la veleidad. El agradece las críticas serenas e inteligentes que se le hacen y es muy respetuoso para los puntos de vista ajenos. Lo que detesta es la crítica resentida o baladí y también la charanga de bombo y platillo. Es insobornable hasta el sacrificio, y no se doblega más que a razones. Su timidez le hace a veces aparecer distante y cerrado en sí mismo. Pero yo sé que nadie es más amigo que él de sus amigos, aunque ello le cueste perjuicios.

Pero, sobre todo, Bartolomé es hombre de hogar. Quizá cometa una tontería al decirlo; pero es un rasgo esencial de su carácter. Bartolomé es un padre que siente especial placer en alegrar a sus hijos con una sorpresa. En cuanto a mí le gusta llevarme al teatro, a las Exposiciones, a los conciertos, porque sabe cuánto disfruto yo ante un buen cuadro, ante una bella escultura u oyendo una sinfonía.

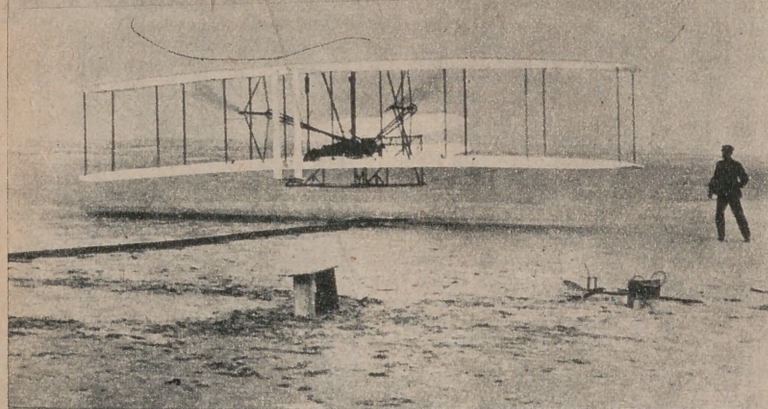
¿Su defecto? ¿Pero es que Bartolomé tiene algún defecto? Como no sea su timidez o su pesimismo a veces. Pero eso es cosa de sus arrechu-chos hepáticos, que, por cierto, no le agrian el carácter, sino que le hacen silencioso.

Mi más vivo deseo es envejecer con él hablando de los hijos, leyendo libros hermosos y hablando humildemente con Dios todos los días.

Sara MARTINEZ FERNANDEZ DE PUGA  
DE MOSTAZA



Fotografía del primer vuelo «con una máquina más pesada que el aire», el 17 de diciembre de 1903



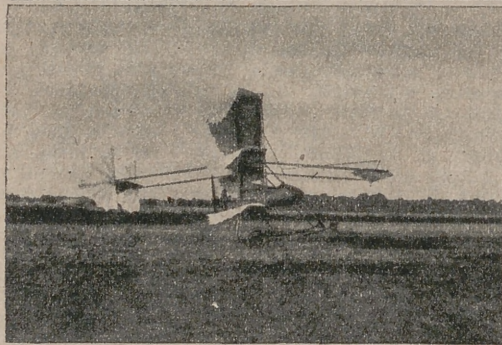
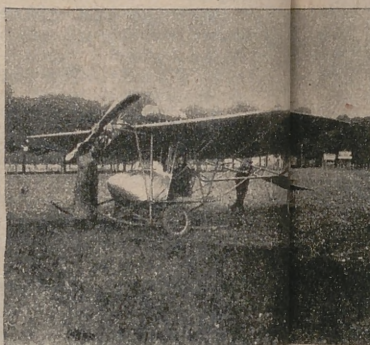
## EL ENORME AVANCE DE LA AVIACION EN CINCUENTA AÑOS TIENE PAR EN EL MUNDO

EL 17 de diciembre de 1903, «una frágil estructura de metal, madera y tela se elevó vacilante en el aire y voló unos centenares de metros a lo largo de una playa de la Carolina del Norte». Desde aquel día, cincuenta años transcurridos del acontecimiento, el espacio aéreo se ha convertido en vía pública del comercio mundial. Orville y Wilbur Wright, que así se llamaban los alternantes pasajeros, volaron en aquella «frágil estructura de metal, madera y tela» tan felizmente revivida en el hallazgo expresivo de la memoria de la O. A. C. I. que reproducimos—doscientos sesenta metros, a tres del suelo, en cincuenta y nueve segundos. Dieciséis kilómetros a la hora, con un viento de cara moderadamente fuerte. Tres años después, Santos Dumont estableció el primer récord aéreo de velocidad a la sorprendente y vertiginosa impulsión de 41,8 kilómetros.

Cincuenta años se han cumplido ahora de aquel vuelo con motor y los aviones superan ampliamente la velocidad del sonido, cien veces más rápidos que el aparato de los hermanos Wright. El avión experimental Douglas «Skyrocket» consiguió 1.992 kilómetros por hora el pasado año, y el Bell X-1B, construido en Estados Unidos, tiene prevista una velocidad máxima de 2.570 kilómetros por hora a 21.000 metros de altura. Tan enorme avance en tan corto tiempo no tiene igual en la historia del mundo.

### DE ARRIESGADO DEPORTE A MEDIO DE TRANSPORTE EFICAZ

El hombre consiguió volar, al fin, en el auténtico y eficaz sentido de la palabra. Podía trasladarse de un punto a otro por el aire, y por sus propios medios—como Blériot saltaba sobre el canal de la Mancha el 25 de julio de 1909—sin pedir permiso para atravesar territorios sujetos a soberanía nacional, pues el aire, como la alta mar, pertenecía a todos. La aviación—si tal po-



Distintos modelos de aviones en los primeros tiempos de la navegación aérea

dría llamarse al vacilante vuelo en el espacio aéreo—tenía entonces un carácter eminentemente deportivo, de alegre experimentación de materiales, técnicas y hombres. En 1911 ganaba Vedrines la carrera aérea París-Madrid. Se consagraba con ello el carácter turístico del nuevo modo de viajar, sancionado ya con

la institución de la Federación Aeronáutica Internacional en 1905, recomendada por el Congreso Olímpico de Bruselas.

Naturalmente, con la utilización militar del avión surgió su perfeccionamiento. Y lo que parecía reducido a una mera aplicación deportivo-turística, se convirtió en un medio de transporte

# DE LOS HERMANOS WRIGHT A LA O. A. C. I. EL ESPACIO AEREO, VIA PUBLICA DEL COMERCIO MUNDIAL

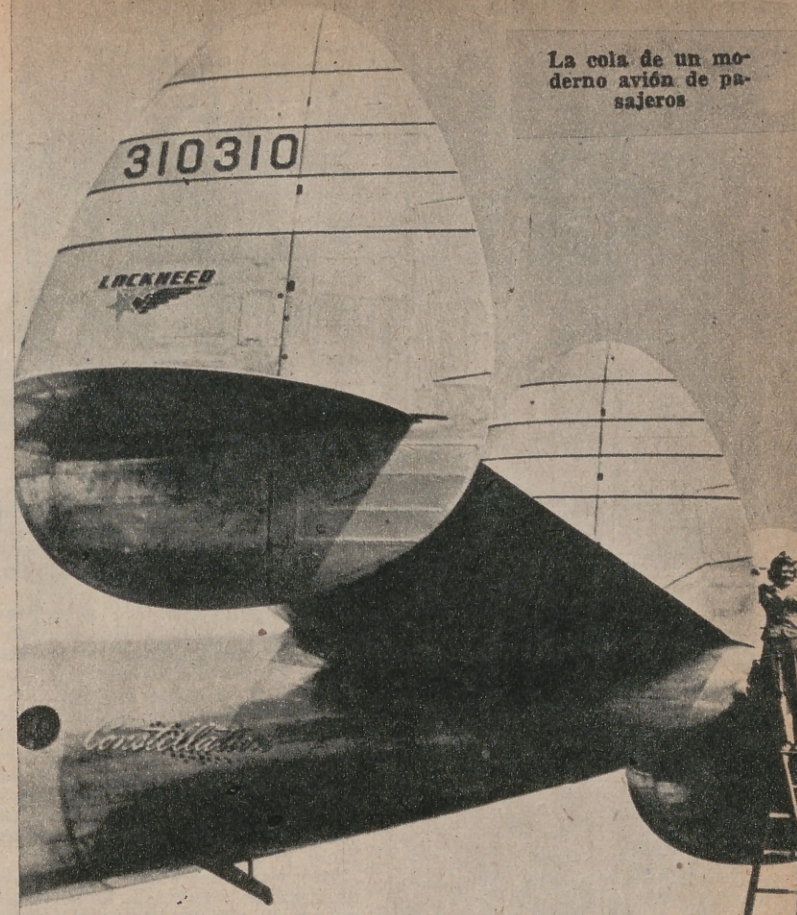
eficacísimo, de gran rendimiento. La red de rutas aéreas cubre hoy el mundo y aquellos primitivos y remendados artefactos de Ader, Pierpont Langley, Orville y Wilbur Wright, Santos Dumont, Farman, etc., transformados en grandes navios aéreos comerciales, trasladan hoy a cincuenta millones de pasajeros al año y recorren dos mil millones de kilómetros. (En 1952: 45 millones de pasajeros y 1.680 millones de kilómetros recorridos. Esto es, el 1.700 por 100 de aumento en pasajeros y el 532 por 100 en recorrido sobre 1937.)

El vuelo con motor se ha convertido, pues, en un poderosísimo medio de transporte en el breve plazo de cincuenta años.

### SE PLANTEA LA SOBERANIA DEL AIRE

La primera cuestión que planteó el nuevo modo de transporte, perfeccionado a partir de la guerra del 14 fué ésta: ¿La soberanía de cada nación, reconocida sobre el suelo y el subsuelo, se extendía también al espacio aéreo en su proyección vertical sobre el propio territorio? Aquí estribaba una cuestión importantísima que requería el concurso de aportaciones internacionales para su solución. La contestación a la pregunta fué afirmativa.

En 1919, como resultado de la Conferencia de la Paz, se firmó en París el Convenio Internacional de Navegación Aérea (C. I. N. A.), que intentaba solucionar en el ámbito de la cooperación los problemas que el libre uso del aire planteaba con el incremento del vuelo con motor. Tendía a resolver los aspectos técnicos de los vuelos internacionales, pues el Convenio establecía que cada nación era exclusivamente soberana en el espacio aéreo situado sobre su territorio. El Convenio lo firmaron tan sólo los países que concurren a la Conferencia de la Paz. Pero en 1922 catorce nuevos países lo habían suscrito y for-



La cola de un moderno avión de pasajeros

maban parte de la C. I. N. A., integrada en 1940 por 33 naciones.

### UN ORGANISMO PERMANENTE: LA O. A. C. I.

Los organismos intervenían en la Aeronáutica mundial; la F. A. I., en el aspecto deportivo y turístico de la aviación privada y la C. I. N. A., dedicada a promover el progreso de la aviación desde el Congreso de la Paz. Pero el desarrollo del transporte aéreo planteaba problemas graves que sólo podrían resolverse con una auténtica cooperación internacional. El Gobierno de Estados Unidos tomó la iniciativa e invitó a cincuenta y dos países aliados y neutrales, cuyos representantes se reunieron en Chicago en el mes de noviembre de 1944, donde estudiaron los problemas del transporte aéreo y suscribieron el Convenio de Aviación Civil Internacional.

La finalidad del Convenio de Chicago fué la de velar por el entendimiento y la amistad entre los pueblos suscitados por el desarrollo de la aviación civil internacional, estimular la cooperación entre ellos y evitar, en consecuencia, todo desacuerdo entre las naciones y los pueblos. Los Gobiernos lo suscriben—formaliza el Convenio—a fin de que la aviación civil internacional pueda desarrollarse de manera segura y ordenada y de que los servicios internacionales de transporte aéreo puedan establecerse con carácter de igualdad para todos y realizarse sobre base firme y económica.

En este momento surge la O. A. C. I., como organismo permanente encargado de la admi-

nistración de estos principios. En 6 de junio de 1945 se completa el número de estados requeridos para su definitiva constitución, bien que durante veinte meses la Organización Provisional (O. P. A. C. I.) desbrozó el camino. Por fin el 4 de abril de 1947 comienza a funcionar de manera definitiva y con propia personalidad la O. A. C. I.

### LAS CINCO LIBERTADES

La Conferencia de Chicago redactó dos acuerdos para resolver la controversia suscitada por el intercambio comercial en la aviación civil internacional: el Acuerdo sobre Tránsito de los servicios aéreos internacionales y el Acuerdo sobre Transporte aéreo internacional. En ellos están contenidas las cinco libertades del tráfico aéreo, conferidas a todos los Estados contratantes: 1.º, el privilegio de volar sobre el territorio de cualquier otro Estado contratante, sin aterrizar; 2.º, el privilegio de aterrizar para fines comerciales; 3.º, el de desembarcar pasajeros, correo y carga tomados en el territorio del Estado de la nacionalidad de la aeronave; 4.º, el de tomar pasajeros, correo y carga, destinados al territorio del Estado de la nacionalidad de la aeronave, y 5.º, el de tomar pasajeros, correo y carga destinados a cualquier Estado contratante y el de desembarcar pasajeros, correo y carga procedentes de cualquiera de dichos territorios.

Al Acuerdo de Tránsito que comprende los dos primeros puntos enunciados se han adherido 41 países hasta el mes de abril





En esta foto, junto a un aparato prehistórico, los cuatro primeros pilotos de la aviación militar española: Vives, Kindelán, Herrera y Martínez de Baños

órganos administrativo y legislativo son la Asamblea y el Consejo, compuesto éste por 21 Estados que la Asamblea elige por periodos de 3 años. En este Consejo tiene puesto España desde julio de 1950, y ha resultado reelegida en Brighton (Inglaterra)—el pasado mes de julio—al finalizar el tercer año de su mandato. Cuenta hoy con 59 Estados contratantes, recién ingresados Libia y Corea.

Independientemente de su finalidad de regular la aviación civil en el ámbito mundial, tiene la O. A. C. I. cometidos concretos localizados en ámbitos más reducidos. Para desarrollar estas misiones ha establecido la organización regiones geográficas diferenciadas entre sí por el aspecto particular de los vuelos: Africa-Océano Indico, Caribe, Europeo-Mediterráneo, Oriente Medio, Atlántico septentrional, Pacífico, Sudamérica y Atlántico meridional, Asia suboriental. La primera, de la que forma parte España, celebra una importante reunión en Canarias desde el 17 del pasado mes de noviembre.

Las reuniones regionales como esta que la región Africa-Océano Indico ha celebrado recientemente en Canarias, tienen la finalidad de preparar planes regionales de navegación en los que consten las deficiencias que se observan en el tráfico aéreo: aeródromos, comunicaciones, servicio meteorológico, control de tránsito aéreo, etc., y se establezcan las instalaciones y servicios necesarios dentro del ámbito regional. Normalmente, antes de la constitución de la O. A. C. I., eran las mismas empresas del transporte aéreo las que preparaban los planes de nuevas rutas internacionales.

A esta II Conferencia Regional Africa-Océano Indico, que se clausuró hace poco en Canarias, han concurrido los siguientes países: Argentina, Australia, Bélgica, Brasil, Ceylán, Dinamarca, Egipto, España, Estados Unidos, Etiopía, Francia, Grecia, Holanda, India, Irán, Israel, Italia, Jordán, Líbano, Libia, Noruega, Pakistán, Portugal, Reino Unido, Siria, Suecia, Suiza y Unión Sudafricana. La mera relación de Estados que enviaron representantes a esta Conferencia da idea de la repercusión mundial que tienen siempre los Planes Regionales confeccionados en ella.

## DOS CORREDORES AEROS DE VEINTE MILLAS DE ANCHURA

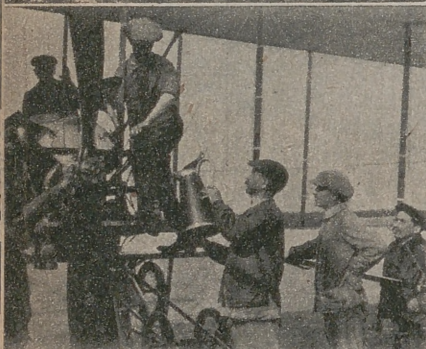
La solución de controversias surgidas entre los Estados miembros de la O. A. C. I. es, naturalmente, uno de los más importantes cometidos que corresponden a este organismo internacional, precisamente por la misma índole del convenio original suscrito en Chicago: velar por el entendimiento y la amistad entre los pueblos suscitado por el desarrollo de la aviación civil internacional. Hasta ahora la O. A. C. I. sólo ha intervenido en una disputa sometida al Consejo por el Gobierno de la India, que en abril de 1952 se quejó de que Pakistán impedía los servicios aéreos directos a Afganistán al negarse a conceder permiso para que aviones indios volaran sobre una zona prohibida, fronteriza con Afganistán. En el mismo año se logró un arreglo amigable en virtud del cual se abren dos corredores de veinte millas de anchura a través de la zona prohibida, navegables por las aeronaves indias y la compensación del combustible necesario para este vuelo, visto el rodeo que representa.

El segundo objetivo lo cumple la Comisión de Aeronavegación, a la que corresponde, además de los planes regionales y la preparación de normas de carácter internacional para la navegación aérea, el establecimiento del lenguaje aeronáutico internacional, los programas de instrucción aeronáutica, el código internacional de aeronavegabilidad y otros.

## FACILIDADES Y SIMPLIFICACIONES

Es éste el segundo órgano subsidiario del Consejo de la O. A. C. I., establecido especialmente por el Convenio de Chicago para facilitar el transporte aéreo internacional, simplificando las formalidades exigidas para el movimiento de aeronaves, sus pasajeros y su carga a través de la frontera, ya que el tiempo perdido al cumplir excesivas formalidades de aduanas, etcétera, suele recargar en un tanto por ciento muy elevado la duración del viaje aéreo.

Para remediar estas dificultades



Sejeas estampas en un viejo aeródromo



El capitán don Angel Martínez de Baños, uno de los primeros pilotos de la aviación española

de este año; al Acuerdo de Transporte, que comprende los otros tres puntos enumerados, se han adherido 12 países.

## PLANES REGIONALES DE NAVEGACION

La O. A. C. I. es un organismo especializado de las Naciones Unidas en virtud de protocolo solemnemente firmado por el presidente del Consejo y el secretario general de las Naciones Unidas el 3 de octubre de 1947. Sus



des adopta la O. A. C. I. normas de carácter general y métodos recomendados que tienden a facilitar el transporte aéreo internacional, simplificando los trámites que lo entorpecen. Documentación, visados de entrada, tránsito directo, etc., son regulados hoy en virtud de acuerdos suscritos por más de 30 países miembros de la organización. En algunos casos, por acuerdos bilaterales o regionales, y por aceptación colectiva en otros, se van resolviendo ya las cuestiones correspondientes a derechos comerciales, vuelos no regulados, impuestos, derechos por el uso de los aeropuertos y de sus instalaciones, y otras tan importantes, por ejemplo, como el correo aéreo internacional.

#### AYUDA COLECTIVA

Cada Estado debe suministrar en su territorio las instalaciones y servicios que precise la navegación aérea. Si añadimos a esto el que ciertos servicios han de ser prestados en alta mar, sin que a ninguna nación determinada incumba cumplirlo, deduciremos la importancia que el Comité de ayuda colectiva para los servicios de navegación aérea tiene la O. A. C. I., ya que las instalaciones son siempre costosas y no todos los países disponen de posibilidades económicas para montarlas.

Si un Estado solicita de la O. A. C. I. ayuda financiera o técnica para instalar convenientemente la recepción de aeronaves, el Comité de ayuda colectiva para los servicios de navegación aérea, que consta de nueve miembros, ha de realizar los estudios pertinentes para facilitar, si procede, la ayuda necesaria para que las instalaciones se monten.

Independientemente de estas ayudas colectivas para facilitar en los respectivos territorios la navegación aérea, el Comité de ayuda mantiene estaciones meteorológicas oceánicas en el Atlántico septentrional, instaladas sobre tierra firme, unas, y sobre barcos otras, conforme a un protocolo especial firmado en 1951. El Estado miembro que aportaba más dinero para sufragar estos gastos era EE. UU., al que correspondía una contribución del 45 por 100 en los servicios instalados en Islandia y Groenlandia, y el mantenimiento de quince de los veinticinco barcos-estaciones en el Atlántico septentrional.

En cuanto a la ayuda técnica, la solicitada por Estados miembros ha aumentado desde 250.000 dólares en 1951 a 1.000.000 de dólares en 1953.

#### EL MAYOR CONTRIBUYENTE: ESTADOS UNIDOS

El mayor contribuyente es, naturalmente, Estados Unidos. Todos los Estados contratantes se reparten la carga de los gastos con arreglo a una escala establecida en cada ejercicio anual, mediante un módulo de aportación considerado como unidad. El total de unidades contribuyentes

para 1953 fué de 1.504, repartidas entre 59 países. Los Estados Unidos figuran en esta escala en primer lugar con 405 unidades, seguidos de Inglaterra con 134, Francia 86, hasta las mínimas aportaciones de dos unidades de los últimos puestos de la lista, que corresponden a Bolivia, Haití, Jordania, Líbano, Liberia, Nicaragua, República Dominicana, Corea y Libia. España contribuye con 29 unidades, la cifra de Méjico y Suiza.

Finalmente, el presupuesto de la O. A. C. I., aprobado para 1954 en la pasada reunión celebrada en el mes de julio en Brighton, asciende a 3.200.000 dólares canadienses, inferior en 60.000 a la cifra a que ascendió el presupuesto para 1953.

#### «ES NECESARIO QUE HAYA VICTIMAS»

Las últimas palabras de Otto Lilienthal, pronunciadas en la clínica del doctor Bergmann en 1896, minutos después del accidente que le costaría la vida: «Es necesario que haya víctimas», constituyeron, durante algún tiempo, la más hermosa leyenda de los hombres-pájaros. Lilienthal, que con Ader forma la gran pareja de precursores de los hermanos Wright en Kitty Hawk preveía ya desde su salto mortal de 15 metros de altura, en el que resultó con la columna vertebral rota, tiempos de seguridad para el vuelo del hombre que, realmente, a cincuenta años de distancia, podemos admitir hoy como sorprendentemente milagroso.

España figura en primera línea en los esfuerzos y tanteos del descubrimiento del vuelo humano. Pagó también su tributo de sangre a la aviación en la persona del aviador e inventor Antonio Fernández, natural de Aranjuez, constructor de aviones. Y así, uno de los tres accidentes mortales ocurridos entre los pilotos más señalados en 1909, fué el que costó la vida a este español, Antonio Fernandez, inventor que compar-



La aviación presta actualmente grandes servicios de la más diversa índole. En esta fotografía vemos un aparato arrojando desinfectante contra plagas agrícolas sobre una zona forestal de los Estados Unidos.

te la trágica distinción con Ferber y Lefèvre.

De entonces acá, y especialmente gracias a estas Organizaciones internacionales, que reglamentan e impulsan la navegación aérea, el riesgo del vuelo ha disminuído en proporciones increíbles. En los años 1925 a 1929 el riesgo de vuelo presentaba un trágico balance de 45 muertes por cada 100 millones de pasajeros-millas. Y veamos: el año 1952 esta cifra se reduce a 1,88 muertes por cada 100 millones de pasajeros-millas.

\*\*\*

Transcurren ahora cincuenta años desde aquel 17 de diciembre de 1903 en que, por primera vez, logró el hombre volar con aparatos más pesados que el aire, provistos de motor. Desde entonces, el océano aéreo, navegable sin interrupción, que lleva a las puertas de toda la tierra, se recorre un día y otro a velocidades impresionantes y en insospechadas condiciones de seguridad. Wilbur Wright tenía una gran silueta y una admirable cabeza de pájaro, tal como cumplía a su afición. Pero es obligado, al recordar su nombre, recordar también el del astrónomo Samuel Pierpont Langley y el del viejo ingeniero constructor de puentes, Chanute, que encaminaron realmente a los hermanos Wright hasta llegar a ser los primeros aviadores del mundo.

CARLOS FOYACA





# LA HUIDA

NOVELA

Por Fernando - Guillermo DE CASTRO

EL tren había llegado con diez minutos de retraso. Juan bajó un poco la cabeza y miró por la ventanilla; el cielo azul parecía sucio, como si el humo de la estación lo embadumara con sus nubes densas y oscuras. El trozo de cielo que recuadraba la ventanilla abierta del vagón lo cruzaban velozmente unos puntos negros, que desde lejos parecían moscas y él sabía que eran golondrinas. Se abrochó el botón de la chaqueta, bajó de la red su maletín y dió tres pasos hacia el pasillo. Se detuvo porque una mujer gorda no le dejó pasar. La gente formaba una fila desorganizada en medio del vagón, avanzando lentamente en dirección a las dos plataformas. Nadie se hallaba sentado en los bancos de madera, que parecía barnizada con miel. Desde las bombillas brillantes bajaba una densa y fina lluvia de luz anaranjada, que caía sobre las cabezas de todas aquellas personas, viajeros de tercera clase. Juan sentía un fresco tibio pegado a su espalda, que le humedecía con frío los calcetines, y notaba que su alegría contenida esperaba tras la puerta de la impaciencia, como un perro atado que deseara echar a correr. Miró la cabeza de la mujer gorda que se hallaba delante de él: una cabeza redonda, chiquita, de pelo corto y pegajoso, mate, curvado de diminutos ricitos, obtenidos gracias a la popularísima permanente «Sol-riza». Oía mal, como a jabón seco, a jabón elaborado con sebo. Juan tardó seis o siete minutos en alcanzar la puerta de la plataforma, en poner el pie en el estrecho, color humo intenso. Las voces de la gente quedaban pequeñas en la estación del Norte, como si en vez de elevarse hacia la enorme marquesina de hierro se cayeran al suelo igual que los carbones quemados, convertidos en pedregos de escoria, que inundaban las vías. La gente caminaba aprisa por los andenes grises y brillantes; en su mayoría eran paletos y provincianos que venían a visitar a sus familiares residentes en Madrid. Las mujeres llevaban pesadas cestas de mimbre y paquetes envueltos en arpillera. Varios gallos sacaban sus crestas rojas de algunas cestas. Al lado de Juan caminaba un hombre de tez quemada por el sol y manos encallecidas por el arado. Vestía chaqueta y pantalón de pana negra, camisa blanca, blanquísima, y se tocaba con una boina pequeña. Aquel campesino de la tierra castellana llevaba cogidas por las patas, atadas en buen racimo de patas floridas de uñas, tres gallinas rubias, que levantaban las cabezas, alargando sus cuellos de plumas tiesas. Las gallinas iban con los picos abiertos, sofocadas, y los ojos redondos, asustados, negros, con un círculo dorado en el centro.

de cartón avellana, todos agujereados dos o tres veces y cruzados por una franjita roja. Junto a la puerta de salida, dos carabineros de uniforme verde, armados con sendas pistolas y porras, medidas en fundas de cuero negro, examinaban los bultos de los viajeros recién llegados. Pocas personas se decidieron a tomar alguno de los taxis que esperaban fuera; la mayoría se lanzó en tropel escaleras abajo del Metro. Juan compró un billete rosa de taco a un chiquillo para no tener que ponerse a la cola. El Metro oía a sudor y el aire parecía humedo y pesado, pegajoso. Consultó la hora en el reloj eléctrico de la cabina del jefe de estación; eran las ocho y diez en punto. Pensó que, todo lo más, a las nueve menos veinte estaría con Carmen; la alegría y la impaciencia se le removieron dentro del pecho y del vientre. ¡Hacia dieciséis días que no se veían! En los dieciséis días, sólo dos conferencias telefónicas, de tres minutos de duración cada una... Juan se palpó la abultada cartera por encima de la chaqueta y se dijo a sí mismo, bastante contento:

—Bueno; pero este viaje me salió bien. Trescientos relojes vendidos y trescientos duros ganados. ¡Qué alegría se va a llevar cuando le ponga las mil quinientas pesetas en la mano!... La pobre necesita hacerse algún traje de verano y comprarse un par de zapatos, aquellos blancos que vimos en la calle de Fuencarral. Yo le regalaré un bolsillo. ¡También un bolsillo! Y la llevaré a cenar una noche a «Gambirinus» o a «Botín», aunque haga calor... La gusta tanto cenar en buencos sitios... ¡Carmen, te lo prometo todo, te lo voy a prometer dentro de unos minutos, después de unos cuantos besos!... ¡Esto es para tí!...

Los ojos amarillos del convoy asomaron dentro del túnel y en pocos minutos se quedó estirado a lo largo de todo el andén, quieto, rojo, vacío, con las puertas abiertas de par en par, girando sus ventiladores del techo y la máquina haciendo tacc-tac-tac. Sin embargo, Juan tuvo que entrar a empujones. Una voz ronca, amarga, dijo por allí cerca:

—¡Qué m... de servicio! Claro, como la Compañía gana tan poquito dinero y paga jornales tan altos...

Un obrero que regresaba del trabajo, con la tartera de aluminio vacía en la mano manchada de cal, comentó con una sonrisa hundiéndose en las arrugas profundas de su rostro sonrojado y barbudo de cuatro o cinco días:

A la salida de la estación, unos empleados de la R. E. N. F. E. exigían la entrega de los billetes

—¡Bah, amigo! ¡Qué cosas se le ocurren a «ustez»! Tenemos el servicio que nos merecemos; nosotros, como las sardinas en banasta. Para eso van siempre otros en coche. ¿No lo ha comprendido «ustez» «entodavía»?

Juan sentía el sudor en las axilas y en la nuca y alrededor de las orejas; algunas gotas de sudor le escurrían por el pecho y le picaban; pero no se podía mover, ni siquiera le resultaba posible levantar una mano para aplastar contra la camisa las gotitas de sudor que le bajaban por entre los pelos del pecho. Cuantas personas le rodeaban, apretaban sus cuerpos contra el suyo, llevaban la frente goteada de sudor. Ver aquellas frentes grasientas y sudorosas le repugnaba bastante. Clavó los ojos en el techo blanquecino del vagón, en el techo con bombillas encendidas. Al abrirse las puertas en la estación de Opera, Juan empujó y fué empujado a su vez; en cuanto pisó el andén, aspiró con fuerza, hasta llenar de aire sus pulmones, y lo expulsó soplando poco a poco, con los carrillos hinchados, mientras se enjugaba el sudor de la frente con el pañuelo, se aflojaba el nudo de la corbata y se ahuecaba con un dedo el cuello arrugado de la camisa.

—Cada día odio más el Metro, y lo tengo que tomar, a la fuerza... Parece una condena, una maldición, es una maldición.

Acaso Juan Cifuentes, de oficio viajante de comercio, de treinta y cinco años de edad, nacido en Puzuelo de Alarcón, resultara excesivamente fatalista en sus ideas. No obstante, gozaba de alta consideración entre sus amistades y conocidos, pues la mayoría le juzgaban hombre inteligente, si bien no dotado con exceso para su trabajo. Porque Juan Cifuentes era demasiado aficionado a los libros, a la lectura de grandes y pesadísimas novelas, que nada útil le podían enseñar. Todo el mundo estimaba que ésta, y no otra, era su desgracia. ¡Ah, si el viajante de comercio Juan Cifuentes hubiera sido capaz de dedicarse solito y por entero a su trabajo!...

En Opera transbordó para tomar la línea de Cuatro Caminos. El nuevo convoy iba bastante menos lleno; al fondo del vagón descubrió a una muchacha muy mona, aunque mal trajeada. Ella se dió cuenta de que Juan la miraba con insistencia y se quedó mirándole a él con desdén. Juan se fijó en sus labios untados de carmín.

Se apeó en Quevedo. Subió las escaleras con unas tremendas ganas de echar a correr dentro de las piernas, pero sin poder hacerlo. Porque delante de él subía una manada de animales cansinos, de seres indiferentes y desconocidos, que Juan iba maldiciendo para sus adentros, escalón a escalón. Apenas sacó la cabeza a la altura de la calle, un venticillo fresco y limpio le alborotó el cabello y

le sopló en el sudor, helándose al momento. Se detuvo junto a la misma entrada del Metro. A su lado, unas mujeres voceaban la Prensa de la noche:

—¡«Madrid», «Pueblo», «Informaciones»!  
Juan contempló la glorieta de Quevedo durante unos segundos; dejó la mirada sobre los jardincillos del centro. Árboles y tierra imposibles, pensó. Nadie podía alcanzar aquella isla perdida en medio de la monstruosidad, aquella isla verdadera, con relativa tranquilidad y un poco de silencio en medio de la locura. Aquellos árboles, aquellas simples acacias y aquellos palmos de tierra con césped o sin él se convertían en algo prohibido por culpa de los tranvías, y de los coches, y de los autobuses, y de los guardias de la circulación, por culpa de todos. Escuchó el piar fortísimo de una golondrina que debió pasar volando muy bajo y bastante cerca de su cabeza. Alzó los ojos al cielo; todavía no era de noche y las golondrinas cruzaban como flechas negras. El cielo se hallaba inundado de encantadoras y salvajes golondrinas. Juan recordó sus años de crío, los años del pueblo. ¡Cómo le gustaba ir a coger nidos y a pescar peces!...

La tarde era deliciosa, una magnífica tarde de primavera. Juan se sonrió. ¿Por qué motivo se le ocurrirían tantas majaderías? ¿Para qué necesitaba liarse en pueriles y absurdas consideraciones en torno a la glorieta de Quevedo? Se aseguró con sorna que no podía arreglar nada y, por último, admitió la posibilidad de que todo se encontrara bien dispuesto y anduviera organizado a las mil maravillas. Lo importante era que le separaban pocos pasos de Carmen y que llevaba mil quinientas pesetas en la cartera; se la volvió a palpar por encima de la chaqueta. Una vez le robaron una pluma estilográfica en el Metro, claro que de aquello hacía bastantes años. Echó a andar de prisa. En las terrazas de los bares había bastante gente sentada y una multitud inmensa parecía que paseaba por la calle. Desde lejos vió el portal, como de costumbre, poco iluminado. Pronto haría un año que entró en él por vez primera. De un salto subió los tres escalones de mármol blanco y puso la mano en el picaporte del ascensor. Se dió cuenta de que la portera se había asomado para verle y le desagradó despertar aquella curiosidad.

¡Maldita vieja bruja y alcahueta! Por la escalera bajaba una criada con una lechera colgada al brazo. Cerró bien las puertas del ascensor y dió al cuarto piso; las tablas de aquel inhumano cajón se hallaban totalmente cubiertas de arañazos, de palabras imbéciles y de nombres personales. Trató de descubrir el de Carmen y no lo consiguió, gracias a Dios. Si lo hubiera visto rayado por allí, se habría llevado un disgusto; en la casa vivían demasiados jovencitos asquerosos. Pulsó el timbre de la puerta y le oyó sonar, apagado, cerca de la cocina. Dió otro timbrado y otro más. Miraba la puerta de madera oscura, la mirilla cerrada. Volvió a llamar; el timbre sonaba al otro lado, en el silencio. Se impacientó. ¡No, Carmen no podía estar en la calle! Frunció el entrecejo y se mordió el labio inferior por dentro. Apoyó las manos contra la puerta, se le crisparon sudorosas y frías, y empujó con desesperación, inútilmente. Al fin, se abrió la mirilla.

—¡Soy yo!—dijo Juan en voz baja, al tiempo que suspiró con descansos.

Carmen abrió; todo estaba a oscuras. Sin embargo, los dos se encontraron en seguida y se abrazaron. Juan apretó sus labios contra los de ella. Carmen cerró la puerta de un golpe y la oscuridad se hizo más intensa. Al fondo del pasillo había una luz: era la del cuarto de baño.

—Pero, ¿por qué no me has avisado que venías? Pudiste ponerme un telegrama. No tengo cena... ¡¡fíjate!

La pellizcó en una mejilla y le llenó de gozo sentir su carne apretada entre las yemas de los dedos.

—No te preocupes; iremos a cenar a... cualquier sitio.

—¡Sí, de verdad? Vienes muy optimista, cariño...

Juan la soltó y dió la luz. Ella retrocedió unos pasos y se apoyó contra la pared. Juan la volvió a abrazar, a besarla con fuerza. La dijo al oído:

—¡Te adoro!... ¡Cuánto te he echado de menos durante estos días!

Ella le miró con picardía a los ojos, esbozó una sonrisa y le preguntó:

—No nos quedaremos aquí toda la noche, ¿verdad?

Carmen se apartó de pronto, dando a su movimiento una relativa violencia, para simular que se acababa de molestar. Juan la observó dudoso;



nunca distinguía bien cuándo sus enfados eran una farsa y cuándo una realidad. Porque Carmen se enfadaba súbitamente, por motivos que él era incapaz de comprender.

—¿Qué te pasa, mujer?

—No me pasa nada, hombre.

Juan se echó a reír.

—¿Qué quieres, Carmen?

Ella le tomó por una mano y le condujo al gabinete. Encendió una pequeña lamparita que había sobre la mesa-camilla y le dijo:

—Mira, estate aquí mientras me baño. Tengo el agua preparada y se me va a enfriar; en el momento en que llamaste a la puerta me iba a quitar la bata.

Cogió un periódico que había encima de una silla y añadió:

—Toma, para que te entretengas un poco; es el de esta noche. Lo subí bastante pronto porque pensaba acostarme después de tomar el baño. Ahí tienes también todas esas revistas atrasadas, ya lo sabes—y le señaló un montón de revistas ilustradas que había en el suelo.

Carmen le lanzó un beso con la punta de los dedos y se marchó dando saltos, golpeando con los tacones de sus zapatillas azules los baldosines del suelo. No, no se había enfadado, como era natural. En principio, temió que le pudiera haber molestado su llegada sin previo aviso. Juan la siguió de puntillas y asomó la cabeza al cuarto de baño; Carmen no se había quitado todavía la bata. El agua verdosa y transparente despedía un buen vaho; la encantaba meterse en agua muy caliente. El estropajo le recordó a Juan un trozo de «palciú» mascado, esas raíces dulces que chupan los niños a la salida del colegio. Junto al estropajo estaba la pastilla de jabón de coco. Y la toalla de baño, allí cerca, sobre la banqueta. Carmen se había descalzado y pisaba con sus pies desnudos la alfombra de corcho; pateó un poco, como si se comenzara a poner nerviosa, hizo unos pucheritos con la cara y le dijo en tono triste:

—Vete, anda; tardaré poco.

Juan movió la cabeza afirmativamente, con una mueca de risa arrugándole el rostro. Le hacían mucha gracia sus gestos. Entonces Carmen le pidió otro beso. El se acercó, con cuidado de no pisar la alfombra de corcho, y la dio un beso en la cara, como si se tratara de una niña pequeña.

—¡Vete!

Juan fingió que el grito le había asustado y salió del cuarto de baño, lleno de un aire húmedo y caliente. Se dirigió al gabinete y se sentó en una butaca. Sacó la petaca y el librito del papel de fumar y lió un cigarrillo. Inconscientemente, se hallaba contrariado, entristecido. No veía por ninguna parte la necesidad imprescindible que había tenido para meterse en el agua a los cinco minutos de su llegada; si lo hubiera hecho él, habría parecido más lógico. Porque había llegado sucio, tiznado por la carbonilla del tren y cansado.

—Nunca llegaré a comprenderla, nunca. Yo habría sido incapaz de hacer cosa parecida. A pesar de que sea un tópico, me parece una gran verdad, una desgraciada realidad: el hombre es incapaz de comprender a la mujer... Claro que igualmente cierta resultaría la afirmación contraria: la mujer no sabe entender al hombre... No, no debo abandonarme a semejantes ideas; lo único que conseguiría sería destruir nuestro amor, y yo lo desearía con locura, lo necesito. Porque nuestro amor depende, en gran parte, de mí. Yo soy quien debe preocuparse más por su perfecta conservación, me exige que sacrifique todo a su salud, la salud del amor es importantísima. Ha de ser comprensivo con ella, es mi deber admitir, sin discusión, cuantas culpas recaigan sobre mí, que serán casi todas. ¡Cuántas veces habré repetido a mis amigos que el hombre soportará los deberes y la mujer detentará, en cambio, todos los derechos del amor!

Estas personales teorías que Juan Cifuentes se había elaborado para uso personal, se asentaban sobre la piedra tremenda de su escondido orgullo: se consideraba un hombre inteligente, fuera por completo de lo normal. El podía comprender con harta facilidad lo que los demás ni alcanzaban a ver siquiera. Carmen no era una muchacha tonta, pero tampoco se podía decir que poseyera talento, ni muchísimo menos. En esta diferencia intelectual que mediaba entre los dos Juan descubriría la razón que le obligaba a comportarse así; su más clara inteligencia y, por tanto, su mayor resignación para todo, se lo exigían, constituían su tremendo sentido de la responsabilidad.

Uno de los pájaros pió. Volvió la cabeza pa-



pareja y el solitario; él mismo lo bautizó con este nombre el primer día que subió a la casa. Encendió las luces de la lámpara que colgaba del techo y el gabinete perdió su tono íntimo, que se lo daba, simplemente, la luz de la jamparita que había encima de la mesa-camilla. Juan se acercó a las jaulas de los pájaros y los tres comenzaron a piar con insistencia; los pájaros estaban acostumbrados a que cuando Carmen se acercaba a ellos les llevara unas miguitas de pan. Desde el cuarto de baño llegaba el ruido de la ducha. Y también se oía a Carmen moverse dentro del agua, enjabonarse y aclararse luego.

Carmen gritó:

—¡Juan, escúchame!

Juan levantó también la voz para hablar.

—Te escucho, dime.

—¿Te salieron bien las cosas esta vez?

—¡Bah..., no salieron mal del todo!

—¿A que pensaste que no me ibas a encontrar en casa a estas horas? ¡Fíjate, estoy segura de que por eso no me pusiste un telegrama, para cogermelo de sorpresa! Cuidado que eres desconfiado conmigo. Y no tienes motivo, me parece a mí...

Como Juan no parecía dispuesto a contestar, ella prosiguió a gritos:

—¡Juan, oye!

—Te estoy escuchando. ¿Quiéres que vaya?

—No, prefiero que te quedes ahí... ¿No te molestará que hablemos, verdad?

—¡Qué tontería! ¿Por qué me puede molestar?

—Oye, Juan, ¿me vas a confesar de una vez por qué eres tan celoso?

Juan frunció el entrecejo, clavó la mirada en un punto perdido del aire iluminado, se cogió la punta de la nariz con una mano y dijo:

—Soy celoso, porque soy una persona consciente. ¿Comprendes?

—¡No, no te entiendo!

Juan pensó lo difícil que le iba a resultar explicarle cómo y por qué los celos son el alma del amor. Y renunció a ello con cierto fastidio.

—¡Juan!

—¿Qué quieres?

—¿Te molesto con tantas preguntas?

—No, no me molestas, mujer.

—¿Sabes que necesito hacerme un traje de verano? Por lo menos, uno, a no ser que prefieras que me muera derretida...

—Te lo prometí antes de marcharme a Medina del Campo. Y ahora...

—Y ahora, ¿qué?

—Nada, nada. Te lo diré luego, a la noche.

—¡No, cariño, te lo ruego, dime! Ahora! Ya es



de noche hace rato, asómate, si quieres, a la ventana y lo verás.

—Ahora, imposible, luego te lo diré.

—Bueno, pues no me interesa que me lo cuentes a la noche; ¡guárdatelo!

Juan había desdoblado el periódico sobre la mesa-camilla y lo estaba leyendo por encima; en ninguna noticia pasaba de los titulares. ¡Bah, la Prensa repetía siempre los temas eternos, los temas que determinaban el momento histórico presente! No le interesaban en absoluto. ¿Por qué le habían de interesar problemas que no requerían ni su opinión? Cogió el periódico, lo dobló y lo tiró sobre el diván. Los pájaros continuaban piando. También picoteaban los palitos de madera y los barrotes de las jaulas. Carmen permanecía dentro del agua, acababa de abrir un grifo. Sus baños duraban un buen rato, hasta que casi finiquitaba la pastilla de jabón de coco. Esta era su costumbre.

Dió la última chupada al cigarro y aplastó la colilla contra el cenicero. Se puso en pie; abrió la boca con fuerza, en un bostezo brutal, y se le llenaron los ojos de lágrimas. El había comprado la librería; era lo único que le pertenecía de la casa. Unos cuadritos con flores en colores adornaban las paredes del gabinete. No le gustaban aquellos cromos de margaritas, lirios y rosas; se le antojaban demasiado cursis. No obstante, no pudo convencer a Carmen para que los quitara. Dió unos pasos sobre la alfombra y se acercó a la mesita que había junto a la ventana. Tomó en la mano el portarretratos de piel y contempló una vez más la fotografía; era una muchacha joven con un extraño misterio en la expresión. Aquella muchacha estaba muerta, él no la había llegado a conocer. Lucía, la hermana pequeña de Carmen, había muerto en la alcoba pequeña de la casa, hacía tres años. A Juan le emocionaba un poco mirar la fotografía. Recordó la sepultura de Lucía en el cementerio del Este: una lápida de cemento blanqueado, a ras del suelo. De muchacho, cuando estudiaba el bachillerato, había padecido una fuerte necrofilia y había bajado de merienda varias tardes a los viejos cementerios románticos de Carabanchel, a las llamadas Sacramentales madrileñas. A esa edad no se sabe nada acerca de la muerte, y por eso no se la teme, es demasiado pronto.

—¡Juan! ¿Qué haces?

—Nada, te espero con paciencia—deletreó la última palabra.

—¿A que no has saludado a los pajaritos?

—¿No nos has oído charlar a los «cuatro»?

—A ellos, sí; pero a ti, no.

De nuevo sonaba la ducha; como no tuviera cuidado, cuando terminara de bañarse se tendría que tirar al suelo para recoger el agua que se habría

vertido. Juan se notaba impaciente; algo le quemaba por dentro le enloquecía los nervios. ¡Era una espera dolorosa, avasalladora!

«¡Las mujeres son unos bichos crueles!», se dijo para sus adentros.

Se volvió a sentar en la misma butaca de antes. —Juan, ¿a que no te imaginas quién me vino a ver el jueves pasado? No debiera contártelo, porque después te enfadas...

Juan pensó inmediatamente en Mercedes; no lo dudó un instante, seguro que había sido aquella maldita mujer.

—Pues no se me ocurre quién pudo venir a verte.

—Con lo que te he dicho, ya te podías haber dado cuenta...

«No conseguiré matar esa amistad, que no puedo sufrir. Mercedes me resulta odiosa, es una mujer repugnante, inmoral en el fondo. ¿Que la culpa de la separación no la tiene ella, sino su marido?... La tendrán los dos, más o menos. Y, después de todo, a mí no me importa quién fué el culpable. ¿Que Mercedes se comporta como una mujer decente? Lo ignoro; no me bastan las monsergas de Carmen en este sentido; la vida íntima no se distingue desde lejos. Tampoco se puede olvidar que Mercedes no es una mujer guapa, ni vistosa, ni agradable a los ojos. No la soporto. ¡Por su culpa!...»

—¿Te lo digo, te das por vencido?

—No supongo quién pudo ser, ni la más remota idea...

—Fue Julita.

—¿Julita?

—Sí, hombre, sí, Julita. ¿Por qué te extraña tanto?

—No me extraña, me sorprende nada más.

—A mí también me sorprendió. Ahora que me alegré mucho de verla. He estado muy mala. ¿Sabes? La tuvieron que operar de apendicitis y la encontraron pus en la tripa. Sintió mucho que tú no estuvieras en casa; me aseguró que se acercaría a vernos otra tarde cualquiera.

Los pájaros, más que piar, gritaban como locos, especialmente la pareja, que ocupaba la jaula grande. El solitario parecía, por lo general, bastante menos escandaloso. Con sus pitidos los pájaros daban la sensación de taladrar el silencio del gabinete, de romper los cristales del aire iluminado por la luz eléctrica. Había cesado el ruido de la ducha, pero Carmen continuaba lavoteándose dentro del baño.

—Habrá venido también Mercedes, o, a lo mejor, Carmen habrá ido a su propia casa; hasta es posible que hayan salido juntas algunas tardes. Al cine. Mercedes no comprende la vida sin el cine. Asegura que se sacrifica por sus hijos, que trabaja



como una burra para ellos; pero necesita ir al cine y merendar en esas cafeterías de moda, donde se reúne la gente más pueril, más vana, con su «snobismo» barato, de la peor especie. Entonces no le importa gastarse el dinero que con tanto afán busca para sus hijos; trabaja y le parece justo divertirse.

Juan pensaba que por culpa de Mercedes Carmen había conccido a una serie de tipos desagradables, medio comerciantes y medio estafadores, pequeños delincuentes vergonzosos, cobardes, que no se atrevían a cometer el verdadero delito. Mercedes trabajaba con ellos, la pobrecita lo necesitaba para mantener a sus hijos. Juan sabía cómo se pagaban los negocios con semejantes individuos, cómo una mujer podía salir beneficiada de tales tratos económicos: a costa de otras pérdidas repugnantes. Nadie le convencía de que el trabajo de Mercedes no resultaba sucio; claro que tantos sacrificios los hacía sólo por sus pobres hijitos. Cuando estos fueran mayores, de salir personas decentes, que lo dudaba, se lo reprocharían, no la podrían perdonar su vida pasada, porque se darían cuenta de que fueron utilizados como disculpa o pretexto para todo cuanto les avergonzaba, y ésa era la peor vileza que una madre podía cometer con sus hijos. ¿Por qué Carmen no consentiría en romper su amistad con Mercedes?

Durante unos segundos tuvo miedo, un miedo vago y nervioso, que había sentido con anterioridad en parecidas ocasiones.

—¡Juan! ¿Cuántos relojes conseguiste vender en Medina del Campo?

La voz de Carmen le apartó, como en un brusco despertar, de sus agobiantes meditaciones. Ignoraba lo que le había preguntado.

—¿Qué me decías? No te pude entender.

—Ni que estuvieras sordo... ¡Te preguntaba que cuántos relojes vendiste en Medina del Campo! ¿Me has oído ahora bien?

—Ya te dije antes que no me salió muy el asunto. Te lo referiré con detalles después.

—¡Has venido antipático y tonto de veras!

Juan vio alineados los trescientos relojes que había colocado a los paletos de aquel rincón de Castilla. En verdad, había sido una operación fabulosa: trescientos relojes en Medina del Campo... Trescientas maquinillas que no podrían gobernar nunca la vida de aquellos hombres del sol. ¡Qué gran mentira, como si el tiempo se pudiera ganar o perder a voluntad. Se le ocurrió que la vida era igual que un reloj: una máquina marchando, sin poderse detener, hasta que un día se desarreglaba para siempre. Y unas manillas dando vueltas en torno a una esfera, carentes de cualquier otro movimiento.

—El reloj puede hacer únicamente lo que hace, no sirve para otra cosa. Un reloj no es el tiempo. ¿Qué será el tiempo? El tiempo tampoco debe de ser el sol...

Le asustaban las extrañas preocupaciones que le asaltaban de tarde en tarde. Porque no comprendía bien, con claridad, problemas tan complicados, mejor aún, tan misteriosos. ¿Sabría alguien todas estas cosas?

—¿Qué hacen los pájaros?... ¿No me oyes? ¡Te he preguntado que qué hacen los pájaros! Te has quedado dormido? Como si lo viera; pero no te acmodes, hemos de salir a cenar. Te convendría también un baño; puedes hacerlo en esta misma agua, yo la dejo casi siempre limpia y a ti te gusta casi fría.

No le asqueaba meterse en el agua que había utilizado ella, no sería ésta la primera vez que lo hiciera. Y le apetecía un baño.

—Buena; pero saj pronto. Llevas cerca de media hora ahí dentro.

—No te impacientes, no tardo, me falta muy poco. Te limpiaré de pelos el agua... No me has dicho todavía qué hacen los pájaros.

Juan miró hacia las jaulas y exclamó:

—¡Sueñan con la libertad!

—Y ¿con qué libertad?—repuso Carmen, por decir algo.

La pregunta se le coló dentro, como una bola dentro de un tragabolas. ¿Podía existir libertad para aquellos tres pájaros? Por sus propios medios, resultaba imposible que pudieran abandonar la jaula. Gracias a un descuido, se podrían escapar, pero no alcanzarían la calle en caso de no estar abierta la ventana. Y de llegar a la calle, sus plumas llamativas les delatarían como pájaros huidos, y todo el mundo trataría de atraparlos, lo que no se podía considerar nada difícil, dada su inexperiencia volandera. Y, además, ¿equivaldría la

calle a su libertad? ¿Qué harían en la calle, en libertad, aquellos pájaros nacidos en jaulas de padres enjaulados? No existía libertad para ellos, su libertad implicaba su propia muerte. Juan los miró atentamente: el solitario era blanco; de la pareja, el macho, pardo, y la hembra, amarilla. Los tres saltaban de una caña a otra, bajaban a los comederos y cascaban un grano de alpiste, se limpiaban el pico contra los alambres...

—Igual sucede con las golondrinas—pensó. ¿Cuál era su libertad? Con sus vuelos largos y velocas no podían abandonar la jaula, la suya. Tampoco los hombres podían huir. A Juan se le ocurrió que su propia jaula era él mismo; él, su cuerpo, su existencia fatal, imposible de abandonar, ya que constituía una muerte. El era el tiempo, el suyo...

Los pájaros piaban como si pidieran algo...

Juan se levantó y fué al armarito que servía como aparador; abrió la trampilla y sacó la botella de anís. ¿Había una botella más? Cogió un frasco pequeño, aplastado, como de agua de colonia, pero se hallaba vacío. Leyó la etiqueta: «Cognac Martel». Algo se le comenzó a encoger dentro del pecho. Alguien había escrito con una pluma estilográfica en la etiqueta: «1946». Y dos iniciales: «J. M.» Le pareció la letra de Carmen, sí, era la suya. Abrió con fuerza los ojos y los movió lentamente de un lado para otro, sin ver nada.

«Mil novecientos cuarenta y seis. Jota, Emen, repetió, sin necesidad de leerlo en la etiqueta. Miró el frasco con rabia. Le dieron ganas de estrellarlo contra el suelo.

—¿Qué haces? ¿Te has dormido? Voy a salir dentro de un momento, prepárate... ¿No me escuchas? Cuando te adormilas, te pones pesadísimo.

Algo se levantaba en su alma, algo que le dolía allí terriblemente. Y no lo veía, no lo podía ver. ¿Cuánto habría dado por conocerlo, por saber quién era, quién fué! A lo mejor tenía escondida alguna fotografía suya encima de un armario, clavada con una chinche en la parte trasera... ¡Con qué tremendo placer dolorosísimo la hubiera encontrado! Para mostrársela a ella, para que hablara lo que no había querido contar nunca. Recordó una pregunta que había hecho a Carmen pocos meses antes:

—Dime—la dijo—, ¿has querido a... otra persona más que a mí?

Ella le miró con sufrimiento y le contestó:

—¿Por qué me haces esas preguntas?

Una voz horrorosa le gritó desde lo más profundo de su ser, desde un pozo negro: «¡Sí!» Fué un sí largo, metálico, que le obligó a cerrar los ojos y a hundir la barbilla en el pecho, que le llenó de amargura.

Durante unos minutos—ignoraba si muchos o pocos—permaneció con el pensamiento quieto, clavado en la pared de enfrente, donde estuvo viendo escrito: «1946, J. M. ¿Por qué me haces estas preguntas?» Observó que no podía dejar quietos los pies, necesitaba moverlos con aquel temblor largo y nervioso.

Al poco tiempo de conocerse, Carmen le descubrió el nombre de un novio que había tenido.

—Novio... ¿Por qué mentirán siempre? ¿Por qué no decirlo con su nombre?...

Se llamaba Leopoldo. Juan sabía que una Nochevieja, anterior a la guerra, la habían pasado juntos en el Círculo Mercantil. ¿Qué habría hecho él aquella misma noche que Carmen y... ese Leopoldo habían pasado juntos, bailando y bebiendo, celebrando la entrada de un año...?

—¡Juan, Juan, anda, prepárate, ya salgo del baño! No tardes, porque el agua se te puede enfriar demasiado... ¡Hijo, me pones negra!... ¡Juan, despierta! ¡Qué ceporro, Dios mío!

Sin embargo, Leopoldo no podía ser J. M. Este era otro. ¿Cuántos habrían sido?

«La primera tarde, bailamos. Luego la acompañé hasta su casa, hasta el portal. Y la besé en la esquina, antes de llegar; al pronto, tuve miedo, aunque en seguida comprendí que le había gustado. Por esta razón me atreví a preguntárselo descaradamente. Y me respondió que sí... No sintió vergüenza.»

Suscríbese a POESIA ESPAÑOLA



Ogíó el frasquito blanco, plateado, poco transparente, con brillos dorados en el cristal, que parecían manchas goteadas por la luz eléctrica, y lo apretó dentro de la mano; no pudo romperlo, sus dedos carecían de fuerza suficiente. Lo habría roto, aun a costa de haberse herido. Se acercó a los ojos la etiqueta amarilla con letras marrones y leyó una vez más: «1946. J. M.». La tinta había adquirido un tono violeta con el tiempo. Se preguntó con odio si también se habría dejado besar el primer día. Y no lo dudó. ¿Por qué no se iba a haber dejado besar, es que no la había besado él la primera noche? Le dió asco. ¿Y si no hubiera encontrado a Carmen en aquel baile de casa de Luis, si no se hubieran conocido?... Habría surgido otro hombre en su vida y ahora se hallaría sentado en la misma butaca de terciopelo rojo que ocupaba él.

—El mundo está lleno de hombres... y de mujeres, demasiado lleno—pensó.

Carmen comenzó a cantar:

«Adiós, muchachos, compañeros de mi vida,  
farras queridas de aquellos tiempos;  
me toca a mí hoy emprender la retirada,  
debo marcharme de mi buena muchachada.

Adiós, muchachos, ya me voy y me resigno,  
contra el destino nadie la falla,  
se terminaron para mí todas las farras,  
mi cuerpo enfermo no resiste más...»

Juan la oía sin escucharla. La odiaba mortalmente. ¿Por qué había dejado aquel maldito frasco en el armario? ¿Para qué lo había llevado allí? ¿Dónde lo había tenido escondido hasta entonces? ¿Por qué había escrito aquella fecha y aquellas iniciales? ¿Por qué había conservado un frasco vacío de «Cognac Martel»? Se acababan de confirmar todas sus pequeñas y gratuitas sospechas anteriores. Al principio de salir juntos, no le habían mortificado estas cosas, habían surgido después, con el amor verdadero. Le desesperó encontrarse convencido de que no podía destruir el pasado de Carmen. Escondió la cara entre las manos y apretó los dientes; sentía tensos todos los músculos del cuerpo. ¿Si pudiera matarlos a todos, a Leopoldo y a J. M. y a los otros, porque había más, no lo dudaba, seguro! Los habría martirizado gozosamente, sin el más chico asomo de piedad. ¿Qué habría hecho ella? ¿Se habría atrevido a llorar, habría osado impedirlo? ¿Cuál habría sido su comportamiento en caso de presenciar el martirio de todos, de cada uno? ¿A cuál habría distinguido con un dolor más profundo ante su muerte?

—Jota, Eme; Leopoldo... Leopoldo fué el primero, me lo dió a entender... ¿Y los otros?

Un insulto se le vino a la boca, y se le ocurrió que Mercedes lo sabría bien todo, cada historia por entero. Estuvo a punto de echarse a llorar; Una terrible desazón le quemaba dentro de la cabeza, en los ojos, en la garganta, en el pecho... Tragó un poco de saliva e hizo fuerza para que le saltara el nudo corredizo de la «nuez».

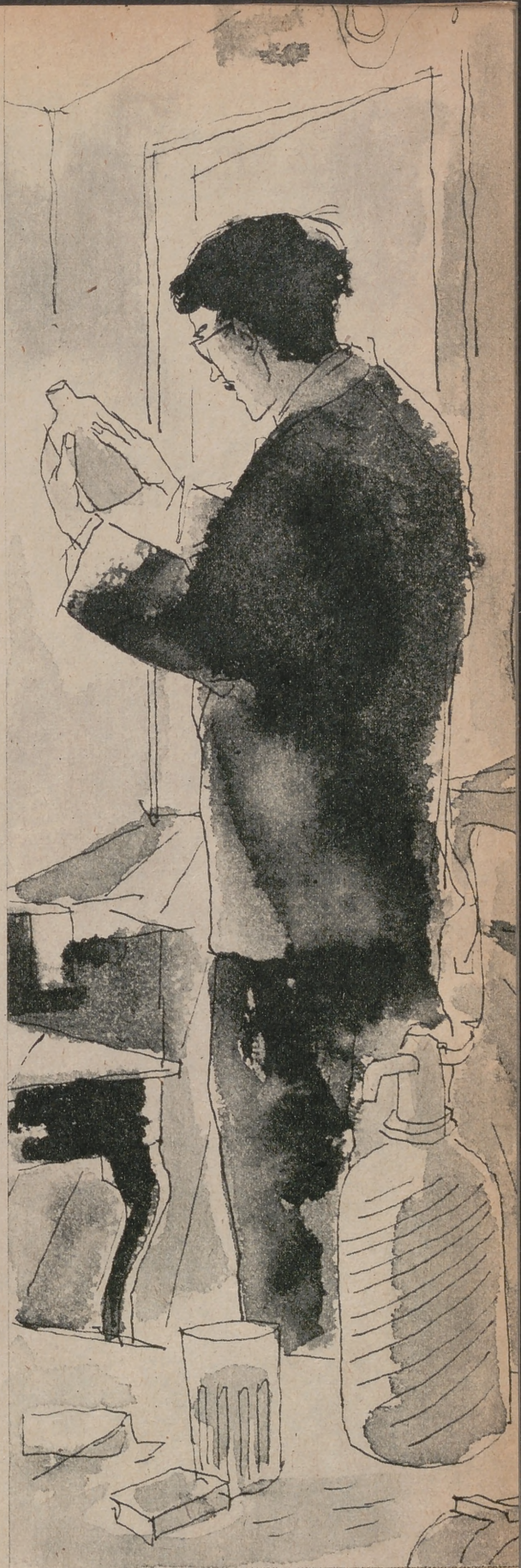
Nada le podía devolver su pérdida tranquilidad. Los demonios de los celos se habían apoderado de su alma. Si hubiera habido la posibilidad de que Carmen le confesara toda su verdad, y ésta no hubiera llegado a colmar tanto cuanto él había imaginado, no habría creído una palabra. Y si la verdad de Carmen hubiera resultado suficiente, entonces, súbitamente, se habría abierto un abismo insalvable entre ambos. Juan deseaba permanecer junto a Carmen y debía callarse como un muerto; el silencio era cuanto se le ofrecía, el silencio de su dolor monstruoso, el silencio para vivir hasta el último minuto la tragedia en que se había convertido su amor.

Ya no la oía, aunque ella continuaba cantando:

«... Dos lágrimas sinceras  
derramo en mi partida,  
por la farras queridas  
que nunca me olvidé...»

Carmen andaba con los pies descalzos por el cuarto de baño y se cubría con la sábana de felpa.

El terciopelo rojo del diván, sólo el terciopelo rojo; Juan no veía otra cosa. Un sudor frío le cubría la frente brillante. Las puntas de los dedos de las manos se le habían quedado heladas, y los pies, también. En cambio, el sudor de las axilas eran dos manchitas calientes. Una desesperación desbozada le saltaba dentro, como si pretendiera escaparse de un salto. ¿Qué podía hacer. Santísimo Dios, para escapar de aquella locura horroscosa? Porque no era esta la primera vez que sufría un ter-



rible ataque de celos. No soportaba que un individuo volviera la cabeza para mirar a Carmen en la calle, y si era ella la que miraba a un hombre, o uno cualquiera, se indignaba y la angustia le duraba varios días. No, aquello no podía continuar así. De alguna manera tenía que escapar... No lo





Se sobrecogió en una sacudida. Escuchó atentamente durante un instante, las zapatillas de Carmen toconeaban en el cuarto de baño. Se iba a presentar en el gabinete de un momento a otro. Le dió miedo. Y no se preguntó por qué sentía ese miedo, qué era lo que le asustaba. Se notó palidecer, se demudó en un segundo. Sus ojos acababan de tropezar de nuevo con el frasco de «cognac Martel»; como los frascos de agua de colonia, tenía un taponcito de metal niquelado, que brillaba. Carmen continuaba andando por el cuarto de baño; con seguridad, recogía todo cuanto había tirado por el suelo...

Juan apartó bruscamente los ojos del frasquito que estaba sobre la mesa camilla, donde le había dejado antes. Su mirada fué a parar a la jaula del pájaro solitario, y se fijó en la puerta, cerrada por un muelle pequeño. Le tentó abrirla para que el canario se escapara; pero la ventana del patio se hallaba cerrada también y esto le disuadió al momento. El tiempo le apremiaba. Saltó al pasillo; al fondo, la luz del cuarto de baño rompía la oscuridad.

—Juan, ven; si no te das prisa, cenaremos a las mil y quinientas. Ya lo tienes, todo listo.

La voz de Carmen le produjo un escalofrío, que le recorrió el cuerpo de arriba abajo y le dejó la carne de gallina. Continuó la respiración. Se sonrió, porque se quiso sonreír, con una rabia profunda.

—Ahora te darás cuenta, no me importa nada. Sufiré; pero tú también sufrirás. Te arrepentirás de todo, de todo lo anterior. Y querrás que vuelva y me esperarás durante el resto de tu vida. Y yo no volveré, no volveré, aunque lo esté deseando. Y lo desearé. Te quedarás sola, pensando en mí...

Respiró profundo; una sonrisa más abierta le iluminó el semblante, le brillaba en sus ojos oscuros. Se dijo que tenía que huir, que debía hacerlo cuanto antes. Para condenarla y salvarse a la vez. Notó como si una alegría recién nacida se le desprendiese en el cuerpo. Y salió corriendo, ciego. Dejó la puerta de salida abierta de par en par. Bajó la escalera como un loco y prosiguió corriendo por el portal, hasta alcanzar la calle. Se abrió paso entre la gente a empujones. En la acera de enfrente se levantaba un muro de ladrillos rojos. Se lanzó inconscientemente hacia él, saltó de una zancada el bordillo de la acera... Una cinta de luz deslumbrante le tapó los ojos... La bocina del gigantesco camión apagó los ruidos callejeros; el camión parecía una montaña, avanzaba velozmente, pesando con sus diez toneladas sobre el adoquinado de piedra. Llevaba encendidos los faros y unas lucecitas rojas y verdes. Alguien dió un grito que se desvaneció en el aire oscuro y tibio de la noche, de la primavera. Chillaron con estrépito los frenos del camión y sus ruedas se agarraron a las piedras. Juan vió un pájaro, un canario amarillo, casi anaranjado, de ojos brillantísimos y negros como la cabeza de un alfiler. Le dolió un golpe tremendo y le pareció que su propio cuerpo se rompía. Tuvo la sensación de hundirse, de que se le tragaba la tierra, la muerte, de que se deshacía. Y quiso gritar para salvarse en un salto desesperado, se le ahogó el grito desgarrado en la garganta: «¡Carmeen!»

Se abrieron con rapidez las puertas de la cabina del camión, y sus tres ocupantes saltaron al suelo. La gente echó a correr hacia el camión, que se había parado en medio de la calle, con todas las luces encendidas.

Pronto se formó en torno un corro de curiosos; bajo las ruedas del camión yacía un hombre tendido. Y una mancha oscura, que iba creciendo poco a poco, tornando negras las piedras grises. El conductor del camión hacía gestos extraños, iba de un lado para otro en un corto trecho ante los faros, se golpeaba la cabeza con las manos sucias de grasa, seca y repetía:

—¡Una grúa, una grúa!... Me tuvo que ver, estoy seguro. ¡Lo que me faltaba!...

El último curioso se sumó al corro de transeúntes y preguntó a un muchacho:

—Un atropello, ¿verdad?

El muchacho señaló con un movimiento de cabeza, y dijo:

—Sí, ese camión acaba de matar a un hombre. Dicen que han llamado a un autogrúa para poder sacar el cadáver...

El aire perfumado subía desde el río Manzanares y arrastraba el pitido de un tren. Una masa de nubes cubría el cielo. Y no volaba ya una sola golondrina.

(Ilustraciones de Gabriel.)

dudaba, si no lograba huir, se destruiría; se estaba matando.

—Por tu culpa, porque te adoro y tú no quieres comprenderlo. No te das cuenta que nadie te ha querido como yo, que nadie te podría querer así, que nadie te querrá tanto, tanto...





## EL "MANA" DEL ALGODON EN RAMA

Muchas sevillanas en la recogida del algodón. Por las cuencas del Guadalquivir y del Odiel arraiga muy bien la semilla americana

## POR SEVILLA SALIERON MUCHAS SEMILLAS NUEVAS PARA LOS CULTIVOS DE INDIAS

Por el Guadalquivir entró la simiente y la experiencia de este nuevo cultivo

DICE la leyenda—hasta los temas más contemporáneos y más cogidos por la técnica pueden templar su aridez en el embrujo de la imaginación de Andalucía—que fué una semilla olvidada entre los códices del Archivo de Indias la que se guardó hasta ahora para darnos la sorpresa del algodón americano en los campos de Sevilla. Y si esto no fuese verdad merecería serlo por la poesía que encierra tan misterioso homenaje del Nuevo Mundo a la cuna de aquel marino afortunado, Rodrigo de Triana, que, antes que nadie en las carabelas del Descubrimiento, dió, con gracia trianera, la alegre voz de «¡Tierra!»

El descubrimiento, arraigo y colonización del algodouero americano por esa cuenca del Guadalquivir y, todavía más, junto a las aguas del Odiel, parece que sea un rebote de las semillas que mandó a las Indias la Casa de Contratación sevillana.

Por el Guadalquivir salieron

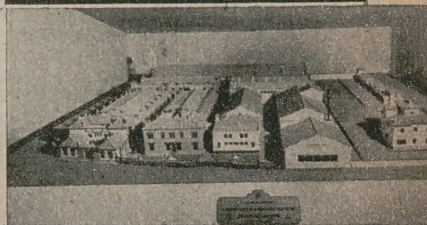


muchas semillas nuevas para los cultivos de Indias y por el puerto fluvial sevillano entró, en nuestro tiempo, la gran cantidad de simiente y experiencia americana en el cultivo del algodón.

### SE EXTIENDE A GRAN RAPIDEZ

Los técnicos del gran establecimiento experimental de Tabladilla ya encontraron la explicación científica del porqué el algodón americano se aclimata tan bien por estas tierras, pero han dejado un amplio margen para que se poetice, se sublime y magnifique el simbolismo de ese arraigo por los campos más americanos de España.

Batanes de algodón en la factoría de Hytasa, en el Cerro del Aguila (Sevilla)



Maqueta de la factoría experimental que el Estado sostiene en Tabladilla



Porque si sevillana fué la primera voz de aviso del Descubrimiento, grande también ha sido la fe sevillana en el descubrimiento chico del algodón español. Justo es decirlo: desde la primera experiencia algodoneira en nuestro país, en Sevilla se mantuvo, frente a todos los escepticismos, que decían que España entera está fuera de zona para este cultivo, la confianza en que daría fruto certero lo que parecía a muchos un estar en las nubes del algodón en rama.

Ahora sí, todo parece muy fácil y sencillo, como el huevo de Colón, pero cuando había que tener fe en los resultados era antes y no ahora en que, en el mapa de España, la zona considerada no apta es bastante más pequeña que la que cosecha, al año, casi cincuenta millones de kilos de algodón en bruto. No faltaría más que eso. Que ahora que el cultivo se extendió rápidamente, hasta con demasiada caleridad, por Andalucía, Marruecos español, Canarias, Extremadura, Levante, Baleares, algunas zonas de Castilla la Nueva, por campos de Aragón y hasta por los de Lérida y Tarragona le fuésemos a discutir a Sevilla el que haya sido la provincia que cedió, con generosidad andaluza, más del 80 por 100 de los terrenos en que fué sembrada, en 1929, la primera cosecha en grande. Entonces era cuando hacía falta la fe ciega, y no ahora que la cosecha española es como una inmensa montaña de fibra blanca a la que ninguna falta le hace la fe tardía del carbonero ni la sonrisa aduladora de los que llegan los últimos. La inmensa montaña blanca, el Everest de la fibra algodoneira recogida en el país no admite esto. Y hace bien.

### EL HOMBRE DE LA CALLE AUN NO SE HA ENTERADO

Ah, si en vez de tener un gesto colectivo de gran señor, los cosecheros de Sevilla se hubiesen cerrado de banda y, con espíritu mezquino, negado a arriesgar una peseta y un palmo de tierra en la aventura algodoneira, hubiera sido más difícil el llegar tan pronto al resultado actual, y años enteros de siembra en la oscuridad, y largas experiencias y esfuerzos en contrastar los estudios en parcela no hubieran pasado tan rápidamente de la teoría a lo práctico, y del cultivo en maqueta y de la tabla experimental, en Tabladilla, al ancho campo de la realidad.

Hace muy pocos años no se producía en España más algodón que el simulado con fibra de azúcar en los husos de las verbenas, y aun en estos días éste es un tema casi totalmente desconocido por el hombre de la calle, ya que sólo un reducido número de técnicos saben el verdadero alcance de este cultivo y su invasión rapidísima por la mayor parte del territorio nacional. El analfabetismo algodoneiro del hombre de la calle, pese a que de algodón, principalmente, se viste y abriga, llega a tales extremos que pueden suceder casos como el que nos ha ocurrido al preguntar a un guardia municipal sevillano.

UN SERVIDOR.—Oiga, si me hace el favor, ¿el Servicio del Algodón?

EL GUARDIA.—Algodón, algodón... ¡como no vaya usted al Hospital Militar!

### VIEJAS GLORIAS DEL ALGODON NACIONAL

El Servicio del Algodón está en las afueras de la ciudad, en Tabladilla, magníficamente instalado en un conjunto de edificios que más que una factoría experimental tienen cierto aire palaciego, como si un espíritu regio y suntuario hubiera querido embellecer la utilidad práctica que se buscaba en la construcción de aquellos pabellones edificados al mismo tiempo que los palacios de la Exposición Iberoamericana de 1929.

Alrededor de una primera factoría desmotadora que un grupo de hombres emprendedores relacionados con la industria textil catalana, Sanz, Sedó, Roldúa, Crespo, he ahí los nombres de los iniciadores privados del cultivo algodoneiro en España, el Gobierno del general Primo de Rivera montó en Tabladilla la Comisaría Algodoneira del Estado, colocada bajo la dirección técnica de don Luis Liró, que hoy es considerado como el «abuelo del algodón nacional» y que, por entonces, llegaba de Norteamérica de recorrer las plantaciones, factorías y campos de experimentación de aquel país.

En el establecimiento de Tabladilla radicó primero la Comisaría Algodoneira del Estado desde 1928 a 1932, en que pasó a llamarse Instituto de Fomento del Cultivo Algodoneiro (I. F. C. A.), nombre que en 1943 se cambió por el de Servicio del Algodón, dependiente del Instituto de Fomento de Producción de Fibras Textiles.

### UN CENTRO DE EXPERIENCIAS COMO HAY POCOS EN EL MUNDO

Hasta el año 1950 en Tabladilla estuvo el centro de gravedad que extendía el cultivo por España, pero, a partir de esta fecha, el gran incremento de las plantaciones, por muy distintas zonas, hizo necesario que esa especie de alto mando pasase a Madrid.

Los técnicos de Tabladilla nos han mostrado las distintas dependencias de la factoría. Es un establecimiento medio industrial, medio de investigación, como el que no existe otro en España y que tiene muy pocos que se le puedan comparar con ventaja en todo el mundo. Ninguna industria textil, por potente que sea, está dispuesta a mantener un gran centro de investigación parecido al de Tabladilla, que supone un gran desembolso de montaje y sostenimiento, por lo que tienen que ser los recursos oficiales los que permitan la existencia de centros de esta clase. Mientras recorremos las distintas naves, los técnicos nos explican que sólo hay en todo el mundo cinco o seis centros de investigación como el de Tabladilla. En toda América, sólo en los Estados Unidos hay establecimientos de esta clase. En Europa han sido creados tres, uno en Londres, otro en Berlín y el tercero en Sevilla, que no tiene nada que envidiar a los dos anteriores. En Asia, sólo funciona un centro así en la India y existe uno en Africa, situado en El Cairo.

### AVENTURA ROMANTICA DE UN LABORATORIO TEXTIL

Con los preparativos de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, el entusiasmo llevó a que nada se escatimase para que el centro de investigación algodoneira fuese lo más adelantado en la maquinaria y la técnica de entonces. Se adquirieron las mejores máquinas «Krupp» para el molino de aceite de semillas. En la búsqueda del mejor utillaje quizá influyera el que, en los ojos de entonces, aún retumbaba el recuerdo del cañón «Berta». También los trenes de desmotadoras se quiso que fueran del último modelo, por lo que se trajeron de Inglaterra unas flamantes máquinas «Murray» de desmotar. Y lo mismo podemos decir del laboratorio de clasificación, el taller mecánico para reparar las piezas, el lisímetro al aire libre, con su grúa, que levanta los depósitos de plantel, las parcelas y, sobre todo, la pequeña fábrica experimental de hilar y tejer que comprueba la resistencia de las fibras. Esa fábrica, que parece de liliputienses, pero que, sin embargo, en los primeros momentos de la guerra de Liberación, esa fabriquilla de niños, esas máquinas de hombrúnculos y enanos se lanzaron a la gran hombrada de pretender que sus batanes de juguete, sus pequeñas cardas, mecheras y continuas podían abatecer nada menos que al Ejército del Sur o ser un remedio apreciable a la escasez de tejidos en zona nacional. Los telares de Tabladilla, telares de juguete, contruidos para pequeñas pruebas de resistencia de fibra, probaron su propia resistencia al trabajar día y noche, en turnos de relevo, en la más romántica aventura a que un laboratorio de experimentación textil pudo someterse jamás. David contra Goliat, los minúsculos batanes de Tabladilla, en guerra industrial, en batalla de balas de algodón en la que tenían enfrente a millares de gruesos batanes de una poderosa industria, cada uno de los cuales hubiese podido engullir y esconder en el vientre a los juguetes del laboratorio sevillano.

La insuficiencia telar de Tabladilla para las necesidades vestuarias del Ejército del Sur hizo que el general Queipo de Llano pensase en la creación de una sociedad que empezó a llamarse Hilaturas y Tejidos Andaluces, S. A., la H. Y. T. A. S. A., que tuvo que ser creada, con bastante rapidez, en medio de las necesidades de la guerra civil.

### LA FIBRA, EN EL MICROSCOPIO Y EL CUENTAHILOS

Pero sigamos con nuestra visita al establecimiento experimental, en el que nos muestran todas las dependencias, desde el laboratorio químico hasta el modernísimo secadero, cuya maquinaria norteamericana es única entre todas las factorías algodoneiras de España. La misión actual de Tabladilla tiene dos vertientes, una la de ayudar a las factorías privadas que no puedan dar abasto a la producción algodoneira de su demarcación concesionaria, y el otro cometido es de investigación comprobadora de la exactitud de datos en las ca-



idades de fibras. Los laboratorios de todas las factorías españolas envían al Servicio del Algodón, en Tabladilla, las distintas muestras y calidades de la cosecha almacenada, así como la clasificación que los técnicos de esas empresas hicieron, cuyos datos se verifican y confirman en la sección clasificadora, laboratorio químico y fábrica de pruebas establecida en Tabladilla. Más que de fiscalización, el cometido del Servicio puede calificarse de asesoramiento, ya que todas las empresas están interesadas en que los datos tengan la máxima exactitud, ya que un pequeño error que clasifique por alto una muestra de algodón en bruto o de fibra elaborada, puede suponer una pérdida de millones de pesetas en la cantidad total a que aquella muestra se refiere. Otra de las utilidades que tiene la meticolosa revisión de datos que se realiza en este centro es la de salir al paso de una posible desviación en la industria consumidora cuyo interés particular y momentáneo pudiera inducir a que se dijese que el algodón nacional es malo cuando lo que ocurriera en realidad es que el extranjero se vendiese más barato.

#### ARMONIA DE INTERESES ENTRE EL CAMPO Y LA INDUSTRIA

No es por un prurito de autarquía que se fomenta el cultivo algodnero, sino por un noble afán de ahorrar, en cuanto sea posible, el fabuloso gasto de divisas que supone el consumo de mil balas diarias que necesita actualmente la industria textil española, cifra que, lejos de disminuir, va a aumentarse con el incremento del nivel de vida y el poder adquisitivo general en todo el país.

Una buena parte de la lucha parlamentaria del siglo XIX español se desarrolló alrededor de la pugna entre los intereses de la agricultura y los de la industria. Mientras los fabricantes catalanes pedían una racional política proteccionista, los grandes terratenientes hacían oír su voz en el Parlamento como partidarios de las teorías y prácticas librecambistas. Unos querían vender con facilidad en el extranjero sus productos del campo, y otros, los fabricantes, deseaban que la protección aduanera impidiese la competencia de los productos industriales que entraban en España procedentes de las fábricas de otros países. Proteccionistas de la industria y partidarios del libre cambio, la abolición de las aduanas y toda la teoría decimonónica y liberal que, con el bonito canto de sirena del barrer las barreras, estuvo muy a punto de hacerle la vida imposible a la industria textil española, esa industria que el genio de una región hizo surgir, como un prodigio del poder humano, casi siempre a contrapelo de cuanto decían los altisonantes discursos liberales en el parladero liquidador decimonónico.

#### SE APLAUDE Y SILBA A LA SIRENA

En el siglo XIII se teja ya algodón en Cataluña, o sea tres siglos antes de que comenzara esta industria en Inglaterra, que, tiempo después, encontraría el arma

más sutil para luchar con ventaja contra la prodigiosa industria de tejidos española en la doctrina británica del libre cambio para los demás y el férreo proteccionismo para la industria de tejidos manchesteriana. Teoría de la que los liberales españoles del siglo XIX fueren los más ardorosos e inconscientes defensores desde el Poder, donde con frecuencia se aplaudía sin pensar al canto de la sirena británica y eran silbadas las muchas sirenas textiles que, en las fábricas de Cataluña, clamaban por España.

En todo esto pensábamos durante nuestra visita al establecimiento que ha hecho posible el arraigo del algodón nacional, la posibilidad de este cultivo que por primera vez en la historia de nuestra economía conjuga y armoniza los intereses de la industria con los de la agricultura, y el proteccionismo racional para el esfuerzo patriótico de las fábricas con toda la libre disposición que permite, a lo producido por el campo y la industria, las posibilidades actuales del mercado.

Nos han dicho los técnicos de Tabladilla que no se hace propaganda para extender el cultivo del algodón porque no es necesaria. El precio es tan remunerador que el algodnero se extiende por sí mismo y dobla su producción de año en año. En 1950 se recogieron en toda España doce millones seiscientos cuarenta mil ochocientos setenta kilos de algodón en bruto. En 1951 la cifra pasó a ser de veintitrés millones seiscientos mil cuatrocientos kilos. En 1952 la cosecha fué de cuarenta y nueve millones seiscientos diecinueve mil seiscientos ochenta y dos kilos, y la de 1953 todavía no ha acabado su ciclo de preparación en las factorías, pero cuya cantidad no parece que va a desdiseñarse de las anteriores.

#### ESPAÑA SE BASTA A SI MISMA EN ALGODON EGIPCIO

La producción de fibra larga, algodón egipcio cultivado en regadío, especialmente en Levante, cubre ya por completo las necesidades de la industria, que encuentra a esa fibra larga del algodón egipcio nacional mejor aún y más resistente que la del algodón egipcio de Egipto. La selección de semillas y el esmero en el cultivo de los labradres levantinos han producido este milagro de superación. Nos lo han dicho los técnicos del organismo experimental sevillano, que cuentan con da-

tos de estricto rigor científico, y añadieron que es tanta la producción de fibra larga que se teme que en un futuro más o menos próximo no se puedan seguir pagando a los cultivadores de esos regadíos los precios actuales, por encima de las quince pesetas el kilogramo de algodón en bruto egipcio de fibra larga.

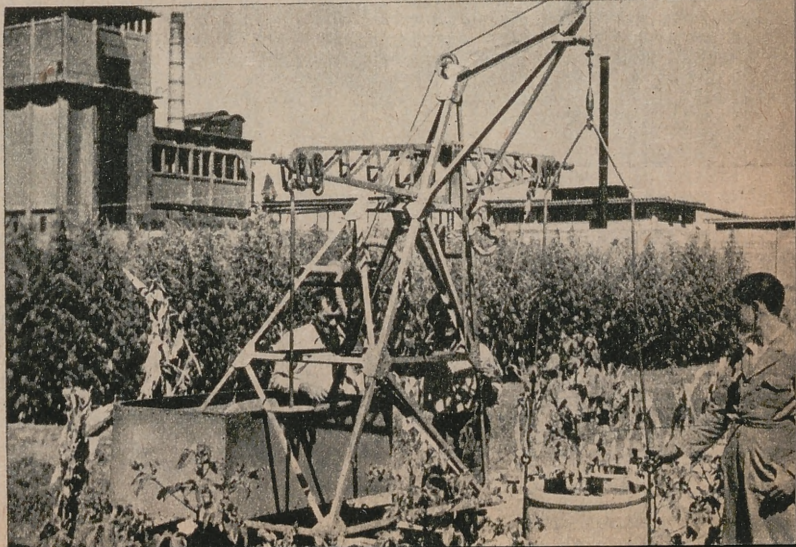
Otro dato que nos han dado es el de que el algodnero es la gran solución para los nuevos regadíos y también para los antiguos, que tenían que sus productos fuesen víctimas de un envejecimiento en el precio a causa de la política hidráulica que ha creado en pocos años una gran extensión de zonas regables. Este cultivo industrial viene a solucionar el problema con toda la garantía que para el consumo de lo producido ofrece la industria textil.

#### NO ES OBRA DE MAGIA, SINO DE ESTUDIO

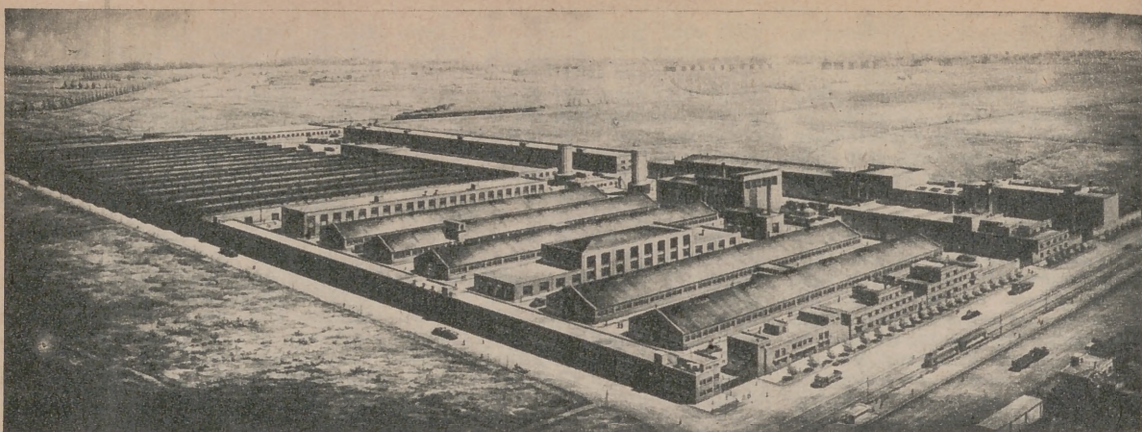
Y con todo esto nos despedimos de los técnicos de Tabladilla, esos hombres esforzados y anónimos que con un trabajo silencioso de varios años prepararon calladamente esa floración esplendorosa que ahora puede verse por los campos andaluces, extremeños, levantinos..., que no ha surgido por magia ni casualidad, sino que a su ciencia y esfuerzo abnegado se debe. Ni siquiera desean que citemos aquí sus nombres porque, según nos dicen, se consideran como combatientes de una batalla silenciosa en la que hay que hablar más con hechos que con palabras. Hombres así, de ese temple de humildad y de esa fibra son los que hacen falta. Ellos llaman «pulling» a su medir y calificar las fibras, pues en nuestro «pulling» dan esos técnicos la calidad de hombres de primera: tejido de lujo.

Nos dirigimos ahora, también por las afueras de Sevilla, al Cerro del Aguila, donde está instalada la gran fábrica de Hilaturas y Tejidos Andaluces, S. A., empresa que, como antes se dijo, fué fundada en los años de la guerra de Liberación. En la idea de H. Y. T. A. S. A. intervino el general Queipo de Llano, ante el apremio que suponía el abastecimiento del Ejército del Sur, para cuyo cometido las pequeñas hilaturas y telares de la fábrica experimental de Tabladilla eran una

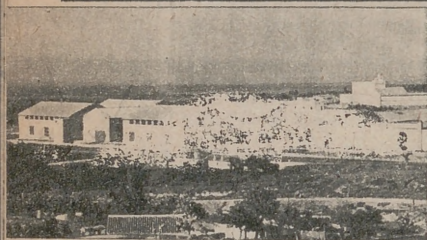
Lisímetro en el campo de experimentación de Tabladilla







Vista general de la fábrica de Hytasa, en Sevilla



Factorías desmotadoras de algodón establecidas en Carmona

ayuda más romántica que efectiva.

### LOS CAMPESINOS FORMAN COLA

Las oficinas de H. Y. T. A. S. A. están llenas de campesinos que resuelven sus asuntos. Unos hablan de recoger el vale de la fibra elaborada de libre disposición por el cultivador, la «cifra», como ellos dicen. Otros resuelven problemas de insecticidas contra las plagas, de «veneno para matar los bichos»; se oye hablar de «cláusulas» y «cascabullos», de cápsulas y capullos. Larga antesala de espera frente a un letrado que dice: «No se moleste en pedir permiso para visitar la fábrica.» Miramos fijamente las letras negras, como si formasen parte de una prueba de oculista. Hay tiempo sobrado de hacer, con ese letrado, toda clase de ensayos ópticos, de guiar el izquierdo, taparse el derecho, fijar la vista en el azul de la ventana o en el blanco del techo, de contar corderos y esquilarnos mentalmente. Uno tiene la impresión de que le tomaron por un espía industrial y de que, a través de las paredes, se le siluetea con células fotoeléctricas y se le mide el alma y el intento.

H. Y. T. A. S. A. (Hilaturas y Tejidos Andaluces, S. A.) es concesionaria de la zona segunda, que comprende la parte centro y oeste de la provincia de Sevilla y la provincia entera de Huelva. En la misma ciudad de Sevilla reside otra entidad concesionaria que cuida del resto de la provincia sevillana, la provincia de Málaga y la mayor parte de la de Cádiz, territorios que forman la llamada zona primera, a cargo de la Sociedad Textiles Reunidas, formada por varias entidades de tejidos, con un capital predominantemente barcelonés.

### FABRICACION A CICLO COMPLETO

Cuando se nos otorga el permiso para visitar la fábrica, empie-

zan a informarnos los técnicos señores Martínez Marcos, Alvarez y Llopis y comenzamos a entrar en ese pueblo industrial constituido por los grandes pabellones de H. Y. T. A. S. A., en los que el algodón es trabajado a ciclo completo, o sea que la materia entra en bruto y sale de las fábricas en cortes de tela teñidos. Son precisas varias horas para ver detenidamente esos pabellones modernísimos, desde los almacenes de algodón en bruto hasta las naves de tinte, pasando por los grupos termoelectrónicos.

Visitamos primeramente una sala en la que funcionan tres trenes de máquinas desmotadoras de fibra larga, dos máquinas desmotadoras de fibra corta y tres desbarradoras que sirven para las dos clases de semilla, egipcia y americana. El jefe de la sección, don Antonio Pérez Aranda, nos explica amablemente todos los detalles técnicos y nos hace notar que no hay polvo en el aire, pese a que desmotadoras y desbarradoras trabajan juntas en una misma nave. El desbarrar sin polvo se logró gracias a todo un sistema de aspiradores y tubos. La alimentación y salida de fibras se realiza también por un sistema neumático.

### SOLO LOS CERDOS NO AGRADECEN LAS TORTAS

Nos dicen que por el almacén sevillano de H. Y. T. A. S. A. han entrado más de dos millones de kilogramos de algodón en bruto, sin contar los almacenados en las otras factorías que H. Y. T. A. S. A. tiene establecidas en Utrera, El Arahál y Carmona. Pasamos al molino de aceite de semilla de algodón que funciona con máquinas de construcción sevillana, y cuya novedad consiste en que las tortas de cruje se hacen sin que sean necesarias esteras ni capachos para retener la masa cuando es prensada. Las máquinas «Balbontin», construidas en Sevilla, emplean un sistema totalmente metálico para la prensa de semilla algodонера, lo que supone un importante ahorro. Esta sección puede molturar, en jornada de ocho horas, unos cinco mil kilogramos de semilla, con un rendimiento del 15 por 100 de aceite, el 72 por 100 de harina de torta (muy rica en proteínas), el 9 por 100 de cascarrilla, que se utiliza para alimento del ganado, y un 4 por 100 de pérdidas. La torta de algodón es muy buen alimento para el ganado de leche, pero resulta nocivo para el gana-

do de cerda, a causa del «gossipiel» que contiene. Los cerdos no agradecen esas tortas.

Y pasemos ahora a las hilaturas y telares, siguiendo a esa bala de algodón que pasa a los batanes, a las cardas, a los husos y al telar para, convertida en tela, someterse al blanqueo y los aprestos, que vienen a ser como una especie de maquillaje de los tejidos, que luego irán a la plegadera, de donde, arrollados en piezas, pasarán después al almacén.

### LOS VEINTE MIL HUSOS DE LA FABRICA

En una sala impresionante vemos funcionar veinte mil husos como pequeñas bailarinas blancas de un gran «ballet». Las máquinas continuas de hilar, batanes, cardas y peinadoras son suizas, de la casa Rietter, mientras que los cuatrocientos ochenta telares son «Rutti», también fabricados en Suiza. Y todo funciona como un reloj.

Luego visitamos el lavadero, los comedores de empresa, el grupo termoelectrónico, y los técnicos nos hacen pasar por alto la sección de tinte, pretextando que nos podíamos manchar, pero luego nos hemos enterado de que allí existe una modernísima máquina «Ram», que la empresa considera como un arma secreta.

Impresionante H. Y. T. A. S. A., muy buena impresión de esas Hilaturas y Tejidos Andaluces, cuyos técnicos nos acompañan hasta llevarnos en su pequeño autobús a Sevilla, ese coche que los trabajadores de la empresa llaman «el nispero», aludiendo a los técnicos, que son el hueso que lleva dentro.

Y ahora habrá que hablar de la otra concesionaria sevillana, la de la zona primera del cultivo de algodón. Hablar de Textiles Reunidas, que tiene factorías en Ecija y Cabezas de San Juan, mientras construye otra más en Algeciras, y cómo esta empresa ha llegado hasta a «inventar» un animalito para la lucha contra las plagas; en la próxima ocasión nos daremos una vuelta por el campo, a la caza de insectos, con la seguridad de que no van a salirnos al encuentro los Siete Niños de Ecija. Hasta luego.

F. COSTA TORRO  
(Enviado especial)



# NO CABE LA DOBLE PERSONALIDAD

Por Enrique DELGADO, Obispo de Pamplona

CUANDO se presentan las cuestiones claramente, a la luz de la recta razón o de la más pura filosofía, se desenvuelven y contestan sin tergiversación ni forcejeos, que sólo buscan los que quieren andar fuera de camino.

Para nuestro recto proceder conviene reflexionar sobre la cuestión de la doble o múltiple personalidad de que muchos católicos se sienten investidos, sin duda por el lastre de un siglo de liberalismo que llevan en su sangre, aunque sinceramente se crean católicos de pura cepa y quieran portarse como tales en los actos de culto y aun en sus relaciones familiares. En éstos es el hombre privado el que actúa y por convicción y herencia familiar y nacional quieren obrar en purísimo catolicismo y hasta con el obsequio debido a aquellos a quienes el Espíritu Santo puso para regir la Iglesia de Dios.

No cabe duda que así debían sentir aquellos prohombres políticos que conocimos a principios de siglo y después, que oían misa los domingos y fiestas, que comulgaban algunas veces en el año, que educaban a sus hijos en colegios de religiosos y hasta tenían oratorio en su propio domicilio, sin que esto obstara para fraguar leyes persecutorias de la Iglesia, amordazándola en sus ministros o sujetándola a esclavitud. Estos indudablemente creían que uno era el hombre privado y otro el que ejercía la alta función pública. Donosa concepción como si no hubiese de dar cuenta a Dios más que de los actos privados, no siéndole impudables los públicos para su salvación o condenación en la otra vida.

Pero esto, que salta a la vista y nos sirve para condenar la actuación política de los liberales que así obraban, no se ha desterrado todavía del todo en la vida de los cristianos, a pesar de enseñarlo oportune et importune el magisterio docente de la Iglesia. Todavía tenemos buenos cristianos que, al parecer, quieren serlo de veras y se precian de piadosos oyendo misa y comulgando más de lo que la Iglesia exige por precepto, y hasta formando en las filas de asociaciones piadosas, y porque son abogados, o médicos o de cualquiera otra profesión u oficio se olvidan de cumplir los deberes que la conciencia cristiana les impone en el ejercicio de éstos. Olvidan que la religión es un modo de vivir en relación con Dios en cada acto que hacemos; y que éstos, en concreto, o son buenos o son malos, según que se ajusten o no con la regla puesta por Dios. No ha dejado Dios ningún acto fuera de su regla, que se refleja en la conciencia cristiana, para que ese acto sin responsabilidad ante Dios sirva a nuestra soberbia, a nuestra ambición, a nuestra lujuria y a tantas otras pasiones innobles que es preciso sujetar con la ley de Dios.

Digna de escribirse con letras de oro y con

razón se ha aireado como lo mejor del Mensaje a las Cortes del Reino con ocasión de la ratificación del reciente Concordato las palabras que el Jefe del Estado escribe en él: «Si somos católicos, lo somos con todas sus obligaciones.» En estas frases no cabe la doble personalidad del hombre público y privado, y se nota que al doblar sus rodillas ante Dios, que es lo que más grande hace al hombre, y considerarse miembro vivo de la Iglesia, se presenta tal cual es con todas sus obligaciones públicas y privadas, para que sobre todas caiga la gracia de Dios, que le ayude a cumplirlas dentro de la voluntad divina.

Tal vez las mentes extraviadas creían que los liberales obraban del modo dicho para no verse coartados o cercenados en la libertad de su función pública que ejercían por un poder extraño, señalando así a la Iglesia o la influencia de sus ministros, a los que no querían estar sujetos porque creían no debían estarlo para mejor servir al Estado o a su profesión u oficio. Aparte de que la Iglesia ni sus ministros son un poder extraño en la recta formación de la conciencia, única norma inmediata y práctica de todas nuestras acciones, que proceden de un solo principio inmediato, único en nosotros, aunque coopere con nosotros el mismo Dios, adviertan que la Iglesia no debilita el principio de nuestras acciones, sino que lo fortifica proyectando luz y energía; no se entromete en cuestiones ajenas a su misión coartando las actividades públicas o sociales a que vienen obligados los hombres por razón de sus cargos, profesiones u oficios, antes les enseña los valladares que deben respetar para no errar ni estrellarse para siempre, y que se alegren de haber vivido esta vida cuando la tengan que cambiar por la otra.

Servir a Dios es reinar, se dice en el prefacio de la Fiesta de Cristo-Rey. Y es que nadie hay más libre que el que se sujeta a la ley de Dios; es más: creo que él es el único libre, pues todos los demás o están sujetos a sus concupiscencias o pasiones, más o menos manifiestas, o a la voluntad de aquéllos, que aunque no se llamen sus tiranos despotas le obligan y roban su libertad de otro modo. Se ha reservado Dios para sí únicamente el que obremos con toda nuestra libertad precisamente cuando estamos sujetos a Él.

Ahondemos en esta consideración para formar bien nuestra conciencia y que ésta, a la luz del Evangelio, alumbré todos nuestros actos tanto en casa como en la oficina, en el orden privado y en el público, así en nuestras obligaciones para con Dios como para nuestros prójimos, pensando que con todos ellos vamos escribiendo el libro de nuestra vida, según el cual hemos de ser, finalmente, juzgados y para siempre.

## LA MUSA UCRANIANA EN EL EXILIO

En el número 23 de la revista mensual «Poesía Española» se publica una interesante nota sobre la poesía ucraniana y versiones en castellano hechas por Dmytro Buchynskyj, de poemas de Myjaylo Orest, Bohdan Kravtsiv, Yar Slavutich, Ihor Kachurovskyj y Leonid Poltava.

Pida un ejemplar a Pinar, 5

MADRID

Pág. 47.—EL ESPAÑOL



# LA TECNICA APUNTA AL CIELO

Ha entrado en servicio el nuevo mástil (172 metros) autorradiante de Radio Nacional

Un alarde de ingeniería y otro récord para España

ARRIBA, en el cielo, un trémulo sol de invierno, ancho y pálido. Abajo, como brotando de la planicie parda, la ligera bruma del Jarama que difumina contornos y pone en el horizonte un vélo sutil y melancólico.

Esta bruma tiene la culpa de que la nueva antena de Radio Nacional—mástil autorradiante la llama el ingeniero—no sea visible desde la distancia en la mañana de hoy.

Estamos ya muy cerca de Arganda cuando la esbelta torre—172 metros de altura—empieza a delinearse en el espacio. Aun no se distinguen los cinco cables riostras es su nombre técnico—que, a distintas alturas, la sujetan a la tierra, y la torre parece mantenerse en inverosímil equilibrio, clavada al suelo por un extremo y perdida en lo alto su punta afilada, sobre la cual ondea una bandera: la bandera que en la tarde del 7 de diciembre colocó allá arriba—no puede uno comprender bien cómo tuvo valor para ello—un obrero llamado Marcelino.

De las dos torres que formaban la vieja antena en «T»—puesta en servicio el año 1944—, una ya ha sido desmontada. La otra permanece todavía en pie—no por mucho tiempo—, empuñada ante el nuevo coloso. Para mí cumple en este momento un importante papel, porque me sirve de punto de comparación para hacerme una idea de lo que son los metros en vertical, que no se parecen en nada a los que medimos a ras de tierra.

## VIEJO Y NUEVO

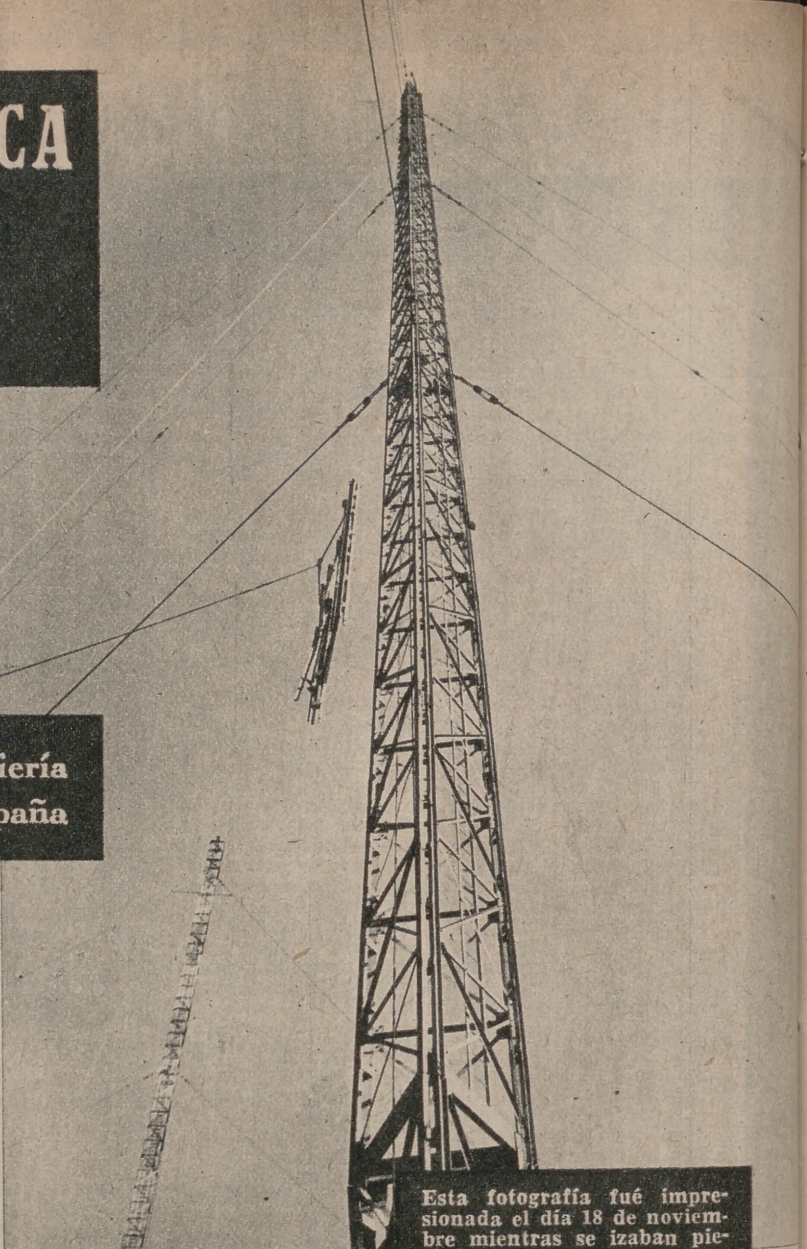
La primitiva antena, que ha prestado servicio durante nueve años, estaba formada por dos torres de 75 metros de altura—cuadrangulares—, unidas entre sí por un cable. Técnica ya algo vieja, según me explica el ingeniero, porque la radiodifusión

progresó a un ritmo febril, que impone una revisión constante de las instalaciones. Había que sustituirla por otra más moderna, con lo cual, y sin necesidad de aumentar la potencia de la emisora—esto se hará más adelante, en una segunda etapa—, se obtendría una considerable mejora en el servicio.

Don Francisco de Paula Moyano, ingeniero de Radio Nacional, es el autor del proyecto de este nuevo mástil autorradiante, que supone un avance notable en el orden técnico.

Moyano es hombre joven, andaluz, ex combatiente de la División Azul, que contesta a mis preguntas sin darse importancia, con absoluta sencillez.

La nueva antena ha sido construida totalmente en los talleres Boyer de Madrid y con materiales españoles. Es una viga recta de 164 metros de altura, de sección triangular equilátera, con 1,80 metros de lado, y rematados sus dos extremos por una pirámide; la pirámide superior se prolonga en un asta tubular de ocho metros, lo que da a la antena la altura total de 172 metros. Se apoya—al profano puede parecerle increíble, pero yo lo he visto—sobre un aislador de porcela-



Esta fotografía fué impresionada el día 18 de noviembre mientras se izaban piezas de gran peso para rematar el nuevo mástil autorradiante de Radio Nacional

na de 30 centímetros de alto por 20 de diámetro, mediante una rótula, y está sostenida por cinco riostras de doble brazo.

## PESO Y CIMBREO

—¿Cuáles son—pregunto—las diferencias más notables, aparte de la altura, que existen entre esta antena y las antiguas?

—Mira, chico—el ingeniero Moyano empieza generalmente sus frases con estas dos palabras—, en primer lugar, el peso. La torre, desmontada, pesa 20.000 kilos; montada, y sin fuertes vientos, la compresión vertical que sobre ella ejercen las riostras equivale a otros 20.000 kilos, lo que da un total de 40.000, más otros 20.000 que se han calculado para los días de vientos máximos, en los cuales el peso total que el aislador soporta es de 60.000 kilos.

—¿Y no se rompe?

—No, no—sonríe—. Antes de proceder a la instalación se ha probado todo concienzudamente. En el laboratorio de resistencia de materiales de la Escuela de Ingenieros Industriales, el aislador fué sometido a una presión



de 70.000 kilos. Y es poco peso.

—¿Poco?

—Sí. Al conseguir una antena de 172 metros de altura que, desmontada, sólo pesa 20.000 kilos, hemos batido un récord. Según los informes técnicos consultados, así como las más modernas revistas y publicaciones de ingeniería extranjeras, no existe ninguna otra torre de la misma altura que pese menos del doble.

—¿Cómo se ha logrado tan gran reducción en el peso?

—Construyendo el mástil en sección triangular, más ligera que la cuadrangular y, además, mucho menos deformable, y utilizando bastante la soldadura para suprimir el exceso de grandes tornillos y tuercas, que gravan el peso. Tampoco hemos pretendido, como se hacía antes, la inmovilidad absoluta.

—A ver, a ver, explíqueme eso. ¿Es que la torre se mueve?

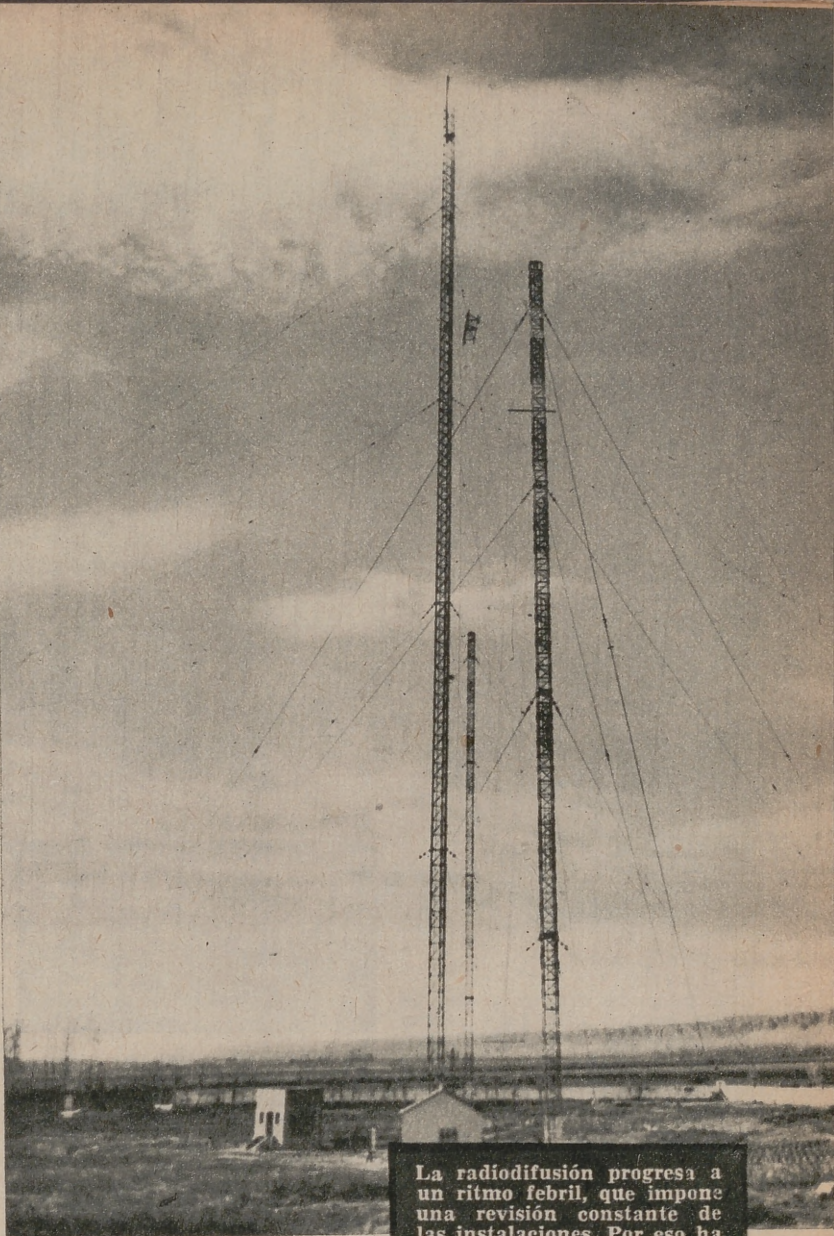
—Exactamente. La torre puede sufrir oscilaciones que en la cúspide llegan a 75 centímetros, para lo cual los cables que la sujetan han sido montados con una determinada elasticidad, de acuerdo con los estudios hechos por el señor Lera Puente sobre el comportamiento de las riostras en régimen dinámico.

Uno se imagina lo que debe ser esta torre colosal y delgada en los días de viento fuerte, oscilando como un junco, y piensa en lo divertido que resultaría subir allá arriba para reparar cualquier avería insignificante. Pero no; es mejor no pensarlo.

—¿Se ha notado ya la influencia de este coloso en las emisiones de Radio Nacional?

—Sí, aunque no total. El complemento de esta instalación es el derribo de las torres primitivas, de las que, como ves, aun falta una. La proximidad de estas masas metálicas determina una absorción de energía y produce sombras en la radiación. A mediados de enero se habrá terminado de desmontar esta segunda torre y se radiará ya en condiciones óptimas.

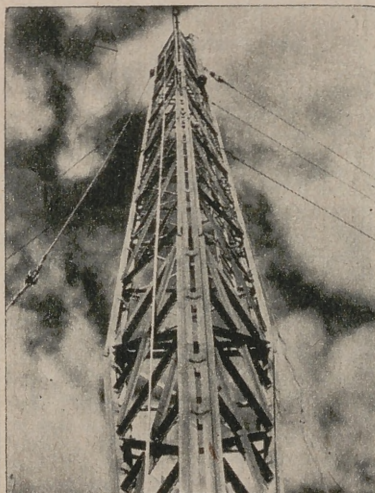
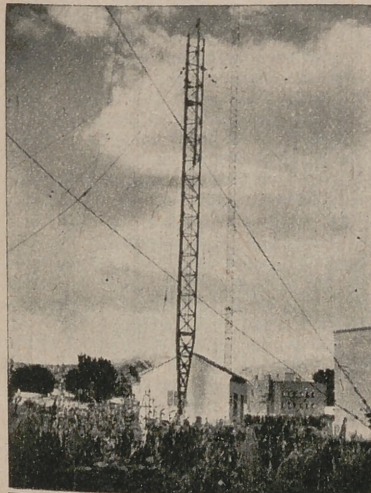
De espaldas al sol distingo perfectamente el asta de la bandera, pintado con los colores del Movimiento. Un avión de propulsión a chorro pasa como un cohete, dejando en el espacio su blanca estela de humo, que tarda varios minutos en desvanecerse. La gran torre metálica tiene también algo de estela de humo, pero de humo permanente, como si uno de estos aviones, partiendo de la tierra húmeda en rápida ascensión vertical, la hubiera dejado allí para siempre, rematada por la flameante bandera roja y gualda



La radiodifusión progresa a un ritmo febril, que impone una revisión constante de las instalaciones. Por eso ha sido necesario levantar esta moderna antena en Arganda

—¿Cuántos millones ha costado la fabricación y montaje del mástil autorradiante?

—¿Millones? Ninguno. Cuatrocientas sesenta mil pesetas ha sido su coste total.



Tres fotografías que muestran otras tantas fases del avance de la construcción





Vista general de la emisora nacional de onda media de Radio Nacional de España, en Arganda, con la nueva antena de 172 metros. Las dos torres antiguas de 75 metros están siendo desmontadas

—¿Faltan detalles?

—Pintarla.

Me pregunto cuántos golpes de brocha harán falta para pintar esta inacabable flecha que apunta al cielo.

—También—añade el ingeniero—se han instalado las luces necesarias para que, durante la noche, pueda ser vista fácilmente desde los aviones, y ya figura en las cartas de vuelo. Constituye un buen punto de orientación para la navegación aérea.

#### UN TRABAJO DE TITANES

La nueva antena estuvo dispuesta para ser montada el día 4 de octubre, fecha en que se dió por terminada la colocación del minúsculo aislador de porcelana.

Ahora, imagínense ustedes un ejército de obreros, camiones, teléfonos, grandes máquinas, capacitores con megáfonos, grúas gigantes, ambulancias, proyectores, «jeeps»...

Pues no hubo nada de eso. No hubo más que unos cabrestantes, tres obreros montadores—Marcelino Acebrón, Chicharro y García Valle (más conocido en los con tornos de Arganda por «el Málaga»)—, ocho peones, los ingenieros y el ayudante (y que me perdonen los ingenieros y el ayudante si en esta ocasión les he dejado para los últimos, prescindiendo de su jerarquía).

¡Y arriba la torre!

Estábamos en octubre, en los días más cortos del año, los de peor tiempo. Lluvia y viento unas veces, y otras, la bruma del río velando el espacio azul. Madrugadas gélidas en las que se hace necesario retrasar la hora de comienzo del trabajo. Existe además la dificultad de que Ra-

dio Nacional de España no puede dejar de transmitir, aunque durante unas semanas lo haga en condiciones algo deficientes. Corre prisa terminar la instalación para que entre en servicio. Se producen corrientes eléctricas de unas a otras masas metálicas. Algunos obreros sufren quemaduras en las manos.

La torre va subiendo; febrilmente, sin descanso, gracias a un trabajo heroico, en el que muchas veces se arriesga la vida. En la última etapa, los montadores invierten cerca de una hora en subir a lo alto, deteniéndose un rato a reponer fuerzas en cada uno de los cinco descansillos de que la torre dispone. Físicamente, no todo el mundo sería capaz de realizar esta ascensión.

Los montadores suben por la mañana, y a mediodía se les envía el almuerzo por medio de cables. Comen cerca del cielo, al sol unas veces, azotados otras por los elementos. Cuando descienden, anochecido, parecen más viejos: están cansados, ateridos de frío... Pero a la mañana siguiente vuelven a subir. Se desgañitan gritando a los de abajo para que den dos vueltas más al cabrestante o envíen tal o cuál herramienta; casi no se les oye. Desde abajo se siguen ansiosamente sus movimientos. Apenas se les ve...

Cuesta trabajo imaginarlos en aquella inmensa soledad, donde sólo les rodea el espacio; dominando el vértigo, dando rápida cuenta del almuerzo y del cigarrillo para proseguir en seguida la febril tarea. Separados del suelo

firme por una hora de peldaños.

Hay interés en que el 8 de diciembre, día de la Purísima, el mástil autorradiante entre en servicio. Todo se sigue al minuto, se vigila al segundo, porque la fecha se aproxima. Es poco tiempo—dos meses—, pero todo depende de Acebrón, de García Valle y de «el Málaga».

Debe ser maravilloso el espectáculo de París visto desde la torre Eiffel, tras una cómoda subida en ascensor; debe ser maravilloso el espectáculo de los campos ligeramente ondulados, el río perdiéndose entre arboledas, las luces de Madrid a lo lejos, visto desde esta torre cimbreada que enviará las ondas a los cuatro vientos.

Ciento setenta y dos metros de altura y 20.000 kilos de peso.

El día 7 de diciembre suena en lo alto de la torre el último martillazo. Hay una pequeña concentración espontánea en torno a la antena. Gentés de Arganda, empleados de Radio Nacional, ingenieros, guardias civiles. Las señoras han hecho una novena pidiendo protección a la Virgen para los que trabajan tan arriba. Todo tiene un aire guerrero, difícil, heroico.

A 172 metros de altura, Marcelino Acebrón, completamente fuera de la última plataforma, al aire, abrazado al mástil en equilibrio mortal, iza la bandera.

La gente grita. Suena el Himno Nacional, y la guardia civil dispara salvos con sus fusiles.

El mástil autorradiante «San Francisco de Paula»—así reza una placa, por expreso deseo del ingeniero que lo proyectó—puede ya entrar en servicio.

Transmite Radio Nacional de España...



# SIN TOROS NO HAY FIESTA

El Grupo Nacional de Criadores de Toros de Lidia del Sindicato de Ganadería ha celebrado importantes reuniones

■ *El afeitado*

■ *Los picadores*

■ *El peso*

EN invierno, los toreros, si no están en América, se ocupan en descansar, entrenarse en el campo y en las tientas y en corregir defectos pasados a la vez que se hacen proyectos futuros. Los ganaderos hacen balance y resumen de la temporada y, análogamente, perfilan matices y delimitan líneas para las corridas que se lidiarán en los festejos de la temporada próxima. Es en esta época invernal cuando hay ocasión de tomar nuevos e importantes acuerdos que revaloricen los ya existentes o que los mejoren en aquellos puntos que por diversidad de circunstancias no han resultado todo lo perfectos que hubiera sido de desear.

El año pasado marcó el comienzo de una etapa de primacía del toro. Si no hay toreros es igualmente cierto que no habrá fiesta de toros, pero por muchos toreros que se muestren como tales si no existen animales en idóneas condiciones de bravura, trapío, peso, defensa y, en resumen, casta excelente, las facetas artísticas de los lidiadores quedarán completamente inéditas y la Fiesta Nacional se vendrá abajo y perderá el interés al faltar el centro sobre el que gira todo el complicado, y simple a la vez, mundo de toros, toreros y ganaderos.

Es ahora el mejor momento para ver lo que se ha alcanzado y comparar lo que se puede conseguir en pro de una depuración máxima del festejo. Es indudable que al existir una pureza casi absoluta en los componentes de la Fiesta Nacional, el beneficio que de ellos se obtenga irá a parar a los mejores, es decir: al torero más poderoso y artista, al ganadero más escrupuloso y cuidadoso, al picador más hábil y al banderillero más experto. Al elevarse el nivel de la fiesta de toros, el público aficionado saldrá satisfecho la mayoría de las veces, muchas más de las que ahora; aumentará, por consiguiente, la afición y los beneficios económicos para toreros,



La estampa de un par de banderillas, en todo su esplendor, se recoge en esta fotografía

ganaderos y empresarios serán mayores, con lo cual todo el mundo—¡cómo no!—habrá quedado doblemente satisfecho.

## EL TORO, ELEMENTO FUNDAMENTAL DE LA FIESTA

Al defender al toro se defiende a la vez al torero. Cuando se procura conseguir bravos animales, de preciosa estampa, de bonita cabeza, con empuje y poderío a la vez que con pastueña y dócil suavidad, quien primeramente sale beneficiado es el torero. En igualdad de condiciones de mansedumbre es más fácil cortar le orejas a un toro fogueado que a uno que haya pasado sin tal castigo. En igualdad de condiciones de bravura es más fácil cortar le orejas a un toro de respetable presencia que a un novillito terciado de aspecto inofensivo. Esto no es descubrir ninguna verdad oculta, sino que es un axioma que todos, absolutamente todos, los toreros le conocen. El trapío y la bravura de los toros es fundamental en la Fiesta, y es lo que, sobre todas las demás cosas, debe de conseguirse y conservarse antes que ninguna otra.

Atendiendo a este deseo, el Grupo Nacional de Criadores de

Toros de Lidia del Sindicato Nacional de Ganadería ha desarrollado una serie de reuniones encaminadas a este fin. El 10 de diciembre se reunieron en Salamanca los ganaderos de la zona Norte; el 15 lo hicieron en Sevilla los de la zona Sur y el 21, en Madrid, los de la zona del Centro. Como consecuencia de estas reuniones, aparte otros resultados y acuerdos que luego reseñaremos, el Jefe Nacional del Sindicato de Ganadería anunció la institución de un premio anual para premiar la labor, a lo largo de toda la temporada, de la ganadería que se hubiese distinguido en cuanto a condiciones de presentación, bravura y selección del ganado lidiado. Al establecerse este galardón, aparte del ya natural estímulo e interés personal del ganadero, se crearía un mayor deseo de superación y la ganadería volvería a ser lo que anteriormente fue: un legítimo orgullo del propietario ajeno por completo al interés crematístico del producto de la

Una corrida en los corrales





venta de sus animales. No se daría el caso de algún ganadero de estos últimos tiempos—conste que el garbanzo negro no quiere decir que toda la olla esté podrida—que enviaba en sus corridas mitad y mitad: es decir, tres animales seleccionados de su propia casta y tres moruchos, comprados de añejos a los morucheros, los cuales eran marcados con el hierro de la ganadería de fama y enviados a las plazas para su lidia. Se daba el caso de que siendo, al menos nominalmente, oriundos de la misma sangre, tres de los animalitos salían bravos y conforme a las características de la vacada, pero los otros tres eran lo que se llama unos auténticos «petardos». Para esta clase de ganaderos—no todos, ni mucho menos, repetimos—la ganadería era un auténtico negocio y todo su estímulo y satisfacción consistía en ver aumentar el saldo favorable de su cuenta corriente. Tal vez, el espejismo del dinero ha sido lo que ha hecho crecer el número de ganaderías de lidia en los últimos años.

Lo que quiere el Grupo de Criadores de Toros de Lidia es volver a aquellos tiempos en que los toros salían a la plaza talmente como si estuvieran dispuestos a ser presentados en un concurso de belleza taurófila: gordos, lustrosos, relucientes, rizado el testuz, los cuernos finos y simétricos y la estampa airosa como el espíritu de su legendaria tierra.

#### GARANTIAS PARA EL EXAMEN DE LOS PITONES

En las reuniones celebradas en el Sindicato de Ganadería se ha tratado también, del problema del «afeitado» de los toros desde el punto de vista de los ganaderos. Todos los ganaderos están de acuerdo en que no se deben arreglar los pitones de los toros y que deben de ser sancionados con el máximo rigor aquellos que tal operación realicen. Pero, teniendo en cuenta que han ocurrido en la última temporada algunos casos de sanción dudosa, es decir, toros que presentaban señales de deformación extrínseca en los pitones, no obedientes, al parecer, a manipulación humana, quizá por una apreciación subjetiva demasiado rápida, han sido señalados como que tales toros habían sido «afeitados».

Es, desde luego, muy difícil, por no decir casi imposible, asegurar a simple vista cuándo un pitón que presente deformaciones en su punta ha sido arreglado por el hombre, o cuándo, tal fenómeno obedece a causas puramente naturales y particulares de cada animal. Desde que el toro nace, a los dos días mismos de nacer, ya embistió. Primero topa con la cabeza porque no le han crecido los cuernos, pero luego emplea sus astas, que son su arma de defensa, en toda clase de operaciones. Cuando está en época de «pelechar»—o echar pelo nuevo—el animal se rasca contra las paredes, contra los terraplenes y contra las peñas. Hay momentos en que los pitones tropiezan con estos cuerpos duros y se astillan o se deforman. Cuando el toro tiene mucho peso derrota con más fuerza en virtud de su gran masa; por esta razón, los toros grandes, de carnes apretadas y duras, se astillan con más facilidad que los pequeños. Ocurre otras veces que toros enchiquerados por la mañana en su correspondiente departamento, sin la menor muestra de arreglo humano en sus defensas, salen a la plaza con los dos cuernos escobillados o con alguna de las puntas aplastadas. Es que el animal, en su bravura, derrota contra la piedra silicea del toril y se estropea las puntas. Esto ha ocurrido toda la vida y ni el ganadero ni el matador han intervenido para nada en ello. Cuando los toros están en la época de celo luchan entre sí. Este es también otro de los motivos por los que a veces aparecen los toros con las puntas comidas o redondeadas. Pero estas causas, que son del todo naturales, no merman las condiciones defensivas y ofensivas del animal.

Los ganaderos, en estas reuniones, presididas y orientadas por el Jefe del Sindicato Nacional de Ganadería, don Diego Aparicio, han solicitado la creación de unas garantías máximas en la operación de reconocer los pitones después de la muerte del animal. En el caso, por ejemplo, de duda, es decir, si los encargados de dictaminar si hubo o no afeitado, estimasen falta delictiva y el ganadero sostiene la ausencia de manipulación humana, piden los ganaderos que, para mayor seguridad, se precinten debidamente tales astas y se en-

vien a la Facultad de Veterinaria de Madrid para un más detenido reconocimiento con aparatos especiales, que, por fuerza, han de carecer de ellos en algunas plazas de toros.

#### EL PESO DE LOS TOROS

Otra de las cuestiones debatidas en estas reuniones es el peso de los toros. Antiguamente se pesaba toda la corrida y se dividía por el número de toros. El promedio era el peso de la corrida. Esto dió lugar a que se enviasen toros demasiado pequeños, que, junto con los que excedían el peso, daban un promedio ponderal aceptable. Después se fué achicando el peso y se llegó a los resultados que todos hemos comprobado.

Sin embargo, más importante que el peso, como ya hemos dicho, es el tipo zootécnico del toro, su dureza y su bravura. Al tratar de la cuestión del peso, los ganaderos solicitan que, puesto que algunas ganaderías, por la anatomía de sus toros, al pesarse en canal los animales lidiados no dan el peso debido, entre otras causas a la especial conformación de la cabeza o de la panza, se autorice a que, pesados los toros en canal o inmediatamente después de muertos, antes de ser descuartizados, si de alguna de estas dos maneras dan el peso reglamentario, no se les imponga sanción.

De todas maneras, hay que tener en cuenta que en los pesos en canal está el poderío del toro. Si el toro es panzón puede dar el peso antes de ser descuartizado, pero su poderío es menor que otro del mismo peso y con vientre más reducido.

#### EL PROBLEMA DE LOS PICADORES

Quizá más importante que el problema del «afeitado» de los toros sea el problema del tercio de varas. Y no por culpa de los picadores precisamente. El toro ha ido evolucionando hacia una sola de las suertes: la de muleta. Todas las demás fases de la lidia van encaminadas a preparar al toro para que esté en condiciones de que el matador le dé los oportunos muletazos, cerca, quieto y sin moverse. Para ello el toro tiene que llegar muerto a la muleta. Si no muerto, en estado agónico, por lo menos. El toro, como no tiene fuerza, no pasa. Y el matador mira al público, diciendo: «¿Qué puedo ha-



Faena campera en una ganadería andaluza de toros de lidia



cer con este inválido...?) Quien se encarga de quitar fuerza al toro es el picador. No por propia voluntad, sino por la de aquel con quien está contratado y que es el que le da de comer.

La técnica de la operación es la siguiente: Sale por delante el reserva. El reserva tiene por especial misión rajar la piel del toro para que quede un buen espacio disponible. Llega el picador de turno, apunta hacia el agujero e introduce la puya actual. Como la puya es fija y el orificio hermoso, basta un leve movimiento del brazo, en sentido giratorio, para que, sin necesidad de barrer escandalosamente, penetre la arandela que sirve de tope. A continuación se empuja, y como en la segunda vara es raro el toro que tenga fuerzas para derribar la mole en la que va subido el picador, pues es fácil introducir medio metro de palo. El toro queda agotado y el matador puede volverse de espaldas al bicho durante su faena de muleta y tumbarse tranquilamente a dormir la siesta, que no le pasará nada, porque el animal permanecerá inmóvil y sin poderío ni para adelantar una oreja.

Para evitar el excesivo castigo de los toros, el Sindicato Nacional de Ganadería convocó hace algún tiempo un concurso con el fin de adoptar un nuevo modelo de puya. Se presentaron varios proyectos, unos mejores y otros peores, pero encaminados a evitar el giro del brazo y el consiguiente barrenamiento. Los nuevos modelos de puyas llevan un juego de bolas que hace que, al girar el palo, permanezca inmóvil la parte de hierro introducida. Por otro lado, llevan una arandela adaptable a la piel del animal que evita la penetración de la parte de palo que ahora se introduce.

Es, pues, ahora el momento de sustituir el actual modelo de puya por estos nuevos modelos provistos de juegos de bolas, arandela adaptable o cruceta de hierro. El toro no recibiría nada más que el castigo justo y adecuado y conservaría ese poderío que le ha hecho en el mundo un auténtico personaje de leyenda y de tragedia.

#### EL PETO Y EL CABALLO TANQUE

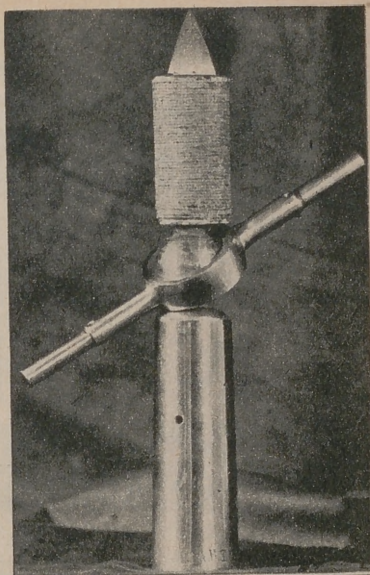
Anejo a la cuestión de las puyas se encuentra el problema de los petos. Hoy, los picadores pueden apuntar con toda comodidad al agujero preparado del toro, merced a que van montados en auténticos tanques. A no ser que el toro tenga una gran potencia y poder, el derribo es poco menos que imposible. El peso del peto está reglamentado en 15 kilogramos, pero hoy todos los petos que se utilizan pesan cerca de los 30. Además, la forma primitiva del peto estaba encaminada a cubrir tan solo las partes vulnerables del caballo, permitiendo que el toro embistiese y derribase, haciendo entonces necesario el quite por los toreros de a pie, que tenían por este peligro una importancia mucho mayor en esta suerte que la tienen hoy día. La misión de los peones de hoy, de acuerdo con las órdenes recibidas, consiste en meter al toro debajo mismo del

caballo-tanque, evitando el derribo y permitiendo el puyazo seguro en el lugar que el matador y el picador desean. Con los nuevos modelos de puyas, el barrenamiento quedaría evitado. Por otra parte, ¿por qué no está en las actuales corridas el toro en su sitio y el caballo en el suyo, como corresponde a la suerte de varas? Otra pregunta: ¿Por qué no se vuelven a fogear los toros mansos que, colocados toro y caballo en la posición a que antes hemos hecho referencia, no toman los puyazos reglamentarios? Las banderillas de fuego, aparte de su mayor visión por el público, que muchas veces no se da cuenta de las banderillas negras ni de los lacitos del mismo color, descomponen al toro manso, haciendo más difícil su lidia, a la vez que le producen un verdadero quebranto. En esta nueva política que sigue el Sindicato Nacional de Ganadería de premiar la labor de las ganaderías que más se hayan distinguido en condiciones de bravura y trapío, el retorno de las banderillas de fuego es obligado. La banderilla de fuego es una repulso sonora y visible de la mansedumbre del toro. ¿Y no es el toro lo fundamental de la fiesta?

Conclusiones: Establézcase el nuevo modelo de puya que impide el introducir medio metro de palo en el cuerpo del toro; redúzcase el tamaño del peto y su peso, dejándolo en 15 kilogramos y despojándolo a la vez de los faldones que convierten al caballo en fortaleza andante; implántense de nuevo las banderillas de fuego; créense garantías conducentes a saber cuándo ha sido «afeitado» un toro y permítase pesar las corridas de las dos maneras a que antes nos hemos referido. Todas estas medidas conducirán a seleccionar mejor la bravura del toro y éste llegará en aquellas condiciones de poder y nobleza que en los tiempos antiguos eran consustanciales con el nombre y la casta del toro de lidia. Si todo esto se cumple y se verifica tendrá forzosamente que variar en algunos detalles la manera de torear. Pero entonces se convertirán en primeras figuras aquellos que por su arte, sabiduría e inteligencia propia puedan con el toro. Y entonces también las cuadrillas de a pie recobrarán su importancia. Cada uno, pues, estará en el sitio que verdaderamente le corresponda.

#### HACIA LA EXPORTACION DE LAS CORRIDAS

Señalemos, por último, el momento favorable para comenzar una grande y decisiva campaña encaminada a extender el área de nuestras corridas de toros. Hay que fomentar la exportación de nuestra fiesta. Para ello deben darse facilidades referentes al paso por las fronteras de los toros de lidia. Un avance en este sentido, aunque no definitivo, ni mucho menos, es el re-



Nuevo modelo de puya

ciente acuerdo de los ganaderos autorizando la exportación de vacas bravas a América del Sur. Han salido ya cerca de 300 vacas y unos cuantos sementales de pura casta con destino a aquellas tierras. En aquellos lejanos lugares no se dan muchas veces corridas de toros por falta de materia prima, es decir, por falta de ganado bravo. Las ganaderías aborígenes han perdido toda su casta, descendiente de antiguas ganaderías españolas, y salen completamente mansas. Se dió el caso de que en la reaparición de Arruza en una de las plazas sudamericanas no se llenó ni la mitad de los tendidos, debido a que los toros eran de una de las ganaderías del país que el domingo anterior había salido sin un átomo de imprescindible bravura.

Al refrescarse y renovarse por completo la sangre de las ganaderías extranjeras aumentaría la afición. A Francia se llevan corridas portuguesas, de mucha menor casta que las españolas, debido a una mayor facilidad de las autoridades de Portugal para la exportación. A Francia se llevan petos y caballos españoles para las corridas de toros que allí se celebran, y en Toulouse, sin ir más lejos, se ha construido una nueva y magnífica plaza de toros. Hasta París han llevado algunas pruebas de nuestra fiesta.

La expansión de las corridas de toros redundaría indudablemente en beneficio de España. Todo el material de las corridas, material humano, animal y de utillaje, es español. Y, aparte del beneficio económico, se extendería una influencia espiritual— aunque sea en un determinado aspecto—, pero influencia al fin y al cabo. No hay más que recordar, por ejemplo, el caso de Manolete en Méjico. Hay que buscar, pues, nuevos casos parecidos en todos los países de óptimas condiciones para el desarrollo de nuestra fiesta nacional. Y esos países todos sabemos cuáles son.

José María DELEYTO

Pág. 53.—EL ESPAÑOL

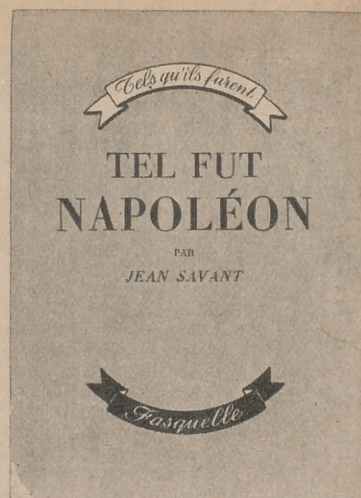
Suscríbese a  
"POESIA ESPAÑOLA"



EL LIBRO QUE ES  
MENESTER LEER

# ASI FUE NAPOLEON

Por Jean SAVANT



DE la extensa obra de Jean Savant como historiador del periodo napoleónico quizá sea esta obra la que presenta más acusados los rasgos característicos de popularidad o divulgación anecdótica, que tanto gustan al gran público, aunque los investigadores serios sólo les confieran un valor relativo para enjuiciar a los grandes personajes.

En esta obra, que ofrecemos resumida en algunos párrafos característicos, la figura humana de Napoleón sale muy malparada, pues no solamente nos presenta al héroe con un total desenjreño moral, sino dotado de más ruindad que grandeza y su vida como una sucesión de éxitos debidos a una buena suerte inaudita y a un oportunismo feroz.

El libro es interesante, por otra parte, como reflejo de una interpretación anecdótica de la Historia, que lleva varios años de moda en muchos centros editoriales y que se expresa generalmente en forma biográfica.

Sin embargo, a pesar de la lectura fácil, absorbente incluso de estas obras, queda siempre, al final, la impresión de que los grandes acontecimientos históricos, las corrientes que arrastran a la humanidad haciéndola cambiar de sentido, deben tener otras causas más profundas, que son deliberadamente apartadas de nuestra atención por un autor ameno.

«TEL FUT NAPOLEON».—Ediciones Fasquelle. París, 1953.—333 páginas.

CARLO Bonaparte, el padre de Napoleón, cambió de chaqueta. Nadie había más visor que él. Abandonó la causa estéril de la resistencia corsa contra los franceses para echarse en brazos de éstos, que lo eran todo y todo lo podían. A partir de entonces nada le faltará. Para él mismo una sincura, un sueldo, honores. Para sus hijos, el Rey de Francia los tomará a su cargo: serán educados y alimentados en sus colegios. Pronto figurará en Versalles como diputado. Hombre hábil, que se anticipa en más de siglo y medio a su época, tuvo doce hijos y dejó al Estado la tarea de criarlos.

## EL PRIMER GALON

A los dieciséis años, con los estudios generales y militares terminados, a Napoleón parece esperarle tan sólo una vida tranquila, ir ascendiendo paso a paso en su carrera militar. Empieza una vida feliz de diversiones y lecturas. Los deberes militares apenas cuentan: seis meses de guarnición y seis de vacaciones. Era la costumbre.

Aunque sigue pensando como un furibundo nacionalista corso y tacha de «tiranos» a los franceses, está orgulloso de su uniforme y considera que el régimen nada debe negarle. Solicita nuevos favores para sus hermanos y hermanas. Francia le paga unas mil libras por año y es una pura leyenda lo de su pobreza.

Frecuenta mucho la sociedad. Los militares tie-

nen toda la tarde libre. Entonces lee y trabaja. Por la noche sale. Cuando sus camaradas hacen excursiones, él los acompaña. Cuando van de juer-ga, también. Nunca llevó Napoleón la existencia de un paria, ni siquiera la de un pobre que oculta su miseria. En todas partes era tratado igual que sus camaradas de regimiento.

De guarnición en Auxonne, lee autores antiguos, filósofos y geógrafos. Pero no lee mucho. Esa es otra leyenda. Treinta volúmenes entre junio de 1788 y septiembre de 1789. No es gran cosa.

En aquel año, cuando se anuncian los primeros disturbios, no siente vacilaciones. Al principio se muestra partidario del poder que le da el sustento. Pero pronto se da cuenta de que el poder puede cambiar de manos. Posee instinto práctico y toma una decisión. En la caja del regimiento toma un anticipo de su sueldo y se hace conceder nuevas vacaciones: seis meses que piensa pasar en Córcega. Decididamente esta nación de «tiranos» no le trata mal.

Los seis meses se convierten en dieciocho, con un aumento de vacaciones que se toma por su cuenta. Al regreso lleva consigo a su hermano Luis. El «tirano» le adoptará, pues Luis XVI todavía reina.

También es una leyenda lo de que Napoleón se privaba de todo para dar de comer a su hermano. Lo hace creer a los demás solamente. Sigue su vida fácil y agradable.

El 25 de agosto de 1791 celebra por última vez la fiesta del que mucho más tarde habrá de llamar «mi tío» y del que dentro de poco festejará la muerte: a Luis XVI no le quedan más que dieciocho meses de vida. Pide nuevas vacaciones y las logra. En 1791 regresa a Córcega. Piensa estar sólo seis meses, pero no se reincorpora al regimiento hasta junio de 1793, casi dos años más tarde.

Muerto el Rey y arruinada la familia Bonaparte en Córcega, como consecuencia de sus propias intrigas y luchas en la política isleña, Napoleón se presenta en Francia como víctima no de sus propios errores, sino de su devoción a la causa republicana. Su buena estrella vuelve a brillar. La huida de oficiales al extranjero facilita su ascenso a capitán y le confían el mando de un batallón en Tolón.

## EN BUSCA DE UNA RICA HEREDERA

Aunque llega a general no se hace muchas ilusiones. En aquella época cualquiera podía llegar a general, pero con la misma facilidad podía ser condenado a muerte.

Sus relaciones con Barrás son de íntima amistad. A su amigo le confía su impaciencia por casarse con una mujer rica, cualquiera, la que sea. Las pretensiones de Napoleón para casarse con Emilie Laurenti, Désirée Clary y algunas otras han fracasado. Barrás piensa en otro «asunto» que puede dar resultado: la vieja y opulenta señorita Montansier. Poco importa su mucha edad. Tiene más de un millón en dinero contante y sonante, otro tanto en Deuda del Estado (el equivalente a 50 millones de pesetas actuales) y numerosas casas, teatros, etc. Barrás los presenta y los «novios» empiezan a hacer proyectos. Pero todo se viene



abajo. Napoleón encuentra otra mujer menos rica, pero menos vieja: Josefina.

Anteriormente trata, en vano, de obtener la mano de la señora Permón, que será la suegra de Junot. La señora Permón, compatriota de Bonaparte, acaba de enterrar a su marido, que la ha dejado rica. Tiene veinte años más que Bonaparte. ¿Y eso qué importa? ¿Que acaba de enterrar a su marido? ¡Tampoco importa! La viuda de Permón le rechaza. El tardó mucho en perdonárselo.

Hay otra mujer a la que no perdonó nunca. Era la más bella y deseada de toda Francia, la amante del mismo Barrás, la mujer de Tallien, Teresa. Era una mujer todopoderosa. Le podría servir de mucho para hacer carrera. Estaba convencido de que un hombre no hace carrera si no cuenta con el apoyo de las mujeres. Trató, pues, de seducir a la incomparable Teresa, de quitársela a Barrás, lo mismo que éste se la había quitado al marido. La bella Teresa se rió a carcajadas de sus pretensiones y le puso en ridículo. Pero se aguantó la humillación porque su porvenir dependía de Barrás. Como no logró quitarle a su amante, se aplicó por lo menos a conservar su protección.

### LA CRIOLLA

Napoleón es feliz. Después de su nombramiento de segundo comandante de ejército del interior, Barrás le hace general de división. Luego comandante en jefe y le concede el Gobierno una gran suma de dinero. Entonces empezó el gran amor de su vida.

En el fondo nadie sabe cómo empieza. La pasión suprema de Napoleón empieza bajo auspicios enojosos. Continúa jalonada de suciedades. Termina de manera desventurada. Las personas interesadas, principalmente los hijos de esta mujer, han urdido encantadoras leyendas para salvar la reputación de su madre. Pero Napoleón ha hecho confesiones que echan por tierra la leyenda.

Josefina, que se casó por primera vez cuando el pequeño Napoleón estaba en la escuela de Brienne, no era tan guapa como se ha dicho. Viuda del general Beauharnais (guillotinado el 23 de julio de 1794), era pequeña y se iniciaba en ella una decrepitud precoz. Poseía, sin embargo, un gran atractivo y la ciencia de fabricarse la belleza, por lo que pasaba muchas horas en el tocador. Napoleón sólo cayó bajo la influencia de una mujer hábil y experta. Si ella no se lo hubiera propuesto, él jamás se habría enamorado.

Fué ella la que dio los primeros pasos. Al día siguiente de Vendimiario comenzó la partida. Josefina andaba buscando la amistad de personas bien situadas, con posición sólida y que no careciesen de dinero. Afirmaba que quería conservar su libertad y que, por lo tanto, no quería un nuevo matrimonio. Así se lo dice a Napoleón. Pero mentía descaradamente. La verdad era muy otra.

Napoleón quería casarse con una mujer rica. Hizo sus averiguaciones, pero Josefina estaba prevenida y le dieron las informaciones que ella había preparado. En víspera de su muerte, Napoleón dijo: «Me casé con Josefina porque creí que tenía una gran fortuna. Ella lo aseguraba. Pero no tenía nada.»

Después se desarrolló una comedia en tres actos. En el primero, Bonaparte fué a ver a Barrás para comunicarle sus proyectos matrimoniales y pedirle consejo. Bonaparte llegó al fondo de la cuestión: «En primer lugar, la señora de Beauharnais es rica.» Barrás le asegura que será un matrimonio provechoso. Está sinceramente contento, porque se trata de una antigua amiga suya a la que tiene ocasión de situar bien.

En el segundo acto, es a su vez la criolla la que acude a solicitar consejo de Barrás. Le confiesa que Napoleón la ha hecho regalos tan magníficos que dan a entender que tiene una gran fortuna. «Por mi parte—le dice Josefina—, no he creído prudente ponerle al corriente de mi difícil situación económica. Créeme que tengo dinero actualmente y que voy a heredar muchas cosas en la Martinica. No se lo diga, por favor... En realidad, no le amo... Es a usted al que amaré siempre.»

El 7 de febrero de 1796 se publican los próximos espasmos de Napoleón Bonaparte y Josefina. Napoleón se entera entonces de los rumores que circulan sobre su prometida y Barrás. Interroga a la «novia». Ella le cuenta una historia según la cual Barrás la pretendía, pero ella le ha resistido. «Bue-

no—exclama Napoleón—, si está dispuesto a darme el mando del ejército de Italia, le perdono todo.»

Así se termina la comedia, en la que el gran maquinador no es, desde luego, Napoleón.

### GENIAL Y RIDÍCULO

Durante su campaña en Italia, Napoleón echa de menos a Josefina, que se ha quedado en París. Es preciso que venga a su lado en seguida. Mientras llega, la escribe con palabras excesivas, absurdas. Son unos billetes mal escritos, estúpidos, a fuerza de ser la expresión de un deseo exasperado. En París, Josefina no lee sus cartas. «Está delirando», dice, y empieza a sentirse harta.

Su pensamiento no se aparta de Josefina. La llama continuamente y la envía paquetes de dinero, que nunca bajan del valor de un millón de francos actuales. Pero pasa el tiempo y ella no viene. La envía a Junot y luego a Murat. La criolla considera a los dos mensajeros: Junot es importante. Murat está tallado como un hércules. Pronto abandona a Junot y se queda con Murat. Desde Cherasco, en Italia, siguen llegando billetes amorosos que hacen reír a Murat y a Josefina.

### LA EMPERATRIZ

¡Emperador, es Emperador! Le obliga a mirar al pasado, le vuelve a la realidad, su familia. En primer lugar, su mujer: Su Majestad la Emperatriz de los franceses. A ella la tolera todo. Le basta con que le entienda a él y le haga feliz. Con enormes defectos, Josefina tiene sus buenas cualidades. Sabe ganarse los corazones que pierde Napoleón con sus brusquedades. Se aprecia su tacto. Derrocha el dinero y esto la da fama de generosa. Está bien educada y corrige las torpezas de su marido. Es fina y suaviza sus groserías. Siempre está atenta a borrar una mala impresión.

La criolla es útil a Napoleón, pero de poco interés para la nación. Sus encantos y gracias sólo alcanzan a una pequeña corte de privilegiados, pero cuestan muy caros. Casi todos los años Josefina revela a su marido que ha gastado todos los millones que le han sido asignados y que tiene, además, unos cuatro millones de deudas, o sea unos 500 millones de francos actuales.

### LA TRIBU

Los Bonaparte son unos cincuenta, que se reparten el dinero y las prebendas, las residencias señoriales, los títulos, los hombres. La dotación de estas majestades y altezas cuesta a los franceses unos 400 millones de francos oro. En vano se buscarán los servicios excepcionales que puedan haber prestado a Francia para costar tan caros...

### LA CAIDA IRREMEDIABLE

Todo el mundo les abandona. Civiles y militares, señores de la Legión de Honor—una multitud—están hartos. «¡Cómo! ¿Aun no se ha marchado?»

Napoleón hace una pausa en la Malmaison. La tribu ha acudido también. Hay nuevas distribuciones... Clandestinamente ha hecho sacar el oro de la Tesorería. Se lo entrega al banquero Laffite. También se quiere llevar las joyas de la Corona. El tesoro se niega. Son propiedad de la nación. Ha permanecido cien días en el Poder, durante los cuales se han concedido unos 21 millones de francos oro, o sea más de 6.000 millones actuales. La tribu dispone de recursos fenomenales. Hortensia es fabulosamente rica. Letizia podría comprar los tesoros del Vaticano. Eugenia tiene 50 millones en oro. Luciano es el más rico señor de Italia. José tiene los diamantes de la Corona de España, etc. En cuanto a Francia, la pequeña aventura de Napoleón le cuesta varios miles de millones de francos oro.

De los tiempos en que era «pobre», según la leyenda, conserva una renta de 15.150 francos, o sea unos 45 millones de francos actuales. «Vende estos valores y entréguelo en metálico.» Esto había de procurarle otros 45 millones de los actuales. El tesoro hizo venir a un notario, que extendió los documentos: «Ante mí, estando presente Napoleón Buonaparte...» Frente a esta vuelta de su apellido corso, se indigna y firma sólo «Napoleón». El notario lo rechaza por defecto de forma y le obliga a firmar con su nombre original. Tiene que añadir «Buonaparte». Por fin, firma... Es su abdicación.



# JOSE ANTONIO GIMENEZ-ARNAU

(Tres personas distintas y un solo hombre verdadero)

"Pasar de los problemas económicos al quehacer literario es un descanso: Diversión, significa cambio"

DIPLOMATICO, NOVELISTA  
Y AUTOR TEATRAL

**BUEN** día de sol en la calle de Serrano y en el paseo de la Castellana. En cambio, la de Ayala queda en sombra. En la acera de la izquierda, en las terrazas de los cafés de la calle de Serrano, fuman, retrepadas en las sillas de mimbrés, pierna sobre pierna, alegres y confiadas, las muchachas de cabellos cortos e ideas «largas». Y a pesar de todo, en cada una de ellas puede haber una buena novela. Como puede haberla también en estos tipos de americana abierta por los costados, que andan la mitad de la semana silbando con las manos en los bolsillos.

En cualquier plenilunio pueden surgir en esta calle lo mismo un Juan Alvarado que un Luis Salcedo, que una María Valdés, o un Carlos Méndez. Si, pueden estar ahí, en esa calle de postín, con sus virtudes y sus defectos, con sus alegrías y sus penas, con sus esperanzas y sus desesperaciones, con su suerte o su desgracia.

Veintiocho de diciembre. Once y media en punto de la mañana. Se entra por el portal de la Castellana. Dirección General de Coordinación Económica. Creo que es el cuarto piso. El director general, ilustrísimo señor don José Antonio Giménez Arnau, abre la puerta y casi llena el hueco. Muy metido en sí mismo, le cuesta, en apariencia, sólo en apariencia, ser cordial; pero lo es. Si no fuese ese mundo que lleva metido en sus botas de siete leguas y esos idiomas aprendidos en la misma geografía de los países de Europa y América, especialmente, le encontraríamos un poco provinciano. Aunque, después de todo, llegamos a pensar que ésta es una buena cualidad hasta para el mismo diplomático. Novalescamente le llega a hacer más interesante ante los ojos de ese mundo que ha cultivado él con el refo de su pluma.

Entras por la Castellana; te encuentras de pronto mirando a Ayala, y adivinas la de Serrano al través de las gafas del escritor. José Antonio Giménez Ar-



Ruiz Catarineu, Moisés Puente y Segismundo Luengo se entrevistan con Giménez-Arnau para EL ESPAÑOL

nau: tres personas distintas y un solo hombre verdadero. Tres personas distintas han ido a dialogar con esas tres personas que le aherrojan. Otra persona más a ido a sorprender al hombre en sus gestos físicos para que podáis adivinar cómo le late la sangre. Aquí estamos tres periodistas: Joaquín Ruiz Catarineu, Moisés Puente y Segismundo Luengo. El concurso del reportero gráfico jamás puede ser despreciable. El objetivo de la máquina fotográfica deja entrever cuarenta y dos años. Y una experiencia de la vida casi absoluta.

Un despacho sobrio, excesivamente simple para un director general. La mesa está en un rincón. Apenas llega la luz a sus papeles. Son papeles muy importantes, porque a través de ellos llegan los dólares contantes y sonantes a España. En la pared frontera hay un cuadro de Bazo; no parece malo. El óleo representa una calle de un pueblo o de una ciudad pequeña. También hay en el despacho una mesa castellana, de fabricación excesivamente esmerada. Lo demás no tiene nada de particular.

#### PRIMER CUADRO

(Giménez-Arnau tiende la mano al novelista, que va un poco a remolque, porque él no sabe preguntar. Esto de las entrevistas se le da muy mal. Giménez-Arnau tiende la mano a los otros tres y se mete la mano izquierda en el bolsillo del pantalón. Esto suele ocurrirle a los que tienen gran estatura. Nos hace sentar, y sólo entonces se sienta él.)

GIMENEZ-ARNAU.—Como estamos entre compañeros, creo que será mejor huir de los tra-

tamientos esos... Así, me molesta el usted.

(El director general de Coordinación Económica del Ministerio de Comercio mete sus ojos en cada uno de nosotros para hacer saltar la trampa, el cepo periodístico que vayamos a tenderle. Y al mismo tiempo se despoja de sus investiduras de jerarquía del Estado, con objeto de aparecer como en su quehacer periodístico y literario: sincero, discreto y apasionado.)

RUIZ CATARINEU.—Como comprendemos que usted, bueno, que tú debes de tener infinidad de problemas importantes que resolver, será mejor que vayamos directamente al grano. De esta forma no te haremos perder el tiempo.

(Un silencio embarazoso corta el aire de la estancia, que se hace aún más angosta. Afortunadamente suena el teléfono: «Sí, luego he de ir con Camilo Celá. Claro, no faltaba más.» Giménez-Arnau corta y advierte a la centralilla que sólo si llama el subsecretario o el Ministro le ponga la comunicación.)

PUENTE.—Entre las tres modalidades literarias que has cultivado—periodismo, novela y teatro—, ¿cuál prefieres?

GIMENEZ ARNAU.—No tengo, realmente, una preferencia determinada. Las tres son compatibles y las cultivo con la misma intensidad. Me apasiona el periodismo, y buena prueba de ello es que elegí una carrera—la diplomática—que, en ciertos aspectos, tiene muchos puntos de contacto con el quehacer del periodista. A pesar de mis éxitos teatrales no dejo de hacer novela. «Luna llena» es la última que he publicado. Y muy pronto daré a la imprenta «El duelo se



despide a la puerta del templo». Forman, con «De pantalón largo», una trilogía...

(Se abre la puerta. Se levanta Giménez Arnau e inicia un saludo brazo en alto que no llega a terminar: «A tus órdenes.» Va hacia la puerta. Puente me dice al oído que es el Subsecretario. El fotógrafo ha perdido una buena oportunidad: no ha disparado su máquina. De nuevo la rueda de periodistas.)

**RUIZ-CATARINEU.** — Económicamente, ¿qué compensa más, la novela o el teatro?

(Luengo esboza una sonrisa amarga, porque sabe que si los novelistas españoles tuviesen que vivir exclusivamente de las ediciones de sus novelas se morirían de hambre. José Antonio Giménez-Arnau podrá pensar en el fondo que tenemos razón, pero esto del hambre y la muerte ni le han ahogado ni le ahogan. Producto del medio, naturalmente.)

**GIMÉNEZ-ARNAU.**—Hay una enorme desproporción entre ambas cosas, hasta el punto de que apenas pueden establecerse comparaciones. Los ingresos que produce el teatro son mucho mayores que los de la novela. No cabe duda de que para ser novelista se precisa una vocación auténtica, irrenunciable, sin grandes preocupaciones de índole crematística. El éxito del teatro, además de saborearse más directamente, supone también mayores beneficios.

**SEGISMUNDO LUENGO.**—¿Escribes con facilidad o te torturas frente a las cuartillas?

**GIMÉNEZ-ARNAU.** — Escribo mal, pero fácil. Quisiera ser un estilista, más...

**RUIZ CATARINEU.**—¿Qué te lleva más tiempo, una novela o una obra de teatro?

**GIMÉNEZ ARNAU.**—La novela, desde luego. Una novela requiere muchas semanas de trabajo, meses, a veces años. Una obra de teatro, después de pensada, se desarrolla en menos tiempo. Concretamente, yo escribí «Carta a París» en siete días. De noviembre a enero del 52 escribí en Montevideo «Luna llena». Tratándose de novela lo considero un récord.

(Cuando Giménez-Arnau cita un lugar de Hispanoamérica o de Europa veo en los cristales de sus gafas el cosmopolitismo del escritor. Todo el dramatismo bélico de la Europa de 1939 la proyecta ahora al través de la luz de sus lentes, sobre las cuartillas en que me he puesto a pintar cosas absurdas. Me limito a escuchar. Hoy no tengo humor para hacer preguntas agresivas. Estoy, como el catedrático de Derecho Civil de «Luna llena», ausente. Cosas de cierto correveidille—según su autodescripción—, intrigante y, como tal, cobarde y cínico.)

**SEGISMUNDO LUENGO.**—¿Crees que tienen razón los que afirman que en España no se hacen buenas películas porque no fabrica el guión el escritor?

**GIMÉNEZ-ARNAU.** — Totalmente. Ahora hay un movimiento en este sentido. Se le han encargado guiones a Sánchez-Silva, a Torrente, a Fernández-Flórez... El director tiene que resolver los problemas técnicos. Al escritor no se le puede exigir, eso sí, que determine los planos y otros cosas por el estilo... Pero, ya ves, se nota en «Bien venido, mister Marshall», que los diálogos son de Mihura.

**LUENGO.**—Es evidente que el teatro atrae hoy poco a la juventud. Los jóvenes se vuelcan en el cine. ¿A qué crees que obedece este fenómeno?

(El autor de las célebres crónicas, de los formidables reportajes de la última guerra mundial y de la vida y muerte de Mussolini se revuelve un poco en el sillón. Lo hace con esa desgana del que está acostumbrado a moverse en un palacio. Recuerdo la expresión de un comandante amigo mío cuando le dije que iba a visitar a Giménez-Arnau: «Pues verás la casa mejor puesta de todo Madrid. ¡De cine!»)

**GIMÉNEZ ARNAU.** — Voy a contestarte sinceramente: del desvío o de la indiferencia que la juventud actual siente por el teatro somos culpables los autores. La juventud acude a aquello que le interesa, y es indudable que los autores teatrales no sabemos o no podemos atraer a la juventud, que se dirige instintivamente adonde le sirven cosas mejores.

**PUENTE.**—¿No es violento para ti pasar de los problemas económicos al quehacer literario?

(Me clava la mirada, recelándose alguna celada, y me contesta sin titubeos. Luego el mentón, saliéndosele escandalosamente, y los ojos se le vuelven un poco perezosos.)

**GIMÉNEZ-ARNAU.** — Es un descanso. Diversión significa cambio.

(Y cambia un poco el cuadro. Un personaje más acaba de pasar fugazmente por el escenario. Ha sido como una pincelada feliz que se hace desaparecer en seguida, porque se destaca demasiado. Una bella muchacha se acerca. Discretamente evitamos que nuestros oídos oigan, pero los ojos caminan al par de ella. Para este ligero intermedio viene bien un cigarrillo. Al fotógrafo se le vuelve a escapar otra oportunidad.)



«Diversión significa cambio», dice Giménez-Arnau para justificar sus diferentes actividades

## SEGUNDO CUADRO

(«Línea Siegfried» (1940), «El Puento» (1941), «La Colmena» (Buenos Aires, 1944), «La hija de Jano» (1947) y «De pantalón largo», que anduvo en busca del Nadal y consiguió el Premio Nacional de Literatura «Miguel de Cervantes». He aquí las obras principales de Giménez Arnau.)

**RUIZ CATARINEU.**—Tu opinión sobre los premios literarios...

**GIMÉNEZ ARNAU.**—Creo que son útiles, convenientes y provechosos. Ahora bien, estimo que se desorbita su importancia, que se les concede más importancia de la que en realidad tienen.

(Con una punta de humor nos ha dicho que promete no llevarse más premios. Uno se pregunta si llegará a conseguirlo. Pero, aunque ha nacido en Laredo, se ha criado en Zaragoza. Y todo es decir: quiero.)

**LUENGO.**—¿La afición actual a los deportes tiene, a tu juicio, alguna influencia en el despego de la juventud por la literatura y lo intelectual?

**GIMÉNEZ-ARNAU.**—Sí. Desde un punto de vista estrictamente matemático, el deporte resta horas que en otros tiempos se dedicaban a actividades culturales. Yo creo que la juventud de ahora es más fuerte, más sana moralmente que las generaciones pasadas, más decente, pero mucho menos interesante. Estoy seguro de que se pasa de un extremo a otro sin encontrar el término medio ideal. Una juventud aborrida sólo por inquietudes poéticas y literarias, sin una concesión al ejercicio físico, me parece incompleta. Una juventud preocupada en absoluto por el ejercicio físico y ausente de las inquietudes artísticas me parece también equivocada. Lo adecuado sería un ponderado término medio, en que se armonizasen ambas aficiones, perfectamente compatibles.

**SEGISMUNDO LUENGO.**—Pregunta de moda: ¿Eres aficionado al fútbol?

**GIMÉNEZ-ARNAU.**—Sí, aunque ahora oigo los partidos por el radio, que tiene más emoción.

**CATARINEU.**—¿Quisieras que tu hijo, de pantalón largo en cuanto te descuides, fuese escritor?

# EL ESPAÑOL

ha publicado en sus páginas novelas de

- Concha Espina.
- Federico García Sanchiz.
- Eduardo Aunós.
- Noel Claraso.
- Tomás Borrás.
- Carlos Rivero.
- Luis Romero.
- Ana María Matute.
- Roberto Molina.
- Ignacio Aldecoa.
- F. García Pavón.
- Miguel Delibes.
- Alfonso Sastre.
- Juan Antonio de la Iglesia.



(Los padres quieren continuidad; cualquier padre normal, se entiende. Pero al mismo tiempo rehuyen la posibilidad de que pueda caer el hijo en las garras de una vida... ¿cruel?)

GIMENEZ-ARNAU. — Quisiera que hiciese coincidir sus aptitudes con su vocación. Mi padre, notario, era un hombre chiflado por la fotografía. Como fotógrafo era muy malo... Claro, se le podía decir que podía haber hecho mal algo de la notaría, pero jamás que le había salido una foto hecha una birria.

PUENTE.—En otro tiempo era frecuente el *pateo* en los estrenos teatrales. Algunas obras eran condenadas tajantemente por la crítica. Eso no ocurre ahora; aun en la crítica más acerba se deja siempre una puerta abierta a la esperanza, se alaba el talento del autor y se le dice que puede llegar a hacer cosas más afortunadas. El *pateo* público ha desaparecido, ¿por qué?

GIMENEZ-ARNAU. — Creo, en efecto, que hay algo de verdad en eso que dices. La desaparición del *pateo* se debe, al parecer, a que hoy se toman más precauciones los días de estreno. En cuanto al tono, más moderado, aunque no por eso menos exigente, de la crítica, obedece a que ésta se ejerce con mayor sentido de la responsabilidad y del buen gusto. Por otra parte, conviene tener en cuenta que el nivel cultural del público se ha elevado notablemente y las actividades negativas a ultranza no se estilan ahora.

RUIZ CATARINEU. — ¡Al teatro—el teatro español—le faltan hoy temas hondos, fuertes, difíciles?

GIMENEZ-ARNAU. — Sí.

(Un paisaje fabuloso de escenarios aparece—lo adivinamos—en la mente de este escritor. Aparecen los escenarios de Eu-

ropa y América como en una tolvenera mágica. Y contesta tan rotundamente que nos deja helados.)

LUENGO. — ¿La escenografía de tipo norteamericano — tan traída y llevada por autores y empresarios — tendrá influencia decisiva en el teatro moderno?

GIMENEZ-ARNAU. — Hasta cierto punto. Es interesante que se llegue a disponer de escenarios de tipo americano que permitan rápidas mutaciones en escena, ofreciendo así al público una presentación ágil, dinámica y varia. Ahora bien, esto no quiere decir, en modo alguno, que sea preciso escribir tan sólo obras de ese tipo. Sostengo que el teatro clásico—presentación, nudo y desenlace—debe persistir. No debemos incurrir en el error de escribir por sistema obras de variados escenarios. Lo que sí sería conveniente es que los teatros contaran con medios para escenificar cualquier obra que fuese presentada por un autor.

RUIZ CATARINEU. — A no ser que un novel obtenga algún premio, pensar en que una compañía le acepte una obra a un desconocido en España es una pura entelequia. ¿Qué me dices acerca de esta cuestión?

(No sabemos por qué nos vienen a la memoria los penosos días que debió de pasar Giménez-Arnau cuando se le fué a plique aquel principio de «De pantalón largo». El barco que trasladaba su casa entera, cuando fué trasladado de Buenos Aires a Dublin, naufragó. Sufrió el escritor, no el diplomático. Pero comprendió que no debía naufragar él también, sino volver con más bríos.)

GIMENEZ-ARNAU. — ¿Tú crees que existe algún Hamlet en alguna mesilla de noche, escrito, claro está, por algún desconocido? Esta es mi respuesta: El camino es penoso, erizado de dificultad.

des, pero el que vale, triunfa. Este problema se desorbita en España. Ocorre que, entre dos obras discretas, las empresas prefieren al autor consagrado, cosa perfectamente humana. Aconsejo a los noveles vocación para resistir los embates y mucha confianza en sí mismo. ¿Tú crees que Alfonso Sastre no se reiría de todo lo que ha pasado?

(Coriamos por lo sano porque el tema del teatro le va haciéndose rebullir en la butaca. Y esto siempre es mala señal, a pesar de todas las muestras de conformidad.)

SEGISMUNDO LUENGO. — ¿Lo último que ha escrito?

GIMENEZ-ARNAU. — «El fin del mundo», novela corta.

PUENTE. — ¿Tus experiencias periodísticas desde fuera te han sido útiles en tus tareas políticas?

(Giménez-Arnau resiste todos los embates. Está acostumbrado a apretar las clavijas de los demás él también. No es extraño que alguna vez le toque aguantar la carga.)

GIMENEZ-ARNAU. — Han contribuido a formarme. La experiencia política, en todos los países donde he vivido, la misma de Perón, la de Irlanda...

SEGISMUNDO LUENGO. — ¿Cómo ha sido tratada por nosotros, por lo de hoy, la generación del 98?

GIMENEZ-ARNAU. — Muy injustamente.

(Nos desplazamos desde el plano de las letras al de la economía. Ahora quien habla ya no es el escritor. Es el diplomático, el político, el director general de Cooperación Económica. Pero apenas advertimos la transición, porque entre uno y otro tema hay una conexión íntima, de tipo humano, y la conversación sigue deslizándose a base de conceptos claros y sólidos.)

PUENTE. — Dada la importan-

## “NO ME GUSTA QUE PAPA SEA ESCRITOR, PAPA”



YO me llamo Joaquín Giménez-Arnau y Puente. Acabo de llegar de Inglaterra, donde he permanecido tres años. Estoy estudiando Bachillerato en el Instituto y nací en un barco, en el golfo de Santa Catalina.

Esta tarde ha venido a mi casa un señor a preguntarme cosas

de mi padre. Quiere que yo le diga cómo es para publicarlo en un periódico. Me hace muchas preguntas. A mí me da vergüenza contestar porque mi padre y mi madre me vigilan mientras este señor habla conmigo.

Le pregunto si para que esto se publique en el periódico hay que pagar algo y dice que no, aunque yo no me lo creo. Me gustaría que fuese verdad y que yo apareciese en «El Español», que es el semanario donde, dicen, van a publicar esto.

Lo malo es que no sé por dónde empezar porque algunas de las preguntas que me han hecho ya se me han olvidado.

Bueno, mi padre es un escritor estupendo; yo creo que el mejor de todos. Pero no me gusta que sea escritor. Prefiero que sea diplomático, porque así viajamos mucho y vivimos en otros países. A mí

me agrada mucho viajar y por eso pienso ser también diplomático. Es más divertido que encerrarme en un despacho a escribir novelas y obras de teatro. También me gustaría mucho ser actor para trabajar en las obras de mi padre, como esa «Murió hace quince años». Pero cuando digo eso mi madre me mira con un gesto muy raro y me dice que no debo pensar tonterías.

«Murió hace quince años» la leí un domingo en misa. Se me había olvidado el devocionario y en cambio llevaba en el bolsillo la obra. Mamá estaba extrañada de que me hubiera estado tan quieto todo el tiempo y a la salida me preguntó qué había hecho. Yo la dije que leer «Murió hace quince años». No me gusta mentir.

Ese señor que ha venido me pregunta qué genio tiene mi padre. Yo digo que muy bueno porque él está delante, pero se ríen al oírme. La realidad tiene un genio regular. Algunas veces enfada.

No se para qué necesitan enterarse de tantas cosas. Mi padre, cuando escribe, no se encierra en su despacho. Mamá y yo estamos muchas veces en la misma habitación mientras él escribe. Ahí recuerdo que cuando vivíamos en el Uruguay, vez de escribir dictaba a un aparato, que luego acababa su voz y una mecanógrafa iba copiando que decía.

El señor de las preguntas se está fumando puro que le ha dado mi padre. Esto también me gusta. Ir a una casa para que le den a uno café conñac y puro, y preguntar a todo el mundo. Tomo notas en un bloc y yo me acerco a leerlas por en-



cia de la Dirección General de Cooperación Económica, de reciente creación, que usted regenta, ¿quiere decirnos algo sobre el cometido propio de este nuevo organismo del Ministerio de Comercio?

**GIMENEZ ARNAU.**—La Dirección General de Cooperación Económica tiene por objeto, según dice el decreto-ley que la crea, «entender en cuantos asuntos surjan como consecuencia de la aplicación del Convenio sobre Ayuda Económica entre España y los Estados Unidos de América». Pero su función no se limita a esto, sino que entiende también en otros asuntos distintos, como son el crédito francés de 15.000 millones de francos, el crédito belga (a punto de firmarse), los créditos del Export-Import Bank y quizá un próximo crédito suizo. Tales créditos tienen una gran significación para nosotros, ya que revelan cómo el capital extranjero busca a España.

**LUENGO.**—¿A qué cree usted que se debe este fenómeno?

**GIMENEZ ARNAU.**—El mundo ha dado una gran vuelta en los últimos años. El bloqueo internacional decretado contra nuestro país se ha venido abajo y hoy la concepción de la estrategia periférica da una importancia sensacional a España en los planes de la defensa occidental. Pero sería erróneo pensar que ésta ha sido únicamente el factor determinante del cambio; hay también otra razón decisiva, y es que las condiciones económicas y sociales de España, en trance de franca vigorización en todos los órdenes, son hoy mucho más sólidas y favorables.

**CATARINEU.**—¿Van muy adelantados los planes españoles para la inversión de la ayuda concedida a España en virtud de los Acuerdos firmados entre Washington y Madrid?

**GIMENEZ ARNAU.**—Puedo decirle que la Comisión Interministerial creada a estos efectos se reúne constantemente. Pero hay que tener en cuenta que todas estas inversiones se hacen de acuerdo con las autoridades norteamericanas. Y, por tanto, una vez que se llegue a la elaboración definitiva de un plan español habrá que contrastarlo con la F. O. A., siempre dentro de una línea de leal y sincera colaboración, principio y norma de conducta de la política española.

**PUENTE.**—Teniendo en cuenta que el año fiscal norteamericano termina el 31 de junio, ¿no cree usted que se va un poco despacio?

**GIMENEZ ARNAU.**—Los planes del Gobierno español van muy adelantados. Por su parte, el Gobierno norteamericano ha concedido ya una cantidad de millones para materias primas, y, en todo caso, para esa fecha del 30 de junio, aunque no haya llegado a España todo lo adquirido con esos fondos, las compras habrán quedado efectuadas y los gastos, por consiguiente, justificados. Además hay que tener en cuenta que estamos sólo en los principios de la ayuda, y para España tiene un gran interés ver las cantidades que en su favor vota el Congreso norteamericano para el próximo año fiscal, lo cual dependerá, en parte, naturalmente, del acertado destino que se dé a los créditos ya aprobados.

**CATARINEU.**—¿Cuál es la distribución de esas cantidades?

**GIMENEZ ARNAU.**—De los 226 millones de dólares a que asciende el total de la ayuda norteamericana a nuestro país, 85 lo son en concepto de ayuda económica, y el resto, 141 millones, en concepto de ayuda militar. La primera cantidad, que, como dijo el señor Ministro de Comercio, es in-



«El éxito del teatro, además de sabido directamente, supone también mayores beneficios»

«suficiente para las necesidades españolas, se administrará a través de esta Dirección General, y la inversión de los 141 millones restantes es asunto de los altos organismos militares de la Administración española.

**PUENTE.**—La propia denominación de la Dirección General que usted regenta, ¿significa que España ha entrado de hecho en el mecanismo occidental de cooperación económica, tan importante en orden a la cooperación militar?

**GIMENEZ ARNAU.**—España está dispuesta a cooperar económicamente no sólo con los Estados Unidos, sino con los demás países alineados en el sistema defensivo de Occidente. Muchos de estos países, en virtud de la Ayuda Marshall, se han recuperado totalmente en lo económico, y hoy se hallan en un momento de plena producción, por lo que están interesados en incrementar sus relaciones económicas con España. De modo que, desde este punto de vista, se abre para nuestro país un horizonte francamente halagüeño.

**LUENGO.**—Y ya que estamos en los últimos días de diciembre, ¿puede darnos su impresión sobre el panorama económico español para el año que va a comenzar?

**GIMENEZ ARNAU.**—El año 1954 debiera de ser muy interesante económicamente. España tiene razones para ser optimista en este aspecto. Nuestra economía está entrando en una etapa de saludable y esperanzadora reorganización. Y ello ha de suponer un enorme beneficio para todos: en el orden internacional, porque, hoy más que nunca, interesa una España fuerte, y en el orden interior, porque ello nos permitirá ir afrontando y resolviendo el problema del nivel de vida de nuestro pueblo, especialmente en lo que se refiere al alza de los salarios, alza que debe ser efectiva y no ficticia, como ocurrirá si a la subida de los salarios siguiese una subida superior de precios, según señalaba el Jefe del Estado en su mensaje de Año Nuevo.

*Quisiéramos adentrarnos más en el tema, tan interesante y sustancioso como es; pero al tratar de hacerlo nos tropezamos con el diplomático, y ello nos lleva a poner punto final a la entrevista.*

## PIERO QUE SEA DIPLOMATICO"

cima de su hombro, pero no entiendo nada de lo que pone. A lo mejor, si no puedo ser diplomático, estudio para periodista.

Dice que cuál país me gusta más de todos los que conozco. España, claro, aunque en Inglaterra lo pasaba muy bien. Pero allí, en el colegio, no me dejaban ir a los partidos de fútbol y aquí he visto bastantes. En eso del fútbol mi padre es un infeliz, porque es partidario del Zaragoza. Yo soy del Madrid y el señor que ha venido a preguntarme también. Tiene carnet y todo. Además se llama Joaquín, como yo.

Mi padre, cuando termina una novela o una obra de teatro, no se la enseña a mi madre para que la lea. El periodista dice que eso lo hacen muchos e insiste en que le diga la verdad, pero la verdad es esa que he dicho.

El teatro me gusta, sobre todo «Murió hace cinco años», pero me gusta mucho más el cine y quisiera que mi padre escribiera películas de aventuras. No sé por qué cuando digo esto se rien todos.

Ahora tengo que irme ya. El periodista me promete enviarme un número de EL ESPAÑOL con lo que yo escriba y con mi retrato. Me despido y ellos se quedan allí, fumando y hablando.

La verdad es que no sé si habré contestado bien a sus preguntas. Algunas palabras no las entiendo en Castellano y tengo que preguntar su significado, porque entiendo mejor el inglés, después de tres años allá. Pero él dice que sí y que me conviene irme acostumbrando a esto para cuando sea un hombre famoso, como mi padre.

Pero falta tanto tiempo para eso...



# LEGAZPITIENE 4.000 AÑOS

Lo que en la prehistoria era un poblado con una docena de chozas hoy es un núcleo industrial de primera categoría

## ¿Por qué no celebrar de alguna manera el respeto milenario de Madrid?

LEGAZPI se ha convertido, sin alharacas, casi con disimulo, en una barriada industrial. A quien conozca la historia del recogido Madrid medieval o la del más extenso de los Austrias le parecerá un barrio sin solera, nacido a salto de mata mientras se ensanchaba la ciudad. Y, sin embargo, aunque Legazpi puede presumir de joven, también tiene motivos para gloriarse de viejo, echándose sobre las espaldas más de cuatro mil años. Era un secreto bien guardado. Hasta hace cosa de un mes, pocos ciudadanos sabían que a la salida del puente de la Princesa, entre desmontes y fábricas, se conservaban los restos tenues y casi borrados de un poblado prehistórico. Y es que la historia popular de Madrid está caracterizada por unas cuantas notas hirientes, destacadas, cuando no por los sainetes de Arniches o de don Ramón de la Cruz. Ha faltado el espíritu audaz que, brincando por encima de las peripecias perdidas, se atreviera a proponer la celebración del cuarto milenario, por lo menos, de la Villa del Oso y del Madroño. De un Madrid lleno de elfantes, hipopótamos, abadas y Dios sabe cuántos bichos raros más, y plagado en sus contornos de árboles ubérrimos y copudos. Esos árboles que ahora nos faltan y a cuya ausencia atribuía, a mediados del siglo pasado, la peregrinidad del clima de la Corte don Ramón Mesonero Romanos

### LOS HALLAZGOS DEL NIÑO JAIME FOXA Y OTROS NIÑOS

Allá por mil novecientos veintitantos estuvo de moda la prehistoria en Madrid. El tema atraía tanto, que el Ayuntamiento publicó una «Cartilla de Divulgación Prehistórica». Los niños de los colegios, dirigidos sabiamente por sus profesores, contribuyeron a las investigaciones en curso escarbando con cuidado y entusiasmo. Valga como ejemplo la expedición que en 1926 llevaron a cabo los alumnos del Colegio del Pilar. Entonces el niño Cobián encontró una punta de flecha, y el niño Jaime Foxá, otra. Pero quien realizó el gran

hallazgo fue un especialista: don Julio Martínez Santaolalla. Era profesor de la Universidad de Bonn. El año 24, aprovechando una corta estancia en Madrid, se dió un mes de estudios por las riberas del Manzanares. Entre otras cosas de menor importancia descubrió nueve fondos de cabañas prehistóricas. De ellas, dos destacaron por la riqueza de sus restos. Había ceniza, un trozo de asta de ciervo, un diente de puerco, pedazos de cerámica lisa y con incisiones... Para los entendidos, aquello valía la pena. Monumentalmente, todo hay que decirlo, poco jugo se le podía sacar; pero era importante dejar bien sentado que hubo una aldehuela al lado del río hace miles de años. Allí, en la «Fuente de la Bruja», junto al portazgo de Aranjuez, a dos pasos del puente de la Princesa.

### DESPUES. NADA

Tratar de seguirle la pista después de la Prehistoria al barrio de Legazpi es trabajo de amor perdido. Si se consulta el plano de Teixeira de 1656 se comprueba gráficamente que el límite meridional de la ciudad iba de la puerta de Atocha a la de Toledo, marcada la raya por los paseos de Ronda. Fuera del contorno sólo se ven cerrillos desguarnecidos, sin un árbol siquiera para protegerse en una necesidad. Y antes de esto la villa terminaba en Antón Martín.

Había de pasar mucho tiempo hasta que Madrid se decidiera a romper el corsé que le oprimía. Era 1844 y seguía sujeto por el Sur. Ya existía el paseo de las Delicias, con abundancia de árboles y dividido en tres calles. Faltaban edificaciones. Incluso en 1915, Legazpi pertenecía a un ensanche plagado de solares sin construir. Fue en 1934 cuando el barrio recibió un buen empujón, aunque el impulso verdaderamente grande vendría después de



Vista parcial de la barriada de Legazpi desde la torre de la Parroquia de la Beata María Ana de Jesús

la guerra. Entonces se inauguró el Mercado de Frutas y Verduras, y todo eso. Entonces llegaron hasta allí los primeros tranvías. Legazpi tomaba bríos a la sombra del mundo extraño y pintoresco de los asentadores.

### LEGAZPI LIMITA AL NORTE...

El barrio de Legazpi existe. Por lo menos, los madrileños hablan de él. Pero resulta difícil limitarlo legalmente, porque el territorio que se le atribuye está dividido entre el distrito VIII (Mediodía) y el IX (Vallecas). Por eso nosotros preferimos determinar por un método no demasiado científico: describiendo la impresión visual del horizonte que lo limita.

Al Norte queda el centro de Madrid, encaramado en una joroba del terreno. La torre de la Telefónica se como a la de la iglesia de la Beata María Ana de Jesús. Por el Oeste hay un gran desmonte. En él se destaca un barril repleto, como quien dice, de aire: el gran gasómetro. Luego, corriendo la vista hacia el Sur, una línea quebrada de puntas de cipreses señala la Sacramental de San Isidro. Por el Mediodía sólo se ve cielo. Y al Este, más o menos, un cerro ennegrecido por la carbonilla ferroviaria, y también, en lo alto, el lejano caserío de Vallecas. Para ver todo esto hay que buscar miradores adecuados. El que algo quiere algo le cuesta.

### SEÑOR ALCALDE: ME FALTAN DOS CALLES

La glorieta que da nombre al barrio está ahora en obras. Hay intención de llevar a Ustra tranvías grandes y cerrados, y para eso hace falta una buena raqueta. Toda la acera de la iz-



quierda del paseo de la Chopera, yendo hacia el puente de Praga, está ocupada por el Matadero. Un conjunto de edificios con casi 800 metros de largo. No hay ni un árbol en todo el trecho. Los faroles de gas están medio desmantelados. La acera de la derecha la usan los del barrio como solana. Allí juegan los chavales y parlotean las comadres. Las casas tienen en sus fachadas entrantes largos y sombríos llenos de balcones. Poco debe penetrar el sol. Al final del paseo de la Chopera dice el plano que está la glorieta de Doña Emilia Pardo Bazán. A mí me costó mucho trabajo recordarla. Lo que no hubo manera de hallar fueron las calles del Divino Vallés y de Torres Miranda. En el terreno sólo había una valla continua. ¿Qué pasa con ellas, señor Alcalde? A lo mejor es que el plano que uso es de otro tiempo, aunque me lo acaban de vender como de 1953.

#### EL SEÑOR PUENTE DE LOS HEROES DEL ALCÁZAR DE TOLEDO

El dolor de las dos calles perdidas se compensa largamente con la alegría que da el señor puente de los Héroes del Alcázar. Vale la pena atravesarlo. Por debajo pasa el Manzanares, que en esta zona aún no está convertido en ancho remanso. Lleva bastante agua para cumplir con el dicho de Tirso de Molina:

*Como Alcalá y Salamanca tenéis, y no sots colegio, vacaciones en verano y curso sólo en invierno.*

Ahora hasta se puede pensar que sea río sagrado y tenga musas, como suponía con cierta liberalidad Donoso Cortés en un poema de circunstancias.

Después del puente, una autopista recién hecha. Por allí se va a Toledo y a muchos sitios más. Y el que no lo cría que eche a andar por ella adelante.

El paseo de Antonio López, en la parte de tierra afuera, no tiene grandes novedades. Casas de color azul pálido, ocre desvaído o rojo ladrillo, y algún descampado que otro. Una chimenea desahuciada que cabecea un poco. Por la parte del río, en cambio, hay fábricas.

#### DOS FACTORIAS MUY RESPETABLES

Junto a otra industria más pequeña, el edificio de la Telefunken se levanta imponente. Su arquitectura no es desagradable, ni mucho menos. Está pegado por un costado a la factoría número 2 del Instituto Ibyes. Un letrero en latón nos aclara su destino. Allí se envasa la penicilina que fabrica Antibióticos, S. A. Entre los dos edificios, que son grandes de suyo, no llegan a igualar la longitud del Matadero, que queda a sus espaldas. Luego hay, a la vera del río, una fábrica de acetileno. Y un poco más allá, cuando en la acera reaparecen las casas de vecinos, un vaciador anuncia su establecimiento con cuchillos, navajas y tijeras pintadas en negro sobre la pared. Arte rupestre del si-

glo XX. Al final está el puente de la Princesa. Por allí pasa, de tarde en tarde, el tranvía 32. Nos hallamos muy cerca de la aldea prehistórica desaparecida.

#### UNA FURTIVA LAGRIMA

Lo que más se ve es un modesto rascacielos, que, aunque tiene nueve plantas, destaca, porque a su alrededor sólo hay edificios bajitos. Detrás del rascacielos está el lugar del crimen. Nada queda, o al menos nosotros nada conseguimos encontrar, de la reliquia profanada. Una furtiva lágrima nos resbala por la mejilla, no sabemos si por pesar ante el atentado o por el polvo que levanta un viento helador y arrebatacapas. Las líneas de alta tensión abundan. Junto al Manzanares hay un tinglado de postes, aisladores y muchos aparatos más. Por allí le llega a Madrid buena parte de la energía eléctrica que consume. Más adelante, otra gran fábrica.

#### LEGAZPI TAMBIEN ES CAMPO DE BATALLA

El Matadero y el Mercado son las dos cosas por las que más se conoce al barrio. Al atravesar el Puente de la Princesa para volver a la glorieta queda el segundo a la derecha. A la izquierda, en las ventanas del Matadero, unos enormes manojos de vejigas se curan al sol. Están doradas como uvas de Almería.

Alrededor del Mercado se amontonan los camiones. También abundan restaurantes, tabernas, hostales y casas de dormir. Se ve que acude mucha gente de paso. Aquello tiene aire de feria permanente, con entradas y salidas continuas de mercancías. Hay garajes y más garajes, y locales de Empresas de transportes. Y hombres con aspecto de tratantes en verduras. No faltan borricos cargados de repollo, y carritos de mano con cargas similares. Aquí está el paraíso de los vegetarianos. En este lugar se disputa a diario la batalla de los precios para los frutos frescos.

Bastante cerca, y siguiendo el curso del río, otra fábrica enorme y de líneas esbeltas. En la pared sólo hay estas iniciales: «M. M. I.» Nosotros traducimos: «Manufacturas Metálicas Industriales». Pero, a lo mejor, es otra cosa. Los talleres, relativamente pequeños, son incontables. Cada uno tendrá por lo menos quince obreros.

#### UNA SANDALIA SE BLANQUEAL AL SOL

El paseo del Molino tampoco está bien alumbrado. Los letreros que indican el nombre de la calle están abollados a cantazos. Estos dos males abundan en el barrio. Pocas casas de vecinos hay en el paseo. Naves industriales de menor cuantía, almacenes y talleres es lo que se encuentra. Un campo milagrosamente libre está cubierto de hierba fresca y jugosa. Buena otoñada. Abundan los cascotes y las latas con herrumbre. Una sandalia diminuta de niña chiquita, se blanquea al sol como un esquelito. Detrás del campillo, una fábrica de hilados. Y más allá todavía, otra dedicada también al ramo textil. Esto está fuera del paseo del Molino.

#### LA CALLE DE LA ANTRACITA, LA CALLE DEL PLOMO, LA CALLE DEL BRONCE...

Ahora vamos a entrar en una zona especialmente industrial, tan industrial que las calles que la forman han sido bautizadas con nombres que no dejan lugar a dudas. Así, en la rúa de la Antracita, está la gran planta de estudios del Centro de Investigación de Combustibles Líquidos y Lubricantes de la Empresa Nacional Calvo Sotelo. Por allí también anda la fábrica de carbones eléctricos Móstoles. Otra Empresa se dedica a asfaltos, otra a Aplicaciones Tubulares. La calle de la Antracita está cerrada por un edificio con las siglas «N. I.» en la fachada. Unos obreros que seestean nos sirven de intérpretes. Son almacenes con grandes frigoríficos. Se llaman Naves Industriales. En la calle del Plomo, Westinghouse tiene una factoría dedicada a Frenos y Señales. También hay un almacén de madera y otro repleto de borra y papel. Por el cielo cruza un avión a reacción «Comet». Va dejando en lo azul una raya de algodón. Se aleja camino de París. Nosotros entramos en la calle de Bolívar.

#### «¡GACHO, QUE LENOS!»

Autógena Martínez tiene aquí una fábrica. También linda con esta calle la que dedica la Alcoholaría Española a obtener la levadura Danubio. Un enorme taller de maderas. Camiones con plataformas de remolque traen troncos de okume de veinte me-



En este solar se han destruido los restos del poblado de la edad del bronce, que demostraban los cuatro mil años de Madrid



tros de largo. Dos chavales, al verlos pasar, exclaman: «¡Gachó, qué leños!» Unas naves extensísimas están a punto de ser terminadas. Los obreros trabajan en el techo. Aquí los empresarios se han olvidado de poner el consabido cartel. Y nos quedamos sin saber para qué son. Volvemos a ver casas de vecinos. Hay una construcción de arquitectura fin de siglo, de las pocas que por aquí tienen aire antiguo. Alberga una fábrica de anhídrido carbónico sulfuroso y hielo seco. Reaparecen los carteles de ritual en todos los barrios: «Vaquería», «Alquiler de bicicletas», «Bodegas Valdepeñas»... El Valdepeñas debe gustar. Al menos, lo anuncian en muchos sitios.

#### LA LANZA DE LEGAZPI

En la plaza de la Beata María Ana de Jesús, el ambiente es más céntrico. Hay bares, gestorías, tiendas, algún taller para desengrasar. De allí hacia el núcleo de Madrid, el barrio es casi residencial, sin que por eso falten industrias. Pero están disimuladas entre el castro.

No hace más de cuatro años, el trozo del paseo de las Delicias comprendido entre la plaza de la Beata Ana y la glorietta de Legazpi era una zanja capaz de tragarse una ciudad. Se estaba construyendo el tramo final de la línea del Metro. Hoy ya está cubierto y el ferrocarril subterráneo funciona. La Empresa ha tenido miedo a hociocar por debajo del río, y el barrio de Usera es el que ha pagado el pato. Valdría la pena que la Compañía del Metropolitano de Madrid le perdiera el respeto al Manzanares. Porque el barrio de Usera es la lanza hacia el sur de Legazpi. Tiene habitantes en abundancia. Y casi todos trabajan en el centro de Madrid. Lo cual, para ellos, no deja de ser por ahora una calamidad.

#### UN REMEDIO BARATO, SEÑOR ALCALDE

Legazpi es así. En un bar todas sus industrias bra per una sería escribir una nueva guía de teléfonos. No digamos dentro de diez años. Casi todas las factorías han ido surgiendo después de la guerra. Donde hubo una aldea prehistórica hay ahora un bosque que día más tupido de chimentas. A uno, sentimental de suyo, no deja de pesarle que se haya destruido un recuerdo singular y valioso. No era necesario arrasar los restos de los primeros tiempos de Madrid. Pero a uno, sin embargo, le parece que hay un remedio no demasiado caro. En el Retiro se podría reconstruir completo, con paredes y techo en las chozas, un poblado similar al perdido. Material hay de sobra en los Museos arqueológicos. Técnicos capaces de llevar a término la tarea, también. Y ya, puestos a valorar lo antiguo, no estaría de más preparar una gran conmemoración del milenario de Madrid que corresponda. Por todo lo alto, dejando chiquitos los festejos que París celebró y los que Cádiz prepara. Madrid es una ciudad de abolengo y tiene buen humor. ¡Que no se diga, señor Alcalde!

F. CARANTOÑA

## LORD SAMUEL HABLA CLARO

### CONTRA UN VICIO ABOMINABLE QUE HA DE DESAPARECER DE LA TIERRA

*“El éxito es más fácil a los que pueden contar con el apoyo de la brigada de ‘anormales’, dice textualmente Prietsley*

### LOS JUECES BRITANICOS E... N SU INQUIETUD

CUANDO el famoso «Informe Kinsey» apareció en Inglaterra surgió una reacción contraria en el sentido de «que de esas cosas no es lícito hablar». Sin embargo, pesa al puritanismo y a las reservas tradicionales en Inglaterra referentes a la perversión sexual, un moralista británico de reputación universal ha dado la voz de alarma. El tema sexual, hasta hace poco, conforme reflejaba el estado de opinión provocado por el «Informe Kinsey», era en Inglaterra poco menos que intocable. Hoy, lord Samuel, jefe del partido liberal inglés, ha lanzado en la Cámara de los Lores un terrible discurso contra el peligro de la homosexualidad que ha invadido el país. Organos londinenses de tirada del «Observer» y del «Sunday Times», al mismo tiempo que publicaban en su totalidad el discurso de lord Samuel, han tratado en editoriales y comentarios, de una manera dura y precisa, «la decadencia moral de la nación, donde florecen los vicios de Sodoma y Gomorra.»

El «Times» escribe «que la mayor parte del mundo considera la prostitución masculina como un vicio abominable que ha de desaparecer de la tierra si queremos sobrevivir. La educación de los padres puede hacer mucho, evitando que la ley caiga sobre los homosexuales sin piedad ni contemplación de ningún género. Enfermedad o vicio, sea como sea, corresponde a la sociedad exterminarlo».

#### CONTRA LA CONSPIRACION DEL SILENCIO

A los ochenta y tres años, lord Samuel, que comenzó su vida pública en el momento de la condena de Oscar Wilde, ha reprobado públicamente esa lepra humana. El mismo lord Samuel creía antes que la perversión masculina había terminado con el castigo inferido a uno de los escritores ingleses—hijo predilecto de Inglaterra—que murió infamado al salir del presidio. Recordaba lord Samuel en su discurso-requisitoria que en cualquier caso, por alta o baja que fuera, no se recibía a nadie que fuera sospechoso. Las puertas se cerraban ante el individuo, la familia le repudiaba y sólo contaba con amistades en aquellas relaciones en las que se sumergía, enlodando su cuerpo y su alma.

Esta clase de hombres, sacados a la vergüenza pública merced al discurso de lord Samuel, es tuerte en la Gran Bretaña y

constituye una especie de sociedad secreta, con fuerza y poderio respetables. El mismo «Times» vuelve a afirmar que «son dañosos y como tales deben ser destruidos. Aun cuando ha habido genios creadores en el arte en la literatura y en la poesía que estaban dedicados a la práctica del mal, se trata, en el fondo, de hombres fáciles de intimidar, miedosos y susceptibles de realizar cualquier otra clase de crímenes».

El día en que el ministro del Interior sir David Maxwell Fife llamó a su despacho a los altos magistrados judiciales y les expuso la situación verdaderamente grave del problema, la conspiración del silencio sufrió otro rudo golpe. «Hay que cortar su desarrollo en la Gran Bretaña», dijo sir David.

Las estadísticas cursadas al ministerio del Interior eran verdaderamente alarmantes. En el año de 1952 se habían sustanciado 5.001 ofensas contra la integridad humana. A esta cifra se contraponía la del año 1938, en el que los jueces sustanciaron 2.321. Como consecuencia de estas comparaciones, la Policía realizó una batida por los barrios londinenses, especialmente por el West End, que dió como resultado la identificación de un elevado número de elementos peligrosos.

#### EL FICHERO DE SCOTLAND YARD

Scotland Yard ha establecido un fichero, utilizable tan sólo por las autoridades encargadas de la represión del mal, en el que figuran importantes personajes de la vida pública inglesa. Scotland Yard ha avisado a estas personas del peligro que se cierne sobre ellas si continúan entregándose al vicio criminal. Se les aconsejó igualmente que no frecuentasen más ciertos locales de Mayfair o del Soho si no querían verse envueltos en justo y escandaloso proceso. Complemento de estas advertencias ha sido la vigilancia que el ministro del Interior ha ordenado sobre ciertos sujetos sospechosos que forman parte de organismos oficiales. Se asegura también que no faltan agentes soviéticos que ejercen chantaje sobre varios comprometidos de relieve. Bajo la amenaza de descubrimiento, los agentes soviéticos obtienen por este procedimiento datos e informaciones de carácter valioso. Un rumor recogía el hecho de la desaparición de diplomáticos británicos y afirmaba que



estaba ligado con el temor de verse comprometidos en el escándalo.

### LORD SAMUEL HABLA CLARO

Contra todo este estado de cosas habló lord Samuel en la Cámara de los Lores el pasado día 12 de noviembre de 1953. «¿Que ha pasado desde el proceso de Oscar Wilde?», gritaba lord Samuel. «Un conformismo especial justifica la odiosa conducta que valió a Oscar Wilde condena y expatriación vergonzosa. Hoy se da la mano a tales sujetos, se convive con ellos, se toleran sus envanecimientos y se les aplaude en escena. Se leen sus libros y se comentan sus crónicas. No se niega la celebridad a quien por otros títulos tristes la merecería.»

Como resultado de este discurso de lord Samuel se ha levantado una corriente de opinión en el país. En los Clubs, en los cafés, en los teatros y en las conversaciones privadas, el tema principal es el discurso del jefe del partido liberal. Antes, en los domingos, la gente lectora de diarios se enfrascaba en las reseñas de crímenes y de robos; hoy estos lugares han sido ocupados por el relato de procesos escandalosos en los que se han visto acusadas importantes personas de Inglaterra.

### EL PROCESO DE LORD MONTAGU

El mismo lord Samuel, en su discurso, decía: «Vemos cada día relatos de procesos contra maestros de escuela, profesores de Universidades, oficiales y hasta pastores protestantes acusados de faltas graves.»

Uno de los procesos que ha repercutido más en todas las escalas sociales de Inglaterra ha sido el incoado contra lord Montagu de Beaulieu, uno de los más brillantes representantes de la aristocracia británica. El motivo de la acusación reside en la denuncia que efectuaron dos jóvenes boys-scouts, que habían acampado en las cercanías de los domos de Beaulieu durante el verano.

Lord Montagu desciende de un bastardo de Carlos II, Rey de Inglaterra. La figura de lord Montagu tuvo una época en la que se decía que era un posible pretendiente a la mano de la princesa Margarita, a cuyo círculo de amigos pertenecía en mayor o menor grado. Hace cosa de siete meses, lord Montagu anunció su próximo matrimonio con miss Anne Gage, muchacha americana de veintiún años de edad. Unos meses más tarde el noviazgo se había roto.

«Estoy enfermo—declaró lord Montagu—y, por tanto, considero un deber romper mi noviazgo.»

El proceso del joven lord coincidió con otro entablado contra el actor dramático John Gielgud, el cual fué condenado a una fuerte multa «por haber importunado a personas del sexo masculino».

A este propósito decía el «Observer» que el juez que condenó a esta celebridad artística, intérprete maravilloso del teatro shakespeareano, no ocultaba su indignación por el tiempo que le ocupan esta clase de delitos. «En

un solo distrito londinense se han juzgado seiscientos casos en un año.» Otras autoridades judiciales ha expresado la misma inquietud. El presidente de la Corte Judicial de Norwich se escandalizaba por el hecho de que «las vistas de los Tribunales están llenas de casos de estas graves indecencias». El presidente de la Corte de Exeter dijo lo propio de su distrito. Todo esto condujo a la citada reunión que sir David Maxwell Fyfe tuvo con los jurisconsultos para revisar la viejísima ley que castiga tales actos.

### LA LEY VIGENTE ES DEL SIGLO XVI

Las cifras de los procesos revelan que se trata de un problema nacional de gravísimo orden. Entre las diversas opiniones aparecidas en la Prensa, unas se muestran partidarias de hablar en público del problema, mientras que otras opinan lo contrario. Pero todas coinciden en afirmar que la pornografía, las relaciones ilícitas y la homosexualidad deben de ser desterradas y apartadas de la convivencia de las personas.

Establecido este estado de opinión, se quiere examinar y revisar la anacrónica ley de 1553 que enjuicia la perversión sexual y la asimila a una herejía religiosa. Entre los mismos jueces hay discrepancia. Unos son partidarios de «un trato humano a los enfermos, considerando como tales a los invertidos»; otros, al contrario, tomando la perversión sexual como un «abominable crimen», quieren durísimas penas de cárcel. «Es un mal inevitable—dicen los unos—, requiere un tratamiento psíquico o médico»; «lo que hace falta es una dura pena de prisión», exclaman los que no transigen con la inmoralidad.

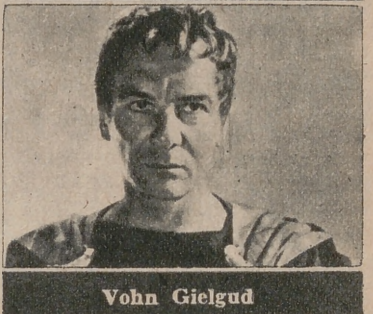
«The News Statement» hace un análisis de la cuestión y dice «que es la que más ha impresionado al público». Está de acuerdo en que es un mal social y afirma que sólo el 2 por 100 son incurables por naturaleza; pero el resto, que nació y se desarrolló normalmente, se entregó en la juventud o fueron pervertidos por enfermos de nacimiento. «Esta cadena—sigue diciendo—hace que en ciertos círculos se practique como un culto y los adeptos acaban por convencerse de que son incurables.» Propone la revista que el problema se plantee científicamente y se revise la antigua ley, potestativa del Parlamento, dándole—dicen—un sentido más moderno y más acorde con los tiempos.

Ahora bien, ¿se atreverán los Comunes a legislar en tema tan peligroso? Sin embargo, el problema es urgente. El ministro anuncia el nombramiento de una Comisión real encargada de proponer soluciones a la indefensión masculina en Inglaterra.

El «Spectator» y otros periódicos se pronuncian en el mismo sentido. El «Sunday Chronicle» anunció que desde el púlpito se daría el grito de alarma para preservar a la infancia amenazada de contagio. El vicario de St. James, Gunesbury, reverendo Oswald Brenton, escribía en su hoja parroquial que si «alguno de los pares del reino o alguno



Lord Montagu



John Gielgud

de los diputados resultare homosexual debe perder sus títulos y entregarse su nombre a la vergüenza pública».

### EN BUSCA DE UNA SOLUCION

El hecho es que abogados y jueces, con la ayuda de la ciencia, están estudiando la solución de este grave problema inglés.

Para encontrar la solución intervienen desde el lord chambelán, censor máximo de las obras teatrales, que ha autorizado la representación de una revista donde se satiriza abiertamente a ciertas celebridades políticas y artísticas notoriamente conocidas por su vicio, hasta el arzobispo de Canterbury, pasando por una serie polémica en la Prensa dedicada a ahondar en las causas del mal.

En las columnas del «Observer» han aparecido cartas en las que muchos escritores y artistas de vida privada, honesta y normal se quejan de la competencia de aquellos que tanto en política como en arte gozan de favores en su carrera obtenidos no precisamente por la propia valía intelectual de cada uno. Un gran escritor, conocido y admirado tanto en su patria como fuera de ella, J. B. Priestley, dice textualmente: «El éxito es más fácil a los que pueden contar con el apoyo de la brigada de los «anormales».

La comparecencia diaria «ante los jueces evidencia la gravedad del mal». De arriba abajo—y más arriba que abajo—la perversión ha ganado tal terreno que costará atajarla de golpe.

¿Podría Inglaterra dejar de ser la Sodoma y Gomorra denunciada por un senador ochenta y tres años?



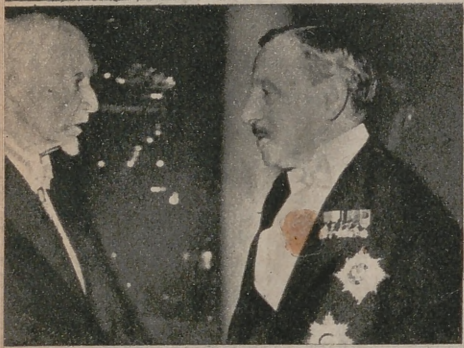
# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

## LORD SAMUEL HABLA CLARO

EN INGLATERRA SE ALZAN VOCES CONTRA "LA DECADENCIA DE LA NACION DONDE FLORECEN LOS VICIOS DE SODOMA Y GOMORRA"



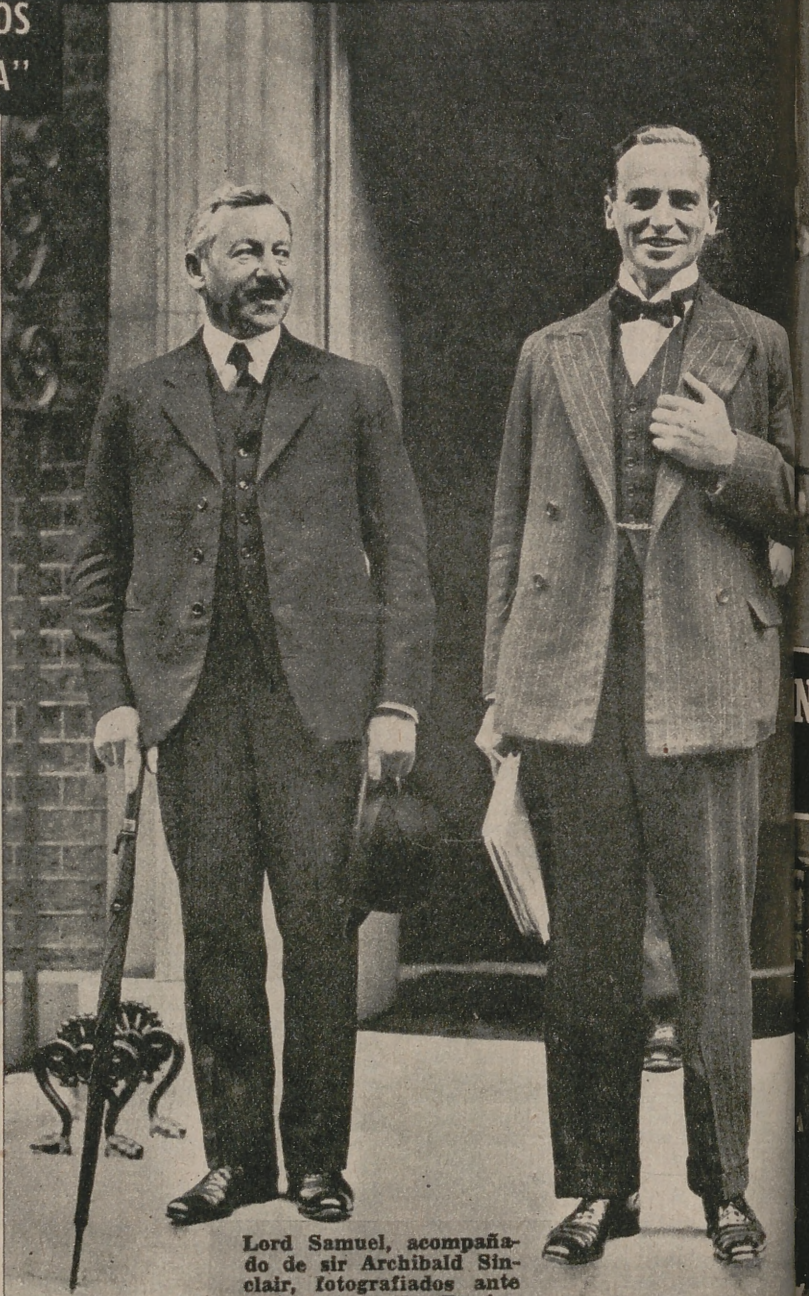
Lord Samuel conversando con el general Smuts

LA PERVERSION HA GANADO AL TERRENO QUE COSTARA TAJARLA DE GOLPE

Vea esta información en la pág. 63



Lord Montagu —en segundo término— al descender del avión que le trasladó desde Nueva York a Londres



Lord Samuel, acompañado de sir Archibald Sinclair, fotografiados ante el portal de Dewing Street, 10